



Alberto Gordo Moral

TRADUCCIÓN Y ANÁLISIS
DE LOS ELEMENTOS EXPRESIONISTAS Y CULTURALES
EN *DIE JÜDISCHE ORGEL*,
DE LUDWIG WINDER

Directora: Isabel García Adánez

TRABAJO FIN DE MÁSTER
Máster Universitario en Traducción Literaria
Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores
Facultad de Filología
Universidad Complutense
Curso 2019 / 2020
Primera convocatoria (Julio 2020)
Calificación: 9,2

Índice

1. Resumen.....	5
2. Introducción	6
3. Biografía del autor.....	8
3.1. Orígenes y comienzos literarios.....	8
3.2. Los años de Praga. El círculo de Praga.....	9
4. <i>Die jüdische Orgel</i> . La obra y su contexto.....	12
4.1. Presentación y sinopsis.....	12
4.2. <i>Die jüdische Orgel</i> y el expresionismo.....	14
4.3. <i>Die jüdische Orgel</i> y el judaísmo.....	15
4.4. Recepción en su época.....	17
4.5. Recepción editorial en España.....	19
5. Propuesta de traducción: <i>El órgano judío. Capítulos uno, dos y tres</i>	20
6. Análisis traductológico.....	51
6.1. Ritmo y sintaxis.....	51
6.1.1. Puntuación. <i>Reihungsstil</i>	51
6.1.2. Inversiones.....	56
6.2. Intertextualidad. Citas bíblicas.....	58
6.3. Elementos culturales.....	60
6.4. Uso del yiddish.....	63
6.5. Nombres propios.....	66
7. Conclusiones.....	67
8. Bibliografía.....	69
9. Anexos. <i>Die jüdische Orgel</i>	73

1. Resumen

Este trabajo propone una traducción al español de los tres primeros capítulos de *Die jüdische Orgel* (Rikola Verlag, 1922), novela del autor checo en lengua alemana Ludwig Winder. En el trabajo se analiza el contexto y la época en que la novela surgió y la trayectoria literaria y vital del autor antes y después de escribirla, con especial énfasis en su relación con el círculo de Praga y con la literatura judía en lengua alemana característica de aquel tiempo y lugar.

Se analiza la relación de esta obra con el expresionismo, época y estilo que marcan el texto, y, en lo referente al contenido, con el judaísmo y el antisemitismo, y se reflexiona sobre cómo estas circunstancias externas al texto impregnan la obra y afectan a la traducción de un modo determinante. Una vez realizado este análisis, se toman y justifican las decisiones traductológicas relativas al ritmo y la sintaxis, la intertextualidad, los elementos culturales, los términos en yiddish y los nombres parlantes. Como criterios generales, se han intentado mantener en la versión española los elementos expresionistas o rasgos de la época —pues constituyen el verdadero valor literario del texto— aunque algunos puedan resultarle poco naturales al lector hispanohablante, que no cuenta con referentes idénticos en la tradición literaria en lengua española.

Palabras claves: *Ludwig Winder, expresionismo, traducción literaria, judaísmo, elementos culturales, sintaxis.*

Abstract

This dissertation proposes a translation into Spanish of the three first chapters of *Die jüdische Orgel* (Rikola Verlag, 1922), a novel of the Czech author in German language Ludwig Winder. This essay also analyses the context and the period in which the novel was written and published and examines the author's trajectory before and after writing it. Special emphasis will be made on his connection to the Prague Circle and the German-language Jewish literature of that time and place.

This Master's dissertation also analyses the relation of this novel with Expressionism, a movement that brands the novel, as well as Judaism and Antisemitism, and reflects on how all these external circumstances affect the translation in a decisive way. After this analysis, the translator's decisions regarding the rhythm and the syntax, the intertextuality, the cultural elements, the Yiddish terms, and the "Speaking Names" are made and justified. Generally the

expressionist elements or features of the period have been maintained in the Spanish version —because they constitute the true literary value of the text— although some of them may seem unnatural to the Spanish-speaking reader, who does not have identical references in the literary tradition of the Spanish language.

2. Introducción

Las nociones de dificultad o facilidad son, creo, cuando hablamos de traducción, altamente engañosas. Por eso no me atrevo a decir que el motivo de mi elección del texto fuera la dificultad que entrañaba traducirlo, lo que, en tal caso, habría hecho igualmente recomendable asumir el reto. Sí puedo afirmar, en cambio, que uno de los elementos que más peso tuvo a la hora de tomar la decisión fue una especie de extrañamiento que, como lector, sentí al leer la obra en lengua original. Creí ver que *Die jüdische Orgel*, sin ser un libro hermético ni ilegible, tenía algunos elementos, sobre todo relativos al ritmo y la sintaxis, que lo convertían en un proyecto valioso cuya traducción merecía ser analizada.

Al indagar en la obra, vi que sus rasgos singulares iban más allá. Creo que este texto, en principio, es interesante para el lector español precisamente porque el lector español carece de referentes comparables en su lengua. De hecho, la filiación de la obra es ajena a la tradición española desde distintos puntos de vista. En primer lugar, *Die jüdische Orgel* nace de una problemática muy concreta: la colisión, a partir del final del siglo XIX, entre el judaísmo tradicional de los *shtetl* de Europa del este y la burguesía culta y urbana formada, en parte, por los descendientes de aquellos emigrantes judíos con caftán y barbas largas. Como veremos, esta circunstancia, que Winder fórmula a través del clásico tema expresionista del conflicto paterno-filial, es determinante, por ejemplo, en la aparición de ciertos culturemas, en el uso del yiddish literario (un yiddish no del todo «real») y en el tratamiento de los elementos religiosos y bíblicos.

En segundo lugar, se trata de una obra expresionista y reúne muchos rasgos de este movimiento, como el *Reihungsstil* (estilo enumerativo) o las inversiones sintácticas. Para reproducir algunos de estos rasgos, es necesario mantenerse fiel al TO, siempre que sea posible hacerlo sin violentar la sintaxis española. Pero, en otras ocasiones, estos recursos son imposibles de replicar directamente en nuestro idioma, por lo que ponen a prueba la creatividad del traductor. Cuando la réplica exacta del recurso no fue posible, intenté trasladar al lector español contemporáneo una sensación de extrañamiento como la que —bajo mi punto de vista— pudiera tener un lector alemán de hoy. Puede que sea un criterio

cuestionable (¿quién puede saber lo que siente o percibe un ente llamado «lector alemán de hoy?»), pero no deja de ser un tipo de estrategia de compensación.

Por otro lado, creí conveniente imaginar una posible recepción del texto en España, puesto que, me parece, este aspecto influye, ya sea de manera indirecta, en el enfoque general con que uno se pone a traducir cualquier texto. Creo que todo traductor se imagina a quienes lo leerán. Así como se escribe para los lectores, también se traduce para ellos.

Debido a que el texto surgió en un contexto temporal y espacial en que la creación literaria tenía unos rasgos muy definidos, me pareció oportuno detenerme en la biografía del autor y en su relación con el llamado círculo de Praga, donde pasó a ocupar un lugar de honor en «el círculo más estrecho», junto a su amigo Max Brod, tras la muerte de Kafka en 1924. Una consulta a las hemerotecas de entonces —hoy, por suerte, en gran medida digitalizadas, aunque para descifrarlas hay que estar familiarizado con la caligrafía de entonces— da una idea de la importante repercusión que tuvo esta obra, hoy prácticamente olvidada. Además, ayuda a identificar rasgos que ya llamaron la atención de los críticos de su tiempo y que al traductor le conviene tener en cuenta.

El análisis de la novela dentro del marco expresionista y su comparación con varias traducciones al español de obras del mismo estilo ayudan a localizar problemas y a no pasar por alto elementos que, de otro modo, podrían quedar ocultos para el traductor no experto en literatura expresionista. Del mismo modo, el análisis de la obra teniendo en cuenta que es un autor judío y lo que el judaísmo implica en su particular contexto de la literatura de Praga, es de gran ayuda para aclarar cuestiones culturales e incluso léxicas, pues hasta el tipo de yiddish utilizado en la novela está condicionado, como mencionaba más arriba, por este contexto de conflicto entre lo viejo y lo nuevo (un conflicto paterno-filial en un sentido familiar, pero también cultural y religioso) en que la novela fue escrita y publicada.

Por último, añadiría algo más sobre la elección del texto. Reconozco una debilidad personal por las literaturas sin continuidad, interrumpidas de golpe, y, sobre todo, por aquellas que se hicieron desaparecer mediante la violencia. Este es el caso de la literatura judía en lengua alemana que se escribió en Praga entre finales del siglo XIX y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, una literatura ciertamente singular que, tras el Holocausto, apenas fue reivindicada. Creo que la impresionante presencia del planeta kafkiano, aunque ha despertado un interés indudable por la Praga de aquel tiempo, ha contribuido también a eclipsar a muchos pequeños satélites que orbitaban a su alrededor. Muchos de estos autores

son, en efecto, menores —como afirmó Kurt Wolff (2004)—, pero no todos lo son. Ungar, Baum, Perutz, el propio Winder y tantos otros desde luego no lo son. Posiblemente ninguno sea comparable a Kafka, pero también es cierto que las obras de Kafka difieren tanto de las de los demás (si es que no se oponen a ellas directamente) que quizás no proceda siquiera ensayar esa comparación. Tras la Shoah, muchos de los autores que sobrevivieron decidieron pasar página y ni checos ni alemanes —ya fuera por simple negligencia o por motivos políticos— consideraron nunca la literatura praguense en lengua alemana como una literatura propia, nacional. Es el gran drama de las literaturas periféricas, si acaso agravado aquí por la condición apátrida y mestiza —judía, checa y alemana— de algunos de estos autores aún por descubrir en nuestra lengua.

3. Biografía del autor

3.1. Orígenes y comienzos literarios.

Ludwig Winder nació el 7 de febrero de 1889 en Schaffa, un pueblo al sur de Moravia muy cerca de la actual frontera entre la República Checa y Austria. En aquella época, la comunidad judía de Schaffa ascendía a cuatrocientas treinta personas, alrededor del cincuenta por ciento de la población total.¹ Cuando Ludwig tenía seis años, la familia se trasladó a Holleschau, una ciudad eminentemente judía donde al padre le habían ofrecido trabajo como profesor en una escuela hebrea. La esposa de Ludwig, Hedwig, recordaría años después que su marido tuvo una infancia triste de la que apenas hablaba (Serke, 1987), detalle sobre el que también llamó la atención Max Brod en su semblanza del autor (Brod, 1966). Quedó en Winder, al parecer, un poso de rechazo hacia los paisajes de su niñez, los de llanura de Haná.

Winder fue a la Handelsakademie de Olmütz, un centro especializado en la formación de comerciantes y economistas, en donde hizo su «examen de madurez» en 1907. Asumiendo él mismo los costes de imprenta, había publicado su primer poemario un año antes en la editorial E. Pierson de Dresde. El año siguiente, tras superar el examen, se trasladó a Viena, donde comenzó a trabajar como reportero del periódico liberal de izquierdas *Die Zeit*. Siguieron un par de años en los que se movió como reportero por varias ciudades pequeñas y

¹ „Aus der Gesichte der jüdischen Gemeinden im deutschen Sprachraum“ <https://www.xn--jdische-gemeinden-22b.de/index.php/gemeinden/s-t/1730-schaffa-maehren> (Consultado el 21 de marzo de 2020). Más información en *Hugo Gold: Gedenkbuch der untergegangenen Judengemeinden Mährens*. Tel Aviv, 1974.

medianas, como Pilsen o Teplitz (Von Sternburg, 1994; Pazi, 1990). En el verano de 1909 se mudó a Bielitz (actual Bielice, en la Alta Silesia polaca) y se convirtió en redactor del suplemento cultural del Bielitz-Bialaer Anzeigers. En 1910 publicó su segundo libro de poesía, *Das Tal der Tänze*, que incluía poemas donde se apreciaba un gran esfuerzo verbal y estilístico y que debían mucho al naturalismo (Pazi, 1990). Ese mismo año, publicó su primera obra de teatro, *Mittag*. A principios de 1911 se mudó a Teplitz-Schönau (actual Teplice, en la región de Bohemia del norte) para trabajar en el *Teplitzer Zeitung*. Allí conoció a Karl Kraus en una de sus lecturas públicas. Winder envió sus sonetos a Kraus en varias ocasiones para que este los publicara en *Die Fackel*, pero Kraus nunca respondió (Pazi, 1990). Según Kurt Krolop, Kraus fue junto a Freud y Arthur Schnitzler, una de las «experiencias formativas» más importantes de Winder en aquellos años. La influencia de Schnitzler se vería claramente en sus primeras obras de teatro (Von Sternburg, 1994). En 1912, Winder se trasladó a Pilsner y comenzó a trabajar en el *Pilsner Tagblatt*, pero a finales de ese mismo año regresó a Viena para trabajar como secretario del conde de Königsegg, a quien ayudó a redactar un trabajo sobre la caza de leones (Von Sternburg, 1994).

3.2. Los años de Praga. El círculo de Praga

En 1914, poco antes del estallido de la guerra, Winder regresó a Praga y comenzó a trabajar en el diario *Bohemia*, el cual, aunque tendía a posiciones nacionalistas alemanas, contaba entre sus colaboradores habituales con autores como Egon Erwin Kisch (Wiesner, 1999). Era el segundo periódico más antiguo de la monarquía austrohúngara tras el *Wiener Zeitung*. En la ciudad a la que llegó Winder convivían, no sin tensiones, checos y alemanes. Alrededor de 1900, la población de habla alemana había descendido mucho en Praga con respecto al siglo anterior. Mientras que, en torno a 1850, un 50% de la población praguense hablaba alemán, en 1900 solo lo hablaba aproximadamente el 9,5% de la población: unos 33.000 habitantes (Born, 1993). Muchos germanoparlantes eran judíos y tenían un protagonismo en las artes y la literatura mayor del que en principio les correspondería en proporción a su número. Brod extrae de *Prague – City of Three Peoples*, de Hans Tramer, datos demográficos precisos: en Praga, en 1900, había 415.000 checos, 10.000 alemanes no judíos, casi 25.000 judíos, de los cuales unos 13.000 utilizaban el checo y 11.000 el alemán (Brod, 1966). Entre los judíos, eran más los que hablaban checo, pero en la relativamente modesta minoría alemana los judíos tenían una presencia algo mayor. Y entre ellos se

encontraba la mayoría de escritores en esa lengua. Tanto es así que, cuando hoy se habla de literatura alemana en Praga, se suele contemplar precisamente ese período en que la presencia del alemán estaba ya de capa caída, pero no así su literatura: el periodo que va desde 1884, cuando Rilke publicó *Leben und Lieder*, hasta 1939, considerado el fin de la literatura alemana de Praga (Měšťan, 1987).

En este ambiente cultural, Winder no tardó en hacerse un hueco, al principio, como muchos de sus compañeros de generación, gracias al periodismo. Hasta el cierre del *Bohemia* en 1938 —cuatro años después de que fuera prohibido en Alemania— Winder escribió alrededor de 3.000 artículos, el último de ellos sobre el escritor Karel Čapek (Wiesner, 1999). Sus artículos se centraban casi siempre en temas culturales: reseñas de libros, de teatro, ensayos, glosas... Ludwig Winder se convirtió durante aquellos años en un defensor de la idea de sociedad multiétnica del Imperio Habsburgo. «Como František Palacký, era de la opinión de que si Austria no hubiera existido, habría que haberla inventado» (Serke, 1987). De hecho, la última novela que escribió en Praga, *Der Thronfolger* (1938), publicada originalmente por entregas, gira en torno al atentado de Sarajevo y se puede leer, según le contó la esposa del autor a Jürgen Serke, como un lamento por la monarquía austrohúngara y por el hombre que podía haberla salvado: Francisco Fernando de Austria (Serke, 1987). Winder también defendió el entendimiento y el equilibrio entre checos y alemanes. En realidad, la mayoría de los autores alemanes entendían y hablaban el checo (Brod, 1966).

Winder se casó en 1915 y entró a formar parte del círculo de Max Brod, aunque pasaron años hasta que ocupó el «círculo más estrecho». Según Brod, esto ocurrió en 1924, cuando Winder pasó a ocupar el lugar dejado por Kafka a su muerte (Brod, 1966). Para entonces Winder ya gozaba de reconocimiento en los círculos literarios, gracias sobre todo a la publicación, precisamente, de *Die jüdische Orgel* (Rikola, 1922). Antes había publicado *Die rasende Rotationsmaschine* (Schuster und Loeffler, 1917), novela en la que denunciaba la influencia del gran capital en los medios. Según Pazi, es una novela sobre los medios, pero sobre todo es «una novela judía» en la que las vicisitudes y peripecias de los personajes parecen justificarse por su condición de judíos y por la permanente tensión entre lo que son y la sociedad a la que necesitan pertenecer (Pazi, 1990). Después de la guerra, publicó *Kasai* (Rowohlt, 1920), donde aparece ya el conflicto paterno-filial a través de un hijo que se rebela frente a las prácticas explotadoras de su padre industrial. Es una novela en la que, según Pazi, se deja ver claramente la influencia del expresionismo, corriente que el mismo Winder defendió en un artículo del *Bohemia* del 25 de diciembre de ese mismo año (Pazi,

1990). En esta obra Winder trascendió el estilo periodístico de las anteriores, lo cual terminaría de depurar más adelante en *Die jüdische Orgel* (1922), que reúne temas de las otras dos. En 1924 publicó *Hugo, die Tragödie eines Knaben* (Rikola), una *Bildungsroman* que contiene muchos elementos de las anteriores.

Ese mismo año se consagra también como dramaturgo con *Dr. Guillotin*, que se estrenó en el Landestheater de Karlsruhe y después en ciudades como Praga, Viena o Hamburgo, y cuyo texto también fue publicado por Rikola Verlag. Durante esta época se afianzó su amistad con Max Brod. Brod dejó testimonio del gran éxito que tuvo esta obra teatral en la que «se presentaban las grandes cuestiones de la humanidad de un modo original, para ser pensadas y sentidas». Brod y Winder daban largos paseos por los parques praguenses; hablaban de literatura y de la vida, pero «raramente de política», aunque Brod define a su amigo como un «demócrata crítico, más o menos en la línea moderada de Masaryk», siempre «enemigo de cualquier dictadura». Lo recuerda leyendo en voz alta en las veladas del grupo y elogia su «rica capacidad inventiva, su rigor narrativo y su objetividad deudora de Flaubert» (Brod, 1966).

En 1927, Winder publicó *Die nachgeholten Freuden* (Ullstein), que puede leerse como un contrapunto a *El castillo* de Kafka. En 1928 publicó *Die Reitpeitsche* y, tres años después, *Dr. Muff*, en la que trata algunos temas típicos también de Kafka, como la culpa insospechada o la arbitrariedad del castigo. Un año después apareció la traducción al checo de *Die nachgeholten Freuden*, que hacía justicia a un autor que siempre luchó por la concordia y que tenía un buen conocimiento de la cultura checa, como demuestran los textos que publicaba en prensa. Tanto es así que en 1934 recibió el *Tschechischen Staatspreis* —premio nacional a una obra literaria en alemán— por su novela *Steffi oder die Familie Dörre überwindet die Krise*, que antes de editarse en lengua original se publicó por entregas en el periódico checo del Partido Socialista (Serke, 1987).

Con la toma del poder por parte de los nazis, Winder siguió escribiendo artículos muy críticos contra el régimen alemán. El último número del periódico, tras ciento once años de existencia, fue el 31 de diciembre de 1938. Para entonces, Winder ya tenía claro que la invasión alemana era inminente, por lo que intentó emigrar con su familia a Estados Unidos. Max Brod lo recordaba intentando convencer a sus amigos para que abandonaran el país (Serke, 1987). En junio de 1939, Winder, su mujer y su hija mayor, Marianne, se atrevieron a abandonar el país ya ocupado. Los acompañaba Loni Fuchs, la mujer del poeta Rudolf Fuchs. La otra hija de los Winder, Eva, de dieciocho años, se quedó en Praga con su novio, al que acababa de conocer. Eva fue asesinada más tarde en Bergen-Belsen.

Los Winder pasaron a Polonia y de ahí a Estocolmo y a Göteborg, desde donde cogieron un barco a Londres. Winder no sabía ni una palabra de inglés cuando llegaron. Terminaron viviendo en Baldock, a sesenta y cinco kilómetros al norte de Londres. El primer libro que Winder escribió en Inglaterra, de marzo de 1940 a junio de 1942, se titula *Die Novemberwolke* y es una evocación de su hija Eva y una novela sobre la experiencia del exilio. Según los testimonios de su mujer, la salud de Winder comenzó a deteriorarse durante aquellos años (Serke, 1987). Más tarde, publicó otra novela por entregas en un periódico para exiliados alemanes para la que no encontró editor. Se titulaba *Der Kammerdiener* y trata, desde la ficción, un tema que Hannah Arendt desarrollaría más tarde desde una perspectiva filosófica: los peligros de seguir órdenes a toda costa. Winder todavía publicaría una novela más, *Die Pflicht (El deber)*, Periférica, 2014), hasta el momento el único de sus libros que ha sido traducido al español. Como la anterior, se publicó por entregas, pero ésta sí que encontró un editor y fue publicada en 1944 en inglés con el título *One Man's Answer*. Ambientada en la Praga ocupada por los nazis, está atravesada por el dolor de la pérdida de su hija, pese a lo cual Winder logró mantener esa objetividad aprendida de Flaubert y que tanto valoraba Brod. La novela se ocupa del tema del deber profesional, familiar e incluso revolucionario de un mediocre funcionario al que la ocupación alemana cambiará la vida para siempre. El último libro de Winder, *Geschichte meines Vaters*, lo escribiría ya en plena lucha contra su enfermedad, llegando incluso a alterar la estructura original para poder terminarlo a tiempo (Serke, 1987). Murió el 16 de junio de 1946 y enterraron sus cenizas en Londres.

4. *Die jüdische Orgel*. La obra y su contexto

4.1. Presentación y sinopsis

Die jüdische Orgel se publicó originalmente en 1922, en la editorial vienesa Rikola Verlag. Winder la escribió a los treinta y tres años; en aquella época, los temas judíos aparecían frecuentemente en su obra. A grandes rasgos, la estética expresionista es visible en que todo está deformado casi hasta la caricatura, predomina lo exagerado y lo estridente y los elementos grotescos. Dentro de la producción de Winder, esta obra forma parte de lo que Kurt Krolow ha denominado «novelas de preguerra» (no las divide de forma cronológica, sino en función de sus características), que se diferencian de las posteriores,

genéticamente, en un tratamiento cada vez más amplio de materiales autobiográficos; compositivamente, en una reducción cada vez más radical del escenario exterior y una concentración creciente en la vida interior del protagonista; conceptualmente, en una relación estrecha con problemas centrales de la literatura alemana y austríaca en torno a 1920, sobre todo con la representación y discusión de la problemática judía en las obras y los testimonios personales de la literatura alemana de Praga. (Krolop, 1989)

Die jüdische Orgel cuenta la historia de Albert Wolf, hijo del estricto rabino Wolf Wolf, que crece en el gueto de una pequeña ciudad morava. Krolop cree que la historia podría suceder durante los primeros veinticinco años de vida del autor, entre 1889 y 1914, pero en el texto no hay marcadores que nos sitúen temporalmente (Von Sternburg, 1994). Ese escenario, aunque no la historia, se basa en los recuerdos de infancia del propio Winder en un pueblo de la llanura de Haná, al este de la actual República Checa. Albert, el protagonista, consigue escapar de la estricta educación del padre —una verdadera pesadilla— cuando se va a estudiar a la ciudad vecina de Prerau. Allí despierta por primera vez al deseo sexual y a los horrorosos sentimientos de culpa y autodesprecio que esto le genera. Hasta que no emigra a Budapest con la excusa de convertirse en rabino — como manda la tradición familiar—, no podrá satisfacer las demandas de su cuerpo. En la ciudad prueba los placeres de la noche, la prostitución, los cabarets, pero también se enamora de Etelka, una pobre chica que aspira a convertirse en cantante de ópera. Budapest apenas es descrita, pero se le aparece al lector como una metrópolis insomne, multiétnica, a la que llegan jóvenes de todas las esquinas del imperio para cumplir sus sueños y escapar de los yugos familiares. Más tarde, Albert sigue a Etelka hasta Viena, en donde consigue ascender socialmente al convertirse en dueño de un burdel. Pero su realización personal va siempre acompañada de crecientes sentimientos de culpa fruto de los traumas de su educación ortodoxa. Por eso, más tarde vuelve al pueblo de sus padres y salda cuentas con Dios. Su penitencia consiste en casarse con la mujer más fea del pueblo, a la que con el tiempo llega a acostumbrarse. Sin embargo, cuando ve que nunca podrá llegar a amarla, regresa a Viena. Entretanto Etelka muere y Albert se dedica a vagar por la ciudad lanzando admoniciones a los pecadores (de ahí que Oskar Baum lo llamara «Don Quijote de la redención» (Von Sternburg, 1994).

4.2. *Die jüdische Orgel* y el expresionismo

Según Margarita Pazi, uno de los temas principales de *Die jüdische Orgel* es el conflicto generacional entre padres e hijos (Pazi, 1990), muy característico de la literatura expresionista. En este caso, se ve agudizado por la presencia de la problemática judía, que trataré en el apartado siguiente. Johana Prouzová (2013) ha visto además otros rasgos propios del expresionismo en la estructura de la obra: la historia del *killejüngel*² se desarrolla «por escalones», al modo de los *Stationendrama* tan populares en el teatro expresionista, con ejemplos como *Von morgens bis mitternachts* de Georg Kaiser (1912) o *Die Wandlung* de Ernst Toller (1919). Estos dramas, que alteraban la estructura por actos, son comparables a los capítulos de *Die jüdische Orgel*, cada uno de los cuales se desarrolla en un lugar y representa además una etapa del desarrollo vital de Albert. Como apunta Pazi, el desarrollo es lineal, pero el estado anímico del protagonista es cíclico (Pazi, 1990), y así el autor muestra su incapacidad para escapar de su destino. Otros rasgos expresionistas son la locura, los raptos de enajenación que sufre el protagonista y que, siempre que aparecen, cambian la lógica y el imaginario de la novela de modo súbito. En esos momentos, Albert parece perder pie con la realidad, le cuesta diferenciar lo real y lo soñado, el bien y el mal, solo hay confusión. Según Prouzová, «este estado tiene que ver más con el relativismo de un individuo decepcionado que con la locura en sí misma» (Prouzová, 2013). Wiesner tampoco cree que asistamos a estallidos de locura por parte del protagonista. En su opinión, Winder, ilustrado redactor del *Bohemia*, pretende decirnos que la locura forma parte del gueto, está dentro de la «piel de gueto» — imagen que se utiliza varias veces a lo largo de la novela— y es visible ya en el primer párrafo del libro, cuando se nos informa de que Wolf Wolf no ha sido capaz de percibir el embarazo de su mujer hasta el séptimo mes del mismo.

En cuanto a las descripciones, prima la concisión, casi la parquedad, tanto en los paisajes como en la recreación de los ambientes urbanos. Además de la «reducción del escenario» a que aludía Krolop, Winder suele repetir algunas descripciones o rasgos descritos, como si no quisiera perder tiempo ni que lo pierda el lector, como si fuera necesario que este se concentrara en los tormentos interiores del protagonista. Muestra de ello es la comparación de la llanura de Haná con un tablero, que se da varias veces y que parece remitir de un modo indirecto a esa idea de juego, tan propia del expresionismo, y a la Cábala: «Que aquella fuera una ciudad fea sobre el tablero de la llanura de Haná (...); «Detrás

² Literalmente «niño con hernia».

del río, estaba la ciudad adherida al tablero, pintado en verdes tonos primaverales, de la llanura de Haná». En la elección de léxico, a menudo sencillo e inequívoco, se puede observar también el carácter secundario de las descripciones: una ciudad «fea» o «gris», una escalera «angosta», etcétera.

Los rasgos mencionados —junto a otros específicamente lingüísticos que se trataran en la segunda parte del trabajo— dejan ver bien en qué tiempo fue escrita *Die jüdische Orgel*, pero también en qué lugar. No en vano, según Měšťan (2002), en aquellos años,

(...) la literatura alemana de Praga (...) está por completo bajo el signo del expresionismo. Praga era incluso uno de los centros del expresionismo literario alemán. Frente a esto, en la literatura checa el expresionismo no jugó un papel importante, y su duración fue relativamente breve (...). En la época en la que los autores judíos de lengua alemana en Praga son importantes representantes del expresionismo, sus colegas escritores judío-checos se apuntan a casi todas las tendencias literarias, salvo el expresionismo (la única excepción es, en parte, Weiner). Los judíos alemanes en Praga siguen, pues, la evolución de la vida literaria alemana; frente a esto, los judíos checos son solidarios con la vida literaria checa en Praga. (2002)³

4.3. *Die jüdische Orgel* y el judaísmo

Hay quienes han visto al Winder de esta novela como un ejemplo del grupo de los *self-hatings jews*, autores que, como apunta Rhoda Henelde, «maldecían el accidente de haber nacido judíos»⁴. Kurt Krolop sitúa «este fenómeno en el centro de la novela» (Krolop, 1989). De este grupo hay ejemplos tan señeros como Karl Kraus, a quien Theodor Lessing —asesinado en un atentado nazi en 1933— consideraba «el ejemplo más formidable de auto-odio judío» (Von Sternburg, 1994). Hay que decir que se trata de un concepto problemático que a día de hoy ha sido cuestionado por algunos estudiosos, aunque la mayoría se ponen de acuerdo en que el problema identitario judío se extendió ampliamente entre los intelectuales austríacos y alemanes en la segunda mitad del siglo XIX. El primero que utilizó el concepto fue el propio Lessing en *Der jüdische Selbsthaß* (Jüdischer Verlag, 1930). En el suicidio del filósofo Otto Weininger se ha querido ver un ejemplo de las trágicas consecuencias de este auto-odio judío. El propio Max

³ Kurt Krolop ha analizado las peculiaridades del expresionismo de Winder y de los otros autores de Praga, y las diferencias con el expresionismo alemán. Krolop, Kurt: *Ludwig Winder (1889-1946). Sein Leben und sein erzählerisches Frühwerk*. Halle (Tesis doctoral), 1967.

⁴ Rhoda Henelde por correo electrónico al autor.

Brod estableció una conexión entre el destino de Weininger y la novela de Winder. En su reseña de *Die jüdische Orgel* en el *Prager Presse* escribió: «El odio de Weininger contra todo lo judío, el odio contra sí mismo, grita en este libro» (Von Sternburg, 1994). Krolop encontraba paralelismos entre Albert y las descripciones de Weininger en *Geschlecht und Charakter* (1903), pero, a diferencia de este, «Winder no las interpretaba de un modo metafísico, sino que aparecían como expresión de la problemática interior de un destino individual representativo del destino de un grupo» (Krolop, 1989).

Prouzová cita la definición de auto-odio judío proporcionada por Michael A. Meyer: «Una aversión por todo aquello de sí mismo que uno considera judío, aquello que le gustaría eliminar, pero no puede» (2013). Este auto-odio judío, sostiene Meyer, creció en paralelo al antisemitismo. Su expansión coincidió además con una época en que los judíos buscaban integrarse en las sociedades europeas a través de una identificación con los valores ilustrados, que algunos consideraban imposibles de conciliar con su religión. En este sentido, no es muy diferente a la reacción de rechazo a su propia cultura de origen que pueden tener los inmigrantes de segunda o tercera generación hoy en día en cualquier parte del mundo. Conviene recordar que en Praga, a principios de siglo, se hicieron censos de población en los que cada ciudadano tuvo que definirse como «alemán» o «checo». De esta manera, la identidad judía paso a un primer plano, en tanto que lo alemán se asociaba a lo judío.

Aunque es cierto que el personaje de Winder se expresa en algunas ocasiones con lo que hoy consideraríamos tópicos antisemitas —habla de la avaricia, la ambigüedad, el carácter taimado de los judíos, etc.— me parece arriesgado incluir esta obra dentro de una especie de corriente de antisemitismo judío, aunque sea indudable que existe ese auto-odio o auto-desprecio descrito por Meyer, lo cual puede verse incluso en la elección del léxico⁵. El personaje, literalmente, se expresa sobre sí mismo en ese sentido: «Todo lo que odio está en mí, estoy encerrado en mi piel-de-gueto; y si arrancara la piel de mi cuerpo, nada ganaría, bajo la piel late el corazón de mis antepasados y mis sesos son los sesos de mis antepasados». Hay que tener en cuenta que la novela trata sobre una crisis de identidad que se intensifica y remite y, a lo largo de toda la historia, Wolf maldice ambos polos de su identidad, el polo judío y el polo gentil, entre los cuales se ve zarandeado continuamente. Esto encaja a la perfección con la

⁵ A Rhoda Henelde le bastó leer dos términos yiddish de la novela —*Pitzkepures* y *Killejüngel*— para saber que estaba ante una obra del grupo de los *self-hating jews*. Según Henelde, estos autores acostumbraban a utilizar palabras “rebuscadas y desagradables” del yiddish, lengua que por cierto no siempre dominaban.

tendencia expresionista a la exageración y la caricatura que, en último término, conduce al estereotipo.

Más interesante, creo, es el apunte de Pazi sobre lo que impulsó a Winder a escribir *Die jüdische Orgel*. En su opinión, fue una reacción a otra obra que tenía el judaísmo como tema: *Die Sendung Semaels*, de Arnold Zweig. Al reseñar esta obra en el *Bohemia*, Winder escribió:

Si Zweig siente la llamada de presentar en una obra la tragedia del judaísmo, podría haber elegido entre miles de materiales y motivos que aún hoy (como hace mil años) están a pie de calle... Hay millones de personas que todavía hoy odian y persiguen el judaísmo. Un escritor que quiera presentar la tragedia del judaísmo probablemente tenga el deber no de seguir dándole vueltas al pasado, sino de vivir en el presente y sobre todo en el futuro. Y un escritor que entienda su tiempo, sentirá sobre todo que en 1920 la tragedia de la humanidad es más importante que la tragedia de un pueblo. (Pazi, 1990)

Como Krolop, Pazi cree que Winder habría tratado de mostrar «aquello que Zweig no había podía mostrar», esto es, «que la tragedia de un pueblo entero tiene lugar también en cada individuo» (Pazi, 1990). *Die jüdische Orgel* sería, por tanto, un intento de hacer presente esa tragedia, de encarnarla, para lo cual Winder aprovecha la experiencia que más a mano tiene: la de su padre. Winder utiliza las experiencias infantiles de su padre para contarnos la historia de Albert Wolf, hijo de un judío ortodoxo a quien la estricta educación paterna causa horribles sentimientos de culpa. El protagonista odia su identidad, pero sobre todo odia el encierro al que, por culpa de sus rasgos identitarios, es sometido. Por un lado, está encerrado en el gueto judío. Y dentro del gueto está encerrado y aislado de los otros niños por culpa de las convicciones ortodoxas de su padre. Albert, por más que lo intente, es incapaz de escapar a su herencia, que es también su destino, aunque busque hacerlo por los medios más alejados de su tradición posibles, hasta el punto de que termina regentando un prostíbulo. En esta tensión crea Winder a su protagonista, un «personaje paradójico» (Pazi, 1990).

4.4. Recepción en su época

Un breve análisis de la amplísima recepción que la obra tuvo en su momento nos ayudará a detectar algunos rasgos en que debemos fijarnos para la traducción. La novela fue reseñada en prensa generosamente y desde distintas perspectivas ideológicas. Como apuntó Erwin Herbert Rainalter —más tarde notorio escritor

nazi— en el *Berliner Börsen Zeitung*, el libro iba a ser «atacado y defendido con insistencia», pues su tema tocaba uno de los «puntos calientes» del debate público en el mundo alemán (Rainalter, 1922). Bien es verdad que fueron los nazis quienes colocaron más tarde el llamado «problema judío» en el centro del debate público, pero lo cierto es que, en lo referente a *Die jüdische Orgel* —una novela que no se puede comprender al margen de estas disputas—, medios de todas las tendencias se sumaron a la discusión. Gran parte de la controversia se centró en la cuestión judía, pero todos señalaron también las peculiaridades del estilo para situarse, por último, a favor o en contra. Felix Weltsch escribió en el *Selbstwehr*, un periódico judío de Praga: «El libro quizás no gustará a todos; es de una estridencia inmisericorde. Un libro que es casi un flagelo» (Weltsch, 1922).

El traductor habrá de conservar la alta temperatura emocional del texto, que el autor logra con una serie de recursos identificables (por ejemplo, a través de alteraciones de algunas reglas sintácticas) en los que nos detendremos en las páginas dedicadas al análisis traductológico. Hubo críticos como Alfred Klaar o Albert Ehrenstein que, aunque hicieron en conjunto reseñas positivas del libro, expresaron sus dudas ante esos elementos «estridentes» del estilo y de la acción. Klaar escribió en el *Vossische Zeitung*: «Uno habría deseado que el autor no hubiera usado para semejantes éxtasis su capacidad de observación y su sensibilidad para causar en el lector los mayores efectos». No obstante, Klaar reconocía el magnetismo del autor, «a quien uno no olvidará después de ser tocado por el aliento cálido de su temperamento». Von Sternburg (1994) recoge otra reseña de Albert Ehrenstein en el *Wiener Allgemeine Zeitung*, donde el escritor lamentaba que Winder no abandonase ni por un momento «su mundo gris espectral, la niebla y las sombras solitarias y la amarga tierra de los malditos» por los que se movía su historia. Y lo cierto es que esa claustrofobia, esa sensación de agitación perpetua, es un elemento muy característico de la novela de Winder.

Muchas de las reseñas, como se ha dicho, se detenían en la cuestión judía, extremo que al traductor le conviene entender bien, pues afecta a los elementos culturales y al uso, por ejemplo, del yiddish como «lengua de imitación»; es decir, como recurso para caracterizar a algunos personajes y no tanto como lengua de comunicación entre ellos. Thomas Mann escribió: «En muy raras ocasiones he podido apreciar de una forma tan visionaria, tan viva, la esencia judía» (Serke, 1987). Ehrenstein, en el texto ya citado, advertía sobre un peligro existente en la recepción de la novela: «Antisemitas idiotas de la literatura entenderán mal a Winder». El libro, por otro lado, recibió malas críticas por parte de algunos medios judíos, como el *Jüdische Presse* vienés, uno de cuyos críticos acusó a

Winder de «desconocimiento de la vida interior de los judíos y de sus costumbres». Estos ya le colocaban en el grupo de los *self-hating jews*.

Sea como sea, a día de hoy *Die jüdische Orgel* permanece como una de las obras más destacadas —si no la más característica— de la producción de Ludwig Winder. Además, es un documento muy representativo de su tiempo. Como recuerda Von Sternburg (1994), en 1982 fue la primera novela de Winder que se reeditó y es la única que forma parte del *Kindlers Literaturlexicon*. También ha sido traducida al francés (*L'orgue juif*, Écriture, 1993; trad. de Nicole Casanova) y al italiano (*L'organo ebraico*, Aktis, 1990; trad. de Fabio Canessa).

4.5. Recepción editorial en España

Una novela como *Die jüdische Orgel* es susceptible de integrarse en el sistema literario español junto a otros textos de parecidas características que reúnen también rasgos de distintas tradiciones. El rescate de un texto como este supone el rescate de una literatura sin continuidad, interrumpida de golpe por el Holocausto, que a lo característico de la literatura alemana de su tiempo unía toda la tradición judía de Europa oriental, con la introducción, por ejemplo, de elementos místicos o fantásticos. Es la escuela de otros escritores en lengua alemana de Praga, como Gustav Meyrink (autor de *El Golem*) o Hermann Ungar, cuya narrativa breve ha sido ya publicada en español (*Narrativa completa*, Siruela, 2017; trad. de Ana María de la Fuente e Isabel García Adánez). Además, es inevitable recordar, al leer esta novela, otro texto ya canónico de Joseph Roth: *Job* (Acantilado, 2011; trad. Berta Vías Mahou), con el que guarda no pocas similitudes. Por otro lado, como se ha dicho ya, es un ejemplo del expresionismo de Praga, con sus características propias.

La obra será apreciada por los lectores de los libros arriba citados, y no exclusivamente por académicos o amantes del mundo alemán, pues, en todo caso, posee la fuerza creativa y el atractivo que impregna todo lo relacionado con esa «Praga mágica» de la que hablaron Claudio Magris o Patricia Runfolá y que, sin duda, va mucho más allá de Kafka. Además de ser una obra bastante breve (a diferencia de otras de Winder), el autor hace uso de estrategias que conectan con el público (no olvidemos que Winder solía publicar sus novelas por entregas en la prensa). Así, utiliza el «molde» de la novela de formación, que nunca pasa de moda, y pone su mayor empeño en que el estilo sea ágil, legible y altamente expresivo.

5. Propuesta de traducción: *El órgano judío*.

Capítulo uno

Wolf Wolf⁶, un servidor de Dios, tardó siete meses en darse cuenta de que su mujer estaba embarazada. Nunca se le había ocurrido observarla. El Talmud prohibía a este profesor del Talmud, bisnieto, nieto e hijo de famosos talmudistas moravos, regocijarse en la visión femenina de Charlotte, aspirar los hermosos colores al óleo de su rostro, rodear con las manos sus senos firmes, llamativos, admirar el paso lento de sus piernas largas y esbeltas.

La mujer no se sentía humillada. Una vez —en el primer año de matrimonio— se había dejado embaucar por unas amigas, la llevaron al fotógrafo, se miró en un espejo grande y cautivador. La peluca que, como judía devota, tenía que llevar siempre, voló al suelo, el pelo se derramó sobre las mejillas encendidas, la boca comenzó a sonreír coquetamente. Dos días después, el fotógrafo llevó las fotografías a casa. Wolf Wolf pataleó, gritó con violencia, las rompió en pedazos. Lotte salvó, conservó una de ellas. Desde entonces, todo fue pura devoción. Wolf, profesor de religión, rabino, encargado del registro, cantor de la sinagoga, matarife ritual, ya estaba a las seis de la mañana dando clases a una juventud apaleada, temblorosa, en las ruinosas aulas de la vieja escuela; el Talmud y el Midrash eran explicados e iluminados. Cada día a las ocho, se presentaba en el matadero, cuchillo afilado en mano; con sadismo ritual, rebanaba los pescuezos aún vociferantes de gansos, gallinas, palomas, lanzaba raudo los animales muertos contra el muro, se limpiaba la sangre con la manga. Después continuaba con su estudio del Talmud, horrorizándose cuando disfrutaba, pues creía que, si la devoción se convertía en gozo, se estaba sirviendo mal a Dios. Cada Sabbat, los hombres de su congregación se reunían para emprender agotadoras querellas en torno a un pasaje del Talmud; tras aquellos arrebatos de la razón desatada, Wolf levantaba la voz, compartía su enseñanza, cosechaba reconocimiento, recelaba de él. Sé humilde, tú, miserable entre los miserables, susurraba su corazón.

Pero ante él temblaba la mujer y temblaban los niños. Temible era su mirada. En ella se podía leer: ojo por ojo, diente por diente. Así terminéis como un *pitzkepures*⁷, así os trague la tierra, maldecía cuando un estudiante daba una respuesta confusa. Para los

⁶ Nombre parlante cuyo significado literal es «Lobo Lobo». Se trata de un nombre bastante ridículo que además hace referencia a la severidad del padre y a la imposibilidad de este para escapar a su destino, dos temas fundamentales de la obra.

⁷ Yiddish, como en el original. «Pitzl» significa «diminuto», «menudo». «Kepures» son las gallinas sacrificadas en Yom Kipur.

niños de ocho, diez, doce años, era como la despiadada sentencia de un verdugo que se colaba en sus sueños.

Un día, Josef Blum, el responsable de la comunidad judía, un rico ocioso, agarró al talmudista por la pechera; sin malicia, le preguntó para cuándo estaba previsto el feliz acontecimiento. El azul del cielo se desplomó sobre Wolf, la enorme cúpula se hizo más y más pequeña, una campana atronadora rodeó al hombre, retumbó brutalmente en sus oídos. Wolf corrió a donde estaba Lotte, examinó con los ojos muy abiertos las redondeces de su cuerpo; estrechó, agitado, la mano de la mujer. Ella dijo, con los ojos resplandecientes de alegría: «En dos meses, si Dios quiere». Dos veces acarició Wolf, con ternura, el vientre tensísimo de su esposa; ruborizado, se dio la vuelta; hasta el parto no volvió a pronunciar palabra alguna sobre el tema.

Pero a menudo en la escuela, en los pasajes más interesantes del Talmud, Wolf se detenía y pensaba en el esperado bebé, profundamente conmovido por la bondad del Señor, quien le había deparado una dicha que ya no esperaba tras ocho años de matrimonio sin hijos. Los estudiantes le miraban con insolente desconfianza en los ojos; Wolf, confuso, enfadado, alzaba el dedo índice sobre los grandes libros amarillentos. Pero no servía de nada, el bebé estaba ya por todas partes. En la sala de estudio, liberado de sus alumnos, trabajaba con la cabeza, las manos, los pies, murmuraba o gritaba indistintamente, el cuerpo volaba adelante y atrás, de derecha a izquierda, no respetaba las comidas, el tiempo no le alcanzaba, resuelto un acertijo de los libros sagrados, surgían otros diez, allí se quedaban, amenazantes, ineludibles, implorándole al hombre en todo su ser como si fueran el mismísimo Dios. Donde nunca antes había existido el descanso, ahora surgían las pausas. Una letra hebrea le recordaba a una cuna, otra era ancha y redonda como el pecho sereno de una madre, la «A» larga era de repente el sonido de un cantar, un sonido cantado por los niños, los antepasados, durante las jornadas de estudio, ya no se sumaban a la discusión, el papel crepitaba sin sentido, de pronto el mundo lo constituían la carne y la sangre.

En Sabbat comenzaron las contracciones, Wolf fue a buscar a la partera, se apresuró al Beth Midrash, lugar de reunión de los estudiosos del Talmud, a siete casas de distancia. Creía oír sin cesar los chillidos de la criatura que nacía, pero era la comunidad la que le oía rezar a él como nunca antes había rezado: rezar contra el niño, que le quería arrebatar todo, sabiduría, buen juicio, agudeza, autoridad, perfección; rezar por el niño, que habría de darle todo, la dicha terrenal. Algunos bienintencionados trataban de hacerle las horas más cortas y aplazar el debate, pero Wolf pensó hasta el fin lo que hasta el fin debía ser pensado, venció al pasaje más difícil que tanto se le resistía, anunció clara e irrefutablemente el sentido del capítulo hasta su última letra.

Después se fue a casa, ya era de noche, un niño chillaba, una madre sonreía, un pequeño había nacido.

Una mañana azul de domingo arrojaba luces doradas sobre las mejillitas del niño, sobre el gran pecho de la madre; Wolf se dio la vuelta, se precipitó a las calles. El callejón judío olía a cuero, a licor, a carne, esos olores envolvían a un hombre que, desde la puerta de su tienda, dijo «Mazel Tov». Wolf respondía a cada enhorabuena con un frío «gracias», no se paraba con nadie, el callejón judío, con sorpresa, observó a Wolf atravesar el portón de la comunidad cristiana, a zancadas, impetuoso; los niños cristianos se burlaban: «¡Judío! ¡Judío!». En la plaza del mercado había humo de incienso, fragor de campanas, una procesión con curas vestidos de blanco y oro, banderas rojas; rodeaban la iglesia campesinas con faldas anchas, cortas, botas altas de caña. Wolf ya no caminaba, corría, maltrataba su obstinado cuerpo gordo; por fin, el ruido quedó a su espalda, los campos y praderas se extendieron reconfortantes hasta el fin del mundo. Entre dos parcelas, Wolf se acostó. En el horizonte, un punto de luz, era Prerau⁸. Wolf se levantó, se colocó de tal forma que el punto iluminado desapareció de su vista. No quería saber nada de aquella ciudad de pecado en cuyo templo se tocaba el órgano. Le habían pedido que fuera el cantor de aquel templo con órgano, los herejes de Prerau se lo habían pedido, le habían prometido el doble de sueldo, le habían tentado a ir al templo; inocente de él, había aceptado la invitación, de repente el órgano había sonado atronadoramente. Wolf había salido tambaleándose, el responsable de la comunidad tras él, el pecador que permitía que la música llamase al culto como se llama al baile.

No quería pensarlo, Wolf, pero de pronto estaba allí, incomprensiblemente allí; lo tenía en los oídos, desde las praderas y los campos se derramaba en sus oídos, desde sus oídos iba directo al corazón; oía el órgano retumbar, el órgano retumbaba: ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! Una fuerza inexplicable lo arrastró a él también al bramido, el tañido, el cántico: ¡Tengo un hijo! ¡Tengo un hijo! Jadeaba, se tapó los oídos, corrió hasta casa, no miró a su mujer, tampoco al niño, se encerró en su cuarto de estudio.

Comenzaron tiempos duros para Wolf. El niño le resultaba ajeno; su esposa, siempre cercana y siempre presente, le resultaba aún más ajena. A la mujer los ojos se le volvieron extraños, a él su brillo le resultaba insondable; siempre mirando el pecho rebosante, los labios en plena succión: ya no existía nada más para ella. ¡Estúpida mujer!, gruñía Wolf el primer año. ¡Estúpida mujer y estúpido niño!, gruñía el segundo, el tercer año. A tientas, lentamente, buscaba el Talmud y el Midrash; a menudo se golpeaba el pecho: ¡Chotosi!⁹ ¡He pecado! Nada significaban para él los balbuceos de la

⁸ En checo Přerov.

⁹ Yiddish, como en el original. «Chotosi» significa «he pecado».

madre ni los balbuceos del niño, nada tampoco la primera vez que dijo mamá, ni el primer paso infantil sobre el reverberante suelo de piedra, ni el primer sonido humano que surgió de aquella boca en formación. En el cuarto donde el niño estaba con su madre, a él se le ensombrecía el ánimo, se volvía impaciente, discutía con Dios. Su hijo tenía que convertirse en un ser sensato, sabio e inteligente, en un talmudista tenía que convertirse. ¿Por qué todo tardaba tanto? ¿Por qué tuvieron que pasar quince meses hasta que gorjeó su primera palabra, veinte meses hasta que dio su primer paso sin ayuda, varios años hasta que pronunció su primera frase con sentido? Los hijos de padres más estúpidos se sentaban en la escuela y asimilaban ya cierta sabiduría, traducían el primer libro de Moisés, preguntaban con curiosidad, eran el hijo del comerciante de cuero, el hijo del comerciante de manteca, el hijo del comerciante de caballos. El hijo de Wolf Wolf, en cambio, no se desarrollaba, lo único que hacía era balbucear.

Pero la madre bullía de gozo; ya no se estremecía cuando su marido, furioso, le gritaba: «¡Eh, tú!». Si él rabiaba, ella estaba suave, una luz misteriosa la rodeaba. Cuando el niño dormía, cuando el marido dormía, ella se quedaba una hora despierta, leía poemas de Heinrich Heine.

Cuando Albert tenía cinco años, Wolf le agarró con mano ávida, se lo llevó a paso ligero a la escuela hebrea; los piecitos del niño apenas podían seguirle. Era verano, hasta el callejón judío se escapaba el aroma de los jardines condales. «¡Albert!»,¹⁰ le llamaban los tímidos niños de cinco y seis años que jugaban al *fangerl*¹¹ detrás del templo. Albert no veía ni oía nada, aturdido por el yugo paterno. Treparon por una angosta escalera en ruinas, un silencio tenebroso se elevaba dentro de la casa solitaria, los pasos del padre sonaban amortiguados. Una pizarra negra se alzaba amenazante, el padre levantó el brazo, dibujó un signo en la pizarra y gritó «alef», dibujó otro signo y gritó «bet», después otra vez «alef» y otra vez «bet», en su mano la tiza surcaba con severidad el aire, la voz crecía cada vez más salvaje, aquello era como una tormenta con rayos y truenos. Albert no entendía nada, sólo pensaba: «Qué va a pasar, qué va a pasar»; empezó a llorar. El padre se inclinó, abofeteó con las manos bien abiertas las mejillas del niño, se giró, una llave crujió, los pasos del padre se alejaron retumbando en la angosta escalera, cada vez más débiles. Albert se quedó solo. Con las manos extendidas hacia la pizarra, se hallaba frente al secreto; se volvió horrorizado, voló hacia la ventana enrejada; ni un rayo de sol, solo los muros altos y serios. Pero ahora podía llorar, sus hombros podían agitarse, por último las lágrimas dejaron de correr, la

¹⁰ Forma típica del diminutivo en yiddish, para el que se añade *-l* o *-ele*. Por lo general, la variante larga (*-ele*) expresa un mayor afecto y se aplica también a nombres propios.

¹¹ *Fangen*. Se refiere a los juegos de persecución, como el pilla-pilla.

tranquilidad apareció, la curiosidad despertó: en lo alto, muy lentamente, caminaba una araña enorme.

Wolf corrió hasta casa; bañado en sudor, le gritó a su mujer: «¡Tu hijo es un idiota!». Lotte le arrancó las llaves de la mano, corrió a la escuela hebrea, su hijo estaba sentado junto a la ventana, observaba la araña. Madre e hijo salieron despacio al encuentro de la luz del sol, ya nadie jugaba al *fangerl*, cien veces dijo la madre: «Estoy contigo».

¡Tu hijo es un idiota!, oía Lotte cada día. ¡Mi hijo es un idiota!, se quejaba Wolf a sus libros a todas horas, por la mañana, al mediodía, por la noche, se quejaba, preguntaba, se respondía a sí mismo: No, no, no. Mi hijo crecerá, mi hijo será un hombre docto, mi hijo será un talmudista. Después de un año, Albert ya podía leer y traducir el primer libro de Moisés; cada vez más convencido, Wolf, en la soledad de su cuarto de estudio, decía a sus libros sagrados: Mi hijo crecerá, mi hijo será un hombre docto, mi hijo será un talmudista. Pero un profundo horror crecía en el chico; temblaba frente al padre, frente a los libros del padre, eran monstruos con dientes de dragón, los cuentos de la madre cobraban vida, transformados, en los libros del padre, le asustaba aquella transformación funesta, aquel malvado encantamiento. Su cuento favorito era *La bella durmiente*, la envidiaba: ¡Cien años durmiendo!

El año oscilaba entre la luz y la oscuridad; la madre era la luz, el padre la oscuridad; en presencia del padre, la luz desaparecía. Si se iba el padre, prendía la llama, en el crepúsculo, con el padre en el servicio religioso, con la habitación a salvo de él durante una hora, prendía la llama, había una luz benefactora en el cuarto, la luz de los ojos de la madre, la luz de las manos de la madre, sobre el regazo de la madre había bondad en medio de la luz.

Wolf no soportaba que estuvieran siempre juntos. Cada palabra de consuelo le parecía mal, cada palabra materna le parecía mal, pero lo que peor le parecía era la escuela pública. Escribía solicitudes, iba a ver al director, pedía que exoneraran a Albert de asistir a clase, todo en vano. Wolf tuvo que ceder a su único hijo a una escuela donde daba clases un *goj*¹²: Cálculo, Gimnasia, Canto. Ni una vez lo enfrentaron con el Segundo Libro de Moisés; a cientos de libros hubo de enfrentarse, pero muy lejos de su camino quedaron el Talmud, el Midrash. Wolf estaba frente al edificio blanco de la escuela, los niños cantaban «*Alles neu macht der Mai*»¹³, vio a su hijo en el patio de gimnasia, trepando por una barra... ¡he aquí lo que tenía que soportar! Pero sólo estaban perdidas las horas del día, la noche pertenecía a Wolf, las horas nocturnas tendrían que

¹² «Goy». No judío, gentil.

¹³ «Mayo todo lo renueva». Canción de primavera todavía hoy muy popular compuesta a partir de un poema de Hermann Adam von Kamp (1818).

servir para compensar el tiempo desperdiciado; el hijo pertenecía al padre de ocho a once de la noche, de cuatro y media a cinco y media de la mañana. Ninguna resistencia se despertó en el chico; creció despacio, un ser gris y sin sangre, creció atornillado al estrecho banco de la escuela hebrea.

Su agarrotamiento espiritual derivó en falta de sueño; *schlofer*¹⁴, le llamaban en el callejón judío, «dormir» era ya su única petición al rezar. Cuando tenía diez años, se atrevió por primera vez, ya despierto a las cuatro y media de la mañana, a volver a cerrar los ojos, a dejar al padre esperando. Wolf entró en la habitación y dijo, con extraña suavidad: «Levanta». A la mañana siguiente, Albert no se levantó. Wolf se lanzó sobre su cama; enloquecido, la emprendió a golpes con el chico. Albert se levantó, de sus labios no salió ningún sonido. Pero sus ojos llameaban de ira, en sus ojos llameaban la cólera, la rebeldía, la indignación.

Por la mañana, Wolf fue al relojero, compró un despertador y, por la noche, mientras el chico dormía, lo colocó en el suelo, a los pies de su cama. A las cuatro y media, el despertador comenzó a sonar. Albert se incorporó en la cama, el repiqueteo se le echó encima desde todas partes, millones de campanas sonaban, las sirenas de los bomberos, las campanas del horror, extrañas visiones en las paredes, campanas gigantes alrededor del cuello. La boca de Albert se abrió por completo, esa boca emitió de pronto un grito, un grito atronador que se oyó en toda la casa. Los padres acudieron a la carrera, la madre se lanzó sobre él, lloraba: «No grites, mi niño, no grites más, no grites más...». El chico gritaba, sabía que estaba gritando, no podía parar; solo la afonía fue capaz, una hora más tarde, de detener sus espasmos.

Wolf se fue al cuarto de estudio, se envolvió en el chal de oración y se puso a rezar. Lotte entró, le arrancó el chal de oración del cuerpo. No dijo ni una palabra, pero Wolf comprendió, huyó a una esquina; como si estuviera delante de un implacable tribunal, dijo: «¡Yo no! ¡Yo no!...». «¿Quién entonces?», respondió Lotte. Desplomóse el hombre, quedó de rodillas, se golpeó el pecho, entonces fue la mujer, cerró la puerta en silencio.

Como una casa de los espíritus calló la casa de Wolf Wolf; después volvió a gritar aquella voz desquiciada, hasta quedarse afónica; por último, calló de nuevo. Como una casa de los espíritus se quedó la casa de Wolf Wolf en la noche oscura; entonces, vino el médico.

¹⁴ «Lirón» o «dormilón». La palabra no aparece en los diccionarios de yiddish, puede que porque no está bien escrita. «Dormir» en yiddish es «shlofn», por lo que el equivalente a la palabra alemana «Schläfer» sería «shlefer», y así aparece en los diccionarios yiddish-inglés; es decir, como suena y sin umlaut. El hecho de que se desvíe de la norma se puede deber al desconocimiento de Winder de la ortografía yiddish. Por otro lado, el yiddish carece de una ortografía normativa y muchos autores de origen judío de la generación de Winder, aunque supieran hablarlo, no sabían escribirlo.

«Sal», le dijo a Albert, abrió la puerta de la habitación, abrió la puerta de la casa. «Sal, hijo». Albert estaba en el pasillo iluminado, algo caía de las paredes, algo caía del techo; formas vibrantes en las paredes, vibrantes campanas. Se oyó un grito sostenido, como el aullido de un perro. Albert no dio ni un paso; aullando, permaneció en el pasillo iluminado. El médico le dio la mano, así avanzaron, era bueno caminar de la mano, ¡con tal de no hacerlo solo! Aquella mano grande tiró de Albert hacia atrás, los padres se quedaron de pie llorando.

«Pánico a los espacios cerrados», dijo el médico. Llevó al niño a la cama, de inmediato éste se durmió. Wolf estaba ahora frente a un juez estricto; un juez sin piedad. «Hecho una pena está el niño, ustedes han pecado contra el niño, sus nervios están destrozados, cuerpo y alma quebrados de extenuación».

Los padres se quedaron consternados, la mirada de la madre imploraba, entonces el médico añadió: «En dos meses, puede que esté recuperado».

Alrededor de la cama del enfermo retumbaban las campanas. Una semana después, se decidió la salvación de Albert. Arrimaron la cama a la ventana, la habitación ganó claridad, el mundo se aclaró también. A Albert ya le estaba permitido tener deseos. Primer deseo: ¡No tener que volver a ver a su padre! Segundo deseo: ¡Que desaparezcan las cortinas! El cielo azul se coló en el cuarto, la pared, normalmente oscura, se hizo más amable. Tercer deseo: ¡Libros fuera! La madre compró un balón de fútbol, lo dejó sobre la colcha, aquella bola del mundo saltó por los aires, era el primer juguete de una infancia. Comenzó una nueva vida de la mano de su madre, ella le guiaba, él aprendió a andar por segunda vez; el temor desaparecía poco a poco, el corazón comprendía poco a poco, inspiró, espiró el aire embriagador de la libertad.

Dos meses después volvía a estar Wolf frente al médico; un ojo se sometía, el otro permanecía exigente. El médico dijo con severidad: «Su hijo está otra vez sano. Su futura evolución depende de ustedes».

Wolf se encerró en sí mismo, imploraba consejo a Dios, preguntaba a los libros sagrados y leía: «Dios puso a prueba a Abraham y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré»¹⁵.

Wolf relacionó el pasaje consigo mismo, se inclinó con humildad. Aquel médico no era el ángel de Dios que anunciaba: «No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada»¹⁶. El médico, ateo, se paseaba por delante del templo fumando durante el sagrado Sabbath.

¹⁵ Cita literal de la Biblia (Génesis 22: 1-2).

¹⁶ Génesis 22: 12.

Wolf, indeciso; impura su humildad. ¿Qué es bueno? ¿Qué es malo? Se lo preguntaba día y noche. Dios callaba.

El padre tenía al hijo acorralado.

Allá donde los niños jugaban, allá donde la pelota saltaba de un lado a otro, apoyado en la valla de madera estaba el padre, asqueado en medio de aromas deliciosos, bajo la dulce lluvia de las flores de acacia, rodeando al niño que ahora aprendía a chillar, que ya no se aprendía el Talmud, que ya no se aprendía el Midrash.

El niño no veía, no oía al padre, preguntaba y se rebelaba. ¡Extraño, que te has convertido en un extraño, eres un hijo humillante, decepcionante, un amargo castigo de Dios! No eres hijo de magras carnes, para ti reservé toda mi energía, he dedicado mi vida terrenal a Dios y a la devoción. Y si tú eres carne de mi carne, serás también espíritu de mi espíritu; eso, o Dios me ha lanzado una maldición.

El padre cada vez acorralaba más al hijo. Al final, guardó el balón bajo llave, los libros volvieron a estar por todas partes; Wolf, con la mano sobre la cabeza de Albert, lo bendijo: «Dios te ha dejado pecar, Dios te ayudará a partir de ahora».

El hijo abrió mucho los ojos, volvieron los metales a vibrar en el cuarto; la madre estaba en la puerta, mantenía la distancia, ya no era una sirvienta abnegada, era una mujer muy severa.

Wolf se horrorizó, escuchó la voz del ángel: «No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada». ¿Todo aquello iba en serio? ¿Tan débil era el rencor y el celo de Dios? El reprendido se colocó frente a la mujer, contuvo lo que rugía en su interior, suavizó la voz: «No deseo torturarlo. Pero una hora diaria debería estudiar la palabra de Dios».

La mujer asintió, el hijo le asintió a su vez, el pánico se instaló atenuado en sus miembros, ya no anclado en lo más profundo de su corazón: había visto temblar al padre.

Capítulo dos

La dicha por estar lejos del padre era mayor que la nostalgia por estar en Prerau; aunque ya sin el obligado estudio nocturno del Talmud, el último año había sido, bajo la supervisión paterna, una tortura. Que aquella fuera una ciudad fea sobre el tablero de la llanura de Haná dominada por el amarillo de los rastros, que un cielo otoñal y gris, y un instituto también gris, fuera todo lo que Albert tenía a la vista, no le molestaba, hasta la fealdad era nueva, era una fealdad distinta a la del mundo del padre, aquel mundo de las atronadoras palabras, de la zarza centelleante¹⁷ que aún asustaba al chico en sueños.

Al mando de la casa estaba el cantor mayor Samuel Gehorsam¹⁸, un hombre que cantaba y gritaba. Por la mañana gritaba, expulsaba de sí el mal humor; su amedrentada esposa, de orondas proporciones, lo perseguía vestida con un batín amorfo por las habitaciones, adivinando deseos, solicitando órdenes; a él nada le parecía bien. En el comedor había un piano, después del almuerzo cantaba el cantor mayor. Albert se sentaba en su pequeño gabinete y escuchaba con atención, se bebía la agradable sonoridad, la idea de un mundo más bello. Que Samuel cantaba por mañana, entonces Albert pensaba: Sabes cantar y hacer música, tus gritos y tu ira son solo una pequeña parte de ti, yo no los oigo.

Por la noche la casa se quedaba en completo silencio, el cantor mayor regresaba tarde, a menudo después de medianoche; Albert solía seguir durmiendo a pesar del ruido, del estrépito. En la habitación contigua la mujer dormía, crujía una cama, caía un cuerpo pesado, cansado; después, solo el tictac del reloj, un murmurar silencioso. Llegado el hombre, se oía una palmada; entonces el cantor mayor bramaba, cantaba, las botas volaban contra la puerta, la mujer decía: «Te lo pido, Sami, por favor, no despiertes al chico». Después se oía otra palmada, la mano del cantor mayor golpeaba el cuello, las posaderas, el brazo rollizo de su esposa; el cantor mayor cantaba: «¡He ganado al Tarot!». A continuación toda la casa se quedaba en silencio; sin dejar de gritar, el cantor mayor se quedaba dormido.

Una vez Albert se despertó, alguien jadeaba en la habitación contigua, una cama chirriaba, él no entendía qué pasaba, encendió una vela; nunca había encendido la luz en medio de la noche. Había una suerte de hormigueo sobre y bajo la alfombra, un corretear por las paredes, arriba y abajo, cucarachas grandes y pequeñas correteaban sobre la cama, iban de la cama a la puerta, de la puerta a la cama. Albert tenía miedo, se estremeció del asco, pero en la habitación contigua crujía una cama, alguien jadeaba, Albert no pudo resistir la tentación de levantarse, atravesar el hormigueo negro, mirar a

¹⁷ Librementemente inspirado en *Moisés* (22, 12).

¹⁸ «Obediencia».

través de la cerradura. Echó un vistazo; después se subió de un bote a la cama, apagó la vela; bañado en sudor, se tumbó en la cama, los dientes desgarraban la manta, se tapó la boca con un almohadón, aquello era el horror, más espantoso que todos los horrores de la casa paterna.

Esa noche no durmió.

Por la mañana se despertó antes que el resto, todos dormían. Con los ojos cerrados voló por la habitación, un importante libro de texto se le escurrió de su mano que avanzaba a tientas; lo dejó en el suelo, salió corriendo, atravesó como un rayo las calles neblinosas; en el parque municipal se desplomó sobre un banco. Se quedó sentado durante dos horas en la niebla blanca; espantosamente entrelazadas flotaban en el aire extremidades sueltas, descendían como gigantescas trompas de elefante, le abrieron la boca, vomitó. Atravesando la niebla, marchó a la escuela, el profesor llevaba barba corta como la del cantor mayor, Albert le miró fijamente, fue castigado, miradas maliciosas se regodearon ante el castigo impuesto al silencioso alumno modélico; avergonzado, Albert se fue a casa, la niebla había desaparecido. Frente a la casa, el corazón le comenzó a latir con premura; sobre la escalera, le palpitaba en todas las venas, le palpitaba en la garganta como un pesado martillo de hierro. El matrimonio estaba sentado a la mesa; por primera vez, Albert vio a una mujer, por primera vez vio una boca grande, roja, de mujer, los monstruosos senos de la mujer descansaban, pesados, sobre el mantel, hubo de mirar bajo la mesa, el mantel blanco lo ocultaba todo, él pensó: ahí están los muslos desplegados, no los puedo ver, pero los veo. Mientras viva, no veré otra cosa.

Tras la clase de primera hora de la tarde, en lugar de, como otras veces, irse a casa con los libros a cuestras, regresó al parque. Entre las dos y las tres había hecho sol; ahora caían las primeras nieves del invierno, se alzaban árboles oscuros, la nieve caía cada vez más blanca, pronto estuvo el banco cubierto de nieve; Albert bajó la mirada a las formaciones blancas. La capa de nieve sobre el banco lo refrescó y le vino bien. Pero alrededor surgieron ondulaciones, montañas y valles, una y otra vez una montaña blanca y un valle blanco, senos blancos crecían por doquier, grandes senos que respiraban. Al final de la avenida crecían juntos, en cuestión de minutos, dos pinos, se aproximaban más y más, piernas inmensas y peludas de hombre que se curvaban con esfuerzo, inclinadas sobre aquellos senos. Albert cerró los ojos, un vigilante del parque lo sacudió, apenas había soñado cinco minutos, entonces echó a correr hacia casa, como un criminal perseguido.

La mujer del cantor mayor estaba sentada junto a la estufa y tejía. Albert miró de refilón las manos rudas, picadas, aquella sobria figura sin forma con su falda gris; a través de la cerradura, vio su mirada sin brillo; agotado, se desplomó.

Por la noche esperó. Querer dormir era un sinsentido, permaneció incorporado en la cama y esperó. Poco después, la mujer se fue a dormir, una cama crujió, cayó un cuerpo pesado, cansado; Albert veía, apretando los ojos, los aperos de tejer, la figura sin forma con su falda gris, la mirada sin brillo: aquello era su salvación. Pero a medida que el tictac del reloj subía de volumen, la falda gris iba desapareciendo, surgía un resplandor blanco; cada vez más despierto, Albert veía un resplandor blanco; así fueron pasando las horas. Después de medianoche el cantor mayor llegó a casa, las botas volaron contra la puerta. «¿Has ganado?», preguntó la mujer; el hombre no contestó, tan solo gimió, de inmediato todo se durmió. Albert volvió a caer, suspiró, permaneció a la escucha todavía un ratito, cayó rendido.

A las siete y media se despertó, dio un saltó; el camino a la escuela era largo; llegar tarde, inevitable. El profesor barbudo observó con sarcasmo al dormilón, tomó el libro de texto, dictó algo para sí mismo en voz alta: «Wolf, diez minutos de retraso». A continuación levantó la voz: «¡Wolf, la lección!». Albert clavó su mirada en aquella barba cerrada, una voz le sopló la respuesta, Albert repitió la frase como buenamente pudo. «Siéntese», dijo el profesor. Albert obedeció, se giró, el apuntador había sido Berthold Alter¹⁹. Berthold Alter nunca antes ha hablado conmigo, ¿por qué me ayuda ahora?, pensó Albert.

En la pausa, Berthold Alter se dirigió a él: «Vente conmigo esta tarde, Wolf». Alter vivía en una casa magnífica de la calle Palacky; entraron en silencio, no había nadie en casa; los padres estaban de viaje, las sirvientas de vacaciones. Dentro, Alter seguía sin hablar; Albert, intimidado, no quería romper el silencio; además, había mucho que ver, un piano, todo negro y brillante, cuadros maravillosos, un lujo inesperado. «Té», dijo Alter, dejó un samovar plateado sobre el mantel de terciopelo rojo, el agua al caer sonaba reconfortante.

Berthold preguntó de pasada, inclinado con diligencia sobre el samovar:

—¿Cuántos años...?.

—Once —susurró Albert. El otro asintió satisfecho.

—Un pipiolo. Yo, casi trece; repetí curso una vez.

Bebían el té en unos cuencos azules muy delicados. De pronto, Berthold agregó:

—Sí, ojeas... un signo inequívoco.

Albert posó enérgicamente el cuenco sobre la mesa, no tenía ni idea de cómo era posible aquello. Al final, se terminaron el té hasta la última gota; Berthold condujo al tímido Albert a la otomana, se estiró cómodamente, preguntó en tono objetivo:

¹⁹ El apellido de Berthold, mayor que Albert, remite, como el apellido del cantor mayor, a una característica del personaje. En este caso, Alter significa «vejez», «edad».

—¿Desde cuándo lo haces? —Y tras una pausa larga—: Entre dos es más bonito, podríamos hacernos amigos.

Aprovechando el desconcierto de Albert, Alter lo agarró con fuerza, intentó tirarlo al suelo, Albert vio cómo se le encendía el fuego en los ojos, un latigazo recorrió el cuerpo de Alter, entró en éxtasis, se olvidó del que tenía enfrente. Albert se quedó de piedra; se mantuvo rígido apenas un minuto, después corrió a la puerta, corrió a la calle, permaneció temblando frente a la casa. Esto es demasiado, demasiado... ¡voy a morir!, pensó. Desesperado, se miró la mano que el otro le había agarrado en plena lucha, la mano era de pronto un animal repugnante, asqueroso como una rata. Seguro que mi cara también está embrujada, todos me miran, pensaba, mi cara es un animal repugnante, he de tener la valentía de mirarla. Estaba delante de una tienda de moda para caballeros, un gran escaparate resplandecía con luz eléctrica, miró adentro; aquella era su cara, algo enrojecida, pero no había transformación por ningún lado, la forma era la de siempre. Puso la mano en el cristal, el frescor la impregnó como un bálsamo, la mano volvía a ser una mano. He soñado, pensó aliviado, en ese té había ron, estaba borracho. «Largo de aquí», dijo de pronto una voz cerca de él; el vendedor de la tienda de moda para caballeros, no mucho mayor que Alter, abrió con energía el escaparate desde dentro, cogió una corbata de la exposición, cerró el escaparate y desapareció en el interior de la tienda. He aquí alguien puro, pensó Albert, todos son puros, no has de permitir que te asalten pensamientos impuros, no has de tener tiempo para pensamientos impuros. Envalentonado, entró de nuevo en casa de Alter para recoger los libros de texto que había olvidado, los libros estaban justo en la primera sala, nada más entrar, sobre la mesa; Albert quiso cerrar discretamente la puerta tras de sí, pero Berthold le oyó, «¡Borrego!», se carcajeó, Albert se precipitó a la calle.

Estuvo una hora y media estudiando en su gabinete. Hizo todas sus tareas, se aprendió de memoria la lección, la noche se extendía infinita ante él. Albert tomó los libros en hebreo, el padre le había puesto tareas sobre el Talmud, el examen sería en Navidad, Albert no había adelantado nada hasta ese momento. Tu espíritu me llena, Dios mío, decía Albert en voz alta; la palabra de Dios cobraba vida, el Talmud como gran salón de la sabiduría, cubierto de estrellas; obsesionado, Albert trabajaba con la cabeza, las manos, los pies, murmuraba o gritaba indistintamente, el cuerpo volaba adelante y atrás, de derecha a izquierda, no respetaba las comidas, el tiempo no le alcanzaba, resuelto un acertijo de los libros sagrados, surgían otros diez, allí se quedaban, amenazantes, ineludibles. La cena estaba sobre la mesa, Albert ni la tocó; muerto de cansancio, se quedó dormido.

En Navidad, en la casa paterna, el padre se encerró con el hijo, diez días de vacaciones se convirtieron en diez días de martirio. El padre se había olvidado de la

amonestación recibida en su día; decidido, impuso sus exigencias, éstas tenían que ser satisfechas, todo lo demás era blasfemia. Que el hijo estudiara en Prerau era una concesión, la comunidad lo pagaba todo, no estaba justificada la protesta. «No vayas al templo en Prerau, ve al Beth Midrash», decía el padre, «el cantor mayor no es un hombre piadoso, no hables con él, no hables con nadie, habla con el Talmud, es suficiente para toda una vida».

Durante esos días, Albert se distanció definitivamente de su padre y de su madre, vivían aislados, no le podían ayudar, el suyo era otro mundo, un mundo para gente mayor. «¿Cuántos años tienes, madre?», le preguntó de camino a la estación, donde ella le acompañaba. «Cuarenta», dijo ella. Eso no es verdad, pensó él, tiene cien años, tiene mil años, mil años median entre ella y yo. «¿No necesitas nada, hijo mío?», preguntó la madre al darle el beso de despedida, y él dijo no, pues sabía que no tenía forma de ayudarle. Pero, ya sentado en el tren, inclinado hacia su madre desde la ventana del vagón, dijo lo que en los diez días anteriores, por vergüenza, no había dicho: «Madre, me gustaría mudarme, no quiero seguir viviendo con el cantor mayor». «¿Por qué, hijo mío? Sabes que no es posible», dijo la madre. «Por supuesto que no lo es», dijo él y se retiró hacia atrás, el tren se puso en movimiento.

De vuelta en Prerau, sintió que se desvanecía la seguridad comprada a Dios a través de extenuantes estudios talmúdicos; Dios se pensaba si debía seguir pagando a diario aquel precio de compra. Cansado, Albert se quedaba dormido a las nueve de la noche, se despertaba a las doce, su capacidad auditiva era extraordinariamente aguda. Aunque no hubiera nada que escuchar, crujía una cama, alguien jadeaba. En la escuela, incluso, en medio de la clase, en la hora de gimnasia, en el camino a casa, el demonio estaba en todas partes, en todas partes cosquilleaba, picoteaba, quemaba al pobre atormentado, Albert finalmente sucumbía.

Mañana y tarde yacía febril en la cama, el demonio le guiaba la mano; hundido hacia la última oscuridad, le recorrían ardor y escalofrío de inacabables violencias, el demonio le guiaba la mano. Ya no podía mirar a nadie a la cara, todos estaban al corriente de su vergüenza, todos le evitaban. ¡Me conocéis bien, jueces justos!, pensaba, soy una inmundicia, pertenezco a las tinieblas, vosotros, en cambio, vivís allá arriba, en la luz, rodeáis con manos puras un mundo puro. Todos los hombres eran jueces supremos que repartían anatemas y que se apartaban con asco de la inmundicia.

Durante las vacaciones de verano, el padre dejó de ser el juez temible y aniquilador: ahora lo era la madre. Ahora tenía la gran mirada exterminadora ella. En cuanto hable, temía él, dirá una palabra que me matará. Dilo ya, rogaba cada mañana antes de levantarse, por qué vacilas tanto, por qué postergas la hora de la ejecución, por qué me sometes a esta horrible tortura. Él apremiaba al padre, el padre permanecía

impasible, nada veía él que no fueran sus libros sagrados, nada quería que no fuera la sumisión buena, la sumisión incondicional; a veces, asentía incluso con aprobación. Si el hijo buscaba para sí el martirio sin fin, el padre asentía con aprobación, gracias, Dios: mi hijo es sangre de mi sangre.

Después de las vacaciones, para humillarse aún más, para enfangarse de un modo más atroz, Albert se dirigió al seductor Berthold Alter. Hacía meses que se venían rehuendo. Pero ahora fue Albert en su busca, frente a la magnífica casa de la calle Palacky le confesó todo a aquel extraño, funestamente confuso, sucio, manchado como estaba. Berthold, no obstante, rechazó tenderle la mano; altivo, su envergadura creció hasta alturas estratosféricas al decir lo siguiente: «Una enfermedad infantil ya superada. Hace mucho que he pasado página». Alter condujo al chico avergonzado al elegante estudio, abrió un libro, señaló con el dedo índice un pasaje marcado en rojo, Albert leyó lo que le esperaba: deterioro de la médula espinal, aturdimiento generalizado, lenta agonía del cuerpo, por último muerte con dolor. El mayor de los dos se hinchó de alegría por el mal ajeno. «¿No hay posibilidad de salvación?», susurró Albert. Berthold pulsó un botón, apareció una joven criada, el hijo de la casa la abrazó, miró triunfante a su destrozado huésped. Precipitóse Albert a la tarde amarilla de octubre.

Deterioro de la médula espinal, aturdimiento generalizado, lenta agonía del cuerpo, por último muerte con dolor, muy poca cosa. Una vida despreciable, al margen de todos, muy poca cosa. Sorprendido por toda la clase en medio de un sueño, ser puesto como ejemplo disuasorio ante los jóvenes de la ciudad, muy poca cosa. Tenía que haber todavía un horror mayor, una condena mayor, una humillación mayor. Todo, todo me caerá encima, sobre el suelo, con las ropas del luto, mi padre guardará el *shiwwe*²⁰, mi madre me escupirá, todo me caerá encima. Con insolencia, se reía de la gente en su cara: qué virtuoso sigue cada uno su camino, con qué compasión brillan sus rostros cuando regalan un häller a un mendigo; pero nadie presta su ayuda a un hombre que está ahogándose en su inmundicia. Tampoco Dios ayuda. Él hizo crecer los pastos y las hierbas, también los árboles que portan frutos, las luces de la bóveda celeste, creó los monstruos marinos, salvó al ganado impuro en su Arca de Noé, de la mesa y del altar del incienso y de los objetos y del candelabro de oro puro y del altar del holocausto de su templo se preocupa, de los ropajes oficiales de los rabinos, de los aceites de la Unción Sagrada y del incienso aromático de su Santuario se preocupa, pero de la peste con la que me ha golpeado no se preocupa, pero del hedor con el que me ha transformado, ¡no se preocupa!

²⁰ «*Schiwwe sitzen*» en el original. Se trata de una expresión yiddish que designa los siete días del luto judío en los cuales se replican los siete días que José guardó luto por su padre (Génesis, 50, 10). «*Schiwwe*» proviene de «*Sheva*», que significa siete en hebreo. (<http://spurensuche.steinheim-institut.org/trauer.html>) (Consultado el 12 de mayo de 2020).

Llegó un consuelo: Albert vio que tenía compañeros de penurias. Formaban un grupo en la clase del que otro grupo cuyo líder era Berthold Alter se reía y burlaba. Entre ambos grupos estaba Albert. Sabía a cuál pertenecía; desplazarse hacia el otro era su objetivo distante, inalcanzable.

Con dieciséis años, ensayó un primer acercamiento. Halló resistencia. Escuchaba conversaciones que apestaban, le mostraban imágenes y fotografías tan asquerosas que le hacían lanzar escupitajos. No obstante, él las robaba y las compraba igualmente, pues se decía: esta es la salvación. Se fue con aquel grupo al callejón de los burdeles, se mareó ante los senos desnudos que se mostraban a través de las ventanas. Era un tormento andar siempre merodeando, como un cobarde, detrás de los otros; sus ojos no veían más que llamas tras las ventanas, casas en llamas, el callejón en llamas, pero dejaba con gusto que los otros se burlaran de él, pensaba solo una cosa: he aquí la salvación.

En una ocasión, al fin, se escabulló en completa soledad al famoso callejón de las putas. Las ventanas latían, llamas blancas y rojas ardían en todas las ventanas, nubes de fuego blancas y rojas salían de todas las ventanas y caían sobre él, estaba en medio de una gran tormenta. Con las rodillas temblorosas abrió una puerta, una chica rubia, con camisón blanco y cinta azul, le salió al paso, se lanzó sobre él, le alargó el brazo. Estaba inerte con las rodillas temblorosas y no veía ni oía nada, se desplomó desmayado. Ya despierto, se encontró tumbado junto a la chica, ella comía una naranja. Se sobresaltó: «No estoy para perder el tiempo, dame el dinero y vuelve en otra ocasión, quizás la próxima vez funcione».

Albert se fue hacia el Betschwa²¹, el agua fluía gris y turbia a través de la noche. Detrás del río, estaba la ciudad adherida al tablero, pintado en verdes tonos primaverales, de la llanura de Haná. La orilla comenzaba a despedir sus aromas. Albert se internó en ella, se arrodilló en el lodo, apenas quedaba vida en él. Solo un paso más, pensaba, un único paso más, después vendrá la calma y, por último, el sueño eterno. Todo se ahogará conmigo, los jadeos, la cama que cruje, la chica, la chica, la chica... Entonces saltó. De pronto, sonaba el río, sonaba la noche. Albert corrió a la ciudad, se apresuró a lo largo de la calle Palacky, se echó en los brazos de Berthold Alter, el odiado: «Estoy perdido». En los oídos del odiado se derramó una espumosa catarata de palabras; Berthold, al fin, lo entendió todo. Arrastró al más joven al sillón, se sentó, serio, junto a él, le ofreció su amistad, la altivez había desaparecido:

—No hay nada perdido. Fracasar a la primera no significa nada.

—¿En serio? —Albert dio un saltó—. Así que... ¿tú también?

—También.

²¹ Pequeño afluente del río Morava. Su nombre checo es Bečva.

—¿De verdad?

—Palabra de honor.

El camino a casa fue sencillo. Mañana, mañana, mañana... la palabra cantada a coro arrulló al reconfortado hasta que se durmió. Por fin, llegó el día. Por fin, llegó el mediodía. Albert se fue, con la resolución de un asesino, al callejón de mala fama. No había vergüenza que lo disuadiera. Delante de todo el mundo giró, desinhibido, por el callejón de mala fama. En la primera casa, entró. La puerta estaba abierta; en la entrada, en camisón, había una mujer voluminosa arrodillada, un cepillo silbaba sobre el suelo, había un cubo de agua junto a la mujer. Albert vio todo con suma claridad, el poderoso impulso de los brazos rojos, las piernas gruesas, la nuca ancha y amarilla. El animal monstruoso se revolcaba por el umbral, por fin se levantó.

—Primero el dinero —resonó aquella voz oscura y áspera.

Albert le dio a la desconfiada mujer el dinero que había preparado, ahora la tenía enfrente, el olor a almizcle comenzaba a emborracharlo. La mujer lo recostó como a un bebé. Esta vez no te me escapas, castañeaban sus dientes, esta vez no te me escapas... o te mataré y me mataré... esta vez no te me escapas.

—Levanta —tronó—. ¡Pero si estás borracho!

Los dedos agarrotados buscaban: dónde hay un cuchillo, la quiero matar. Abajose a los pies de su ejecutora, balbuceando:

—No estoy borracho, no estoy borracho, te daré todo lo que tengo si me crees.

Arrojó todo el dinero que había ahorrado durante meses.

—Está bien.

El camisón de la mujer voló hacia la esquina, la boca de él gemía, un animal salvaje gemía profundamente, un ser humano perdonado, salvado.

Mundo, abierto de par en par.

En lugar de ir a la escuela, Albert fue a los baños públicos, en el agua sintió la inmensa felicidad del desembrujo y la liberación. Mudó infinitas capas de piel, se le cayó a tiras la piel, piel herida, despellejada por aquellos sueños sucios. Un espejo le mostró la cara de un joven satisfecho, la caricatura de la caja torácica ascendía y descendía satisfecha; anhelante, el cuello escuálido se giró hacia la ventana, afuera florecía un árbol blanco de primavera, un verdor suave se tendía al sol más allá del vidrio lechoso. Nunca he visto algo así, pensó, los baños han sido siempre un infierno, el murmurar de las cabinas paredañas siempre me ha excitado, siempre me ha hecho pensar en mujeres desnudas, hoy por primera vez me veo a mí.

El cantor mayor estaba en el café, Albert se sentó al piano por primera vez, se arrancó a cantar. Sorprendida, vino la mujer del cantor. «¿Estás *meschugge*²²?», se rio,

²² Yiddish: Tonto, loco.

Albert asintió feliz, ella no le molestaba, no la veía en absoluto, pensó: una adorable anciana. Enterró sus libros hebreos en la maleta, eran pedazos malignos del pasado. Se sentó en la maleta: ahora empiezo a crecer, pensó. El cuartito giraba, Albert estaba en el centro de muchas rotaciones. Al caer la tarde aún seguía sentado y pensaba: lo pasado rotaba sin cesar, estaba sentado en el centro del mundo, el mundo ha sido creado de nuevo. Una y otra vez cantaba, nunca antes había cantado. El cantor mayor abrió de un golpe la puerta, masculló sorprendido: «¿Estás *meschugge*?». Albert rio. «¿Desde cuándo sabes cantar?», preguntó el cantor mayor. «Desde hoy». En los ojos del chico vio el cantor mayor el mundo que rotaba.

Se habían abierto todas las válvulas, cada uno de sus poros bebió hasta emborracharse; tras la embriaguez primera, el gozo fue aún más delicioso. Todo estaba ahora ahí, la naturaleza y la gente, todo lo daba todo, su mano se extendía exigente, tomaba y daba. Pasaron dos años como una sola noche de verano, sus estudios ya no le resultaban difíciles, Albert disfrutaba de cuanto estaba a su alcance, una joven dependiente le regaló la intimidad de un primer amor, él se hizo más exigente, aprendió a discernir, dejaba pasar sin contemplaciones los pequeños golpes de fortuna para ir en busca de los más grandes. Raras veces, tan solo, se agitaban los recuerdos deprimentes del pasado, negados, temidos, odiados, en las profundidades de su alma abierta en canal. Cuando se agitaba el enemigo, vilipendiaba con un odio sin igual al padre, al abuelo, al antepasado. Superada la prueba de madurez, enviado por su padre al seminario rabínico de Budapest, depositó su promesa no dicha en un forzado beso de despedida: jamás volveré. A su madre le regaló una sonrisa de agradecimiento y liquidación. Durante la primera hora de viaje en el tren expreso, Albert tiró por la ventana todas las cartas de recomendación para las eminencias talmúdicas, recuerdos que le ataban al pasado.

Capítulo tres

Tenía una cama en la Vaczi Körut²³, compartía la habitación con dos estudiantes de medicina. Por la mañana, ellos se iban a la clínica dermatológica, él se quedaba en la cama. Antes de las once, se levantaba y se iba a pasear por el Danubio. Le gustaba ver los barcos de vapor que, sobre el agua verde clara de la ciudad resplandeciente, navegaban melancólicos hacia la oscuridad vespertina de las tierras bajas del sur de Hungría, después se mezclaba con los paseantes de los grandes bulevares, tanta belleza le quedaba por ver, tanta elegancia. A veces, cuando ellas no lo notaban, perseguía a las damas. No solo amaba una cara bonita; también merecían ser observados, durante un cuarto de hora o más, un sombrerito con plumas blancas, el color de una media, una cinta de terciopelo alrededor de un cuello bien torneado. El idioma no lo entendía, tan solo despertaba en él sensaciones: una palabra sonaba como un estallido de pasión; una vocal entre muchas consonantes, como un toque de caza; el fragmento suelto de una frase, como una evocación religiosa.

Cuatro semanas después, ya tenía compañía. Los estudiantes de medicina se lo llevaron a un bar, allí se sentó, en silencio, entre universitarios y artistas, las mayoría eran ambas cosas y ninguna. Muchas razas y naciones hablaban la jerga franca de Budapest: magiares, austríacos, rusos, polacos, serbios, rumanos, italianos y griegos. Todos hacían política; a veces había disturbios que la policía atajaba. Por lo general, se hablaba de arte, de pobreza y de riqueza.

Albert llevaba los ahorros de su madre en un saquito de cuero bajo el chaleco; se compraba los placeres de la gran ciudad. Le gustaba ir a la ópera, pero también le atraían las artes populares; se pasaba la mitad de las noches en espectáculos de varietés, en cafés musicales del Stadtwäldchen²⁴, en bares baratos. Ninguna persona le influía de forma individual, era el gentío lo que le fascinaba. Podía estar sentado durante horas y observar: la mano de una violinista, los rizos de un solista gitano, la conversación entre dos sibaritas, el entusiasmo de una provinciana, el respirar de la masa en movimiento. La ciudad lo perseguía, le ponía nervioso; por la mañana estaba tan cansado que deseaba quedarse en la cama hasta la noche; a las once salía de nuevo en busca de la gente, de los colores. Sin resuello, se observaba sobre todo a sí mismo; no era fácil respirar en esa ciudad.

Después de un año, cuando rindió cuentas consigo mismo, la belleza del mundo ya se había acumulado en su abultado pecho. Pero su ojo crítico, su oído agudo, se mantenían despiertos, le advertían de las repeticiones, pues todo se repetía. La música

²³ Bulevar Waitzner. Importante avenida del centro de Budapest.

²⁴ Városliget. El Parque de la Ciudad de Budapest.

gitana era la música gitana, la avenida Andrassy era la avenida Andrassy; todo junto era, como experiencia, grande, pero tenía que haber vivencias mayores. Todas las puertas del placer estaban abiertas de par en par, y a él se le permitía el acceso; no reparaba en los demás, presumía en ellos uniformidad, insípida variación, pompa sin vida. Con obstinación, desgarró el pecho de muchas noches, la despensa de muchas vivencias; estaba vacía. Había pasado días y noches con muchas personas, había perseguido el arte en teatros y conciertos, ahora se preguntaba por el sentido y el objetivo último de la vida, no había ninguno.

Fue al seminario rabínico y se encontró con caricaturas de su padre. Allí se acaloraban por nada, por frases, por fórmulas congeladas ante el avance de los milenios. Albert tenía más conocimientos que la mayoría, así que extrajo capital de ello, impartió lecciones, transformó un supuesto celo de Dios en salchichas y cerveza; lo comprobó con sangre fría.

Solo permanecían idénticos detalles superficiales: barbas largas y sucias, ojos insaciables, bocazas malolientes sobre libros profanados. La atmósfera le repugnaba y le atraía, estaba anclado a ella pero cada día se liberaba con violencia y partía hacia un más allá donde había luz, alegría, mujeres, música. Cada noche en el bar, entre el humo de los cigarrillos, se deslizaban dos mundos: bailarinas bailaban sobre alfombras de barbas sucias, cantantes de cabaret entonaban versículos de la Biblia, damas refinadas de la avenida Andrassy se afeitaban el pelo y se sentaban apretujadas en la escuela hebrea, bajo la atenta mirada del padre. Sabía que estaba soñando, lo formulaba así: había mirado en dos mundos, ahora uno molestaba al otro, en realidad él negaba ambos. Vio reforzada su opinión cuando un día vio a un piadoso candidato a rabino arrodillado a los pies de una *cocotte*. Sintió un escalofrío: así soy yo también. Listo para lanzarse al ataque, acechaba las casas, a las gentes, la música de la ciudad. En algún lugar tenía que haber un punto de contacto entre los dos mundos. Fue a la bolsa y vio el aleteo de la dicha humana, vio los desamparados gestos de preocupación de quienes habían sido estafados y destruidos. En los locales de placer vio cómo hombres maduros a quienes cabía atribuir una sólida interpretación del mundo se volvían débiles al contacto de una mano puesta a la venta. En el seminario observaba la tenacidad de jóvenes hambrientos que se atascaban con los dientes hincados en una frase que en nada les incumbía. Nada tenía sentido, era una enfermedad paralizante, un engaño, todos engañaban y todos se dejaban engañar, cada uno estaba solo con su engaño, solo con su enfermedad paralizante.

Albert la emprendió con Spinoza, en Nietzsche ya había picoteado en su último año de instituto, ahora avanzaba, cual pertinaz rata, devorando a Kant, Schopenhauer, Fichte, un glotón sin medida, cada vez más voraz; con Mach se detuvo horrorizado.

Aquella rata sobrealimentada vomitó estrellas, sistemas, a Platón, Jesús, Moisés, Maimónides, lo que había detrás de sus palabras y lo que buscaba era una sola cosa: la mujer. Su único objetivo era la mujer, su único pensamiento era la mujer. Las manos, que descansaban sin descanso, soñaban con la mujer. La mujer reinaba en todas partes, tentadora al caminar, sentarse, tumbarse, estar de pie, un brazo, una oreja, un pelo, un leve movimiento del cuerpo, una sonrisa, incluso una fea mueca era excitante. La mirada de Albert era un lazo, infatigable, ridícula, torpemente arrojado a todas partes. Inalcanzables como Dios, las mujeres se paseaban por las calles, los jardines, los cafés. A los ojos de las jóvenes, a los muslos de las mujeres en movimiento se lanzaba su mirada, a ninguna mujer dejaba al margen; que sus encantos eran escasos y pobres, entonces intuía él pasión bajo la superficie. En su gabinete, transformaba a todas las mujeres mediante un hechizo. Se las imaginaba en camas gigantescas, las arrastraba a los bosques, cada árbol del bosque era una pirámide de faldas de mujer, de blusas de mujer, en el musgo yacían todas desnudas. El hijo del talmudista se vio envuelto en un plan irrealizable. Tenía que haber, en este plan irrealizable, un punto débil, un punto fronterizo entre este lado y el otro, un punto de ataque. Lo buscó en la avenida Andrassy, en los tugurios de los callejones en torno al canal; se colocaba a orillas del Danubio y miraba, quizás llegaría por el agua la oportunidad de atacar; a menudo, se quedaba embelesado por un par de ojos y pensaba: ahora. El éxtasis de sus ojos tenía un ardor de medianoche a la luz del sol de concurridas plazas, en los bancos del parque ocupados por niñeras cansadas, en las coloraturas de la ópera; al final, fue cercando cada más y más un mismo punto, un lugar en el bar de los estudiantes de medicina, el lugar de la corista Etelka Tirey.

Al principio no tuvo más visión que dos colores: rubio y azul. Etelka era de un pueblo junto al Tisza²⁵, nadie sabía más de ella. Las mujeres la tenían por tonta, los hombres pensaban, manteniéndose a la expectativa: es una soñadora. Ella permanecía impassible, se pasaba horas con la pajita de la limonada entre los dientes. Cuando se ponía de pie, descollaba por encima del resto; quizás hubiera podido dar el tipo como prima donna, pero era impensable, sus compañeras de la ópera se reían de su voz.

Albert no sabía que eran los ojos de Etelka los que coloreaban el aire de azul, los veía en una nube, sobre la mesita de mármol gris, los demás eran un mero decorado en relieve, muy interesante, pero sin relación alguna con sus anhelos. Él rondaba a Etelka, la mujer reinante. Perplejo, oía cómo crujía el relleno de paja del sillón cuando se sentaba, su cuerpo desbordaba aquel sillón, era una imagen imponente. Se acercaba a ella muy despacio. A lo largo de una semana estuvo sentándose en la mesa de al lado, la timidez, desaparecida tiempo atrás, había regresado. Se reprochaba a sí mismo su

²⁵ *Theiß*, su nombre alemán, en el original. Es el mayor afluente del Danubio.

pobreza, se sentía como un insecto molesto, se comparaba con los otros y se encontraba a sí mismo más feo, más tonto, más repugnante, y eso que en el local había jorobados, tullidos con prótesis, sifilíticos con media nariz.

Al final la abordó. Etelka parecía haber estado esperándolo, giró el rostro hacia él con un movimiento súbito que resultó sorprendente. Albert se abandonó, se entregó a ella, le narró su juventud. No te esfuerces, es tonta, indolente, pasiva, decían las miradas de los otros, él montó en cólera, se volvió desafiante, pronunció una palabra lasciva. Entonces ella se puso en pie y se marchó; él la siguió. Un cuarto de hora más tarde, Etelka le contó su historia: hasta los dieciséis años se había criado en Szeged²⁶, durante un tiempo había dado de comer a los cerdos, desde otoño era corista. El conservatorio había engullido todos sus ahorros, ahora le tocaba ser paciente y esperar. La ambición la consumía, eso sorprendió a Albert; se lo dijo, ella sonrió, también la sonrisa estaba llena de ambición.

«Estoy muy sola», confesó, la confesión hizo feliz a Albert. «Quiero servirla, quiero ser su esclavo, le confiero un poder ilimitado sobre mí», dijo él acalorado, así el pacto se selló. En el Stadtwaldchen le cogió la mano. Por curiosidad, había leído en Prerau, en casa del cantor mayor, libros sobre formación vocal, ahora aprovechaba sus conocimientos, ella le prestaba mucha atención. Ella cantó algunos compases, él dijo incisivamente: «Tiene usted que estudiar...». Albert tenía asegurada una beca para aspirantes a rabino pobres, esperaba recibir el dinero el próximo otoño, tenía intención de dárselo. Para no perder la beca, empezó a asistir con regularidad al seminario; en cuatro años podría ser rabino. Nunca ocurrirá tal cosa, pensó con alegría, Etelka es cristiana, es mi futuro. Dejó a un lado la posibilidad de estudiar otra carrera; tan difícil le resultaba imaginarse el porvenir que cualquier carrera práctica le parecía trivial.

Lo ardiente de su entrega asustó a Etelka al principio, después su pasión comenzó a parecerle hermosa; mucho tiempo había anhelado una pasión así. Dejaron de ir a la taberna, Albert alquiló una habitación solo para él, allí le visitaba ella. Ella hablaba siempre de su gran futuro, él reprimía con todas sus fuerzas una sonrisa escéptica, se obligaba a sí mismo a creer en la voz de Etelka, aunque, de Etelka, amaba cualquier otra cosa más que su voz; cada dedo, cada pelo. Cuanto más la conocía, más incomprensiblemente se le desdibujaba su imagen; como en el primer momento, volvió a ser Etelka una visión de dos colores: rubio y azul.

Ella no pensaba entregarse, él no se lo pidió, lo sabía: somos dos fuegos, algún día seremos uno solo. Pero nunca estuvo seguro de ella. A menudo le sobrevenía un escalofrío ante cierta extrañeza presente en el rostro de Etelka. Sin embargo, se sentía curiosamente a salvo desde que la conocía. Veía una pequeña ventaja: que él era un

²⁶ Szegedin, en el original.

poco más joven que ella; ella ocultaba su edad, él la echaba veintitrés, pero qué eran los años, qué era el tiempo, una hamaca colgada sobre el heno fragante, eso era el tiempo. Era encantador columpiarse sobre la tierra, cada vez con más altura, cada vez más lejos del suelo.

En verano escribió a casa, quería pasar las vacaciones en Budapest. Llegaron cartas donde la madre suplicaba, Albert las quemó. Etelka no podía saber que pasaba hambre, solo conservaba tres alumnos, le tenían que adelantar pequeñas sumas. Se alimentaba de pan; y compraba vino cuando Etelka iba a su casa. Junto a la ventana abierta había una mesa con una botella de vino y un vaso que olía a los enjuagues Odol. Etelka bebía para no herir sus sentimientos. Las noches eran insoportablemente calurosas, se sentaban en la ventana y esperaban la tormenta diaria. Después se marchaban al Danubio. En una de esas noches Etelka se entregó a él. Aquello no cambió nada, ella seguía siendo una mera visión.

Una noche, como Etelka no venía, Albert acudió a un pequeño teatro de verano. En el asiento de delante vio a una dama ataviada de negro, entre el pelo negro y el vestido negro brillaba una nuca blanca. Extrañado, notó que se olvidaba del escenario y de todo lo demás; la nuca le atraía de un modo irrefrenable, tuvo que abandonar la sala antes del descanso, de no haberlo hecho habría perforado aquella nuca con los dientes. Esa experiencia lo deprimió. Se había desvelado un secreto. Amaba a Etelka, pero le había hechizado la nuca de una extraña cuyo rostro no había llegado a ver en absoluto. La siguiente noche, arrepentido, posó su cara en la nuca de Etelka. «¿Qué te ocurre?», preguntó Etelka desconcertada. Él calló aturdido; lo sabía: los demonios todavía tenían poder sobre él. Era espeluznante: que cada sentimiento noble pudiera verse quebrantado por un pedazo fulgurante de una piel femenina y extraña. Si todos son como yo, pensaba, ¿qué significa entonces una persona para otra? ¿Cómo puede el mundo seguir existiendo si estamos todos sometidos a esta magia de inmensas proporciones! Si, en cambio, soy diferente al resto, ¿podrá haber alguna vez una comunidad a la que yo pertenezca? ¿O no soy más que el órgano sexual de un demonio? Si pudiera contarle todo a Etelka, contarle todo con una sinceridad total, definitiva... eso sería fantástico, sería liberador. Pero nunca tendré el valor, es que debo, incluso, empeñarme en ocultarle tanto como sea posible; pues si lo supiera todo, todo se terminaría.

Si Etelka lo supiera todo, todo se terminaría: el ritmo de esta cantinela comenzó a perseguirlo, repicaba en el traqueteo de cada carro, lo cantaban los organillos desde el patio, incluso cuando daba un abrazo, lo atormentaba aquel ritmo: si Etelka lo supiera todo, todo se terminaría. Durante días reflexionó sobre el origen de su demonio: llegó al convencimiento de que todo era heredado, heredado era también el demonio. La sensualidad contenida de muchas generaciones grita en mí, resumió. Irrumpíase en mí

una fuente milenaria. Heredado también es el lodo que enturbia mi sangre y la ralentiza, la sabiduría del Talmud, la pusilanimidad del Talmud. Todo lo que odio está en mí, estoy encerrado en mi piel-de-gueto; y si arrancara la piel de mi cuerpo, nada ganaría, bajo la piel late el corazón de mis antepasados y mis sesos son los sesos de mis antepasados.

Etelka no sabía que él no la abrazaba, sino que se agarraba a ella. Se aferraba a ella, ella era el buen Dios. Un pobre loco extraviado, recostado sobre el pecho de Etelka, en los muros sagrados que encerraban lo más sagrado de todo: el corazón de Etelka.

Al segundo año le dieron la beca, le llevó el dinero a Etelka. Ese mismo día fueron a ver a Török, el famoso profesor de canto. Etelka cantó, el viejo maestro, al piano, se ponía nervioso, se detuvo, la hizo comenzar de nuevo. Su rostro iba dando cada vez más muestras de cansancio, no la dejó cantar hasta el final. «Aprenda a cocinar», dijo.

Albert la brindaba apoyo, caminaron de acá para allá durante una hora. Ella no le escuchaba, de pronto se despidió, le gritó desde lejos: «No me voy a pegar un tiro».

Entonces Albert se dio cuenta de que para ella había muchos caminos. Él se quedaba sentado en su habitación y la esperaba, pero ella tenía planes, tareas, las calles del mundo entero se desplegaban ante ella. Quizás ya había tomado una decisión y él no lo sabía. Albert vivía solo para ella, pero ¿para quién vivía ella? No saber era insoportable, era imposible amar a una visión que cantaba en la ópera, que quizás hacía negocios en los cafés; tenía que conocerla mejor.

No debería separarme de ella, pensaba Albert, su ambición la ha devorado por completo. No debería separarme de ella en la ópera, allí veré a una Etelka distinta a la que veo aquí. Quizás sea una visión devastadora; pero cualquier cosa mejor que el autoengaño eterno. Si supiera cantar, estaría más próximo a ella, reflexionaba Albert; estaría siempre a su lado, cuando ensayara, cuando estudiara sus papeles, por la noche durante la función... Se puso de pie e intentó cantar. Ya había cantado una vez, un día inolvidable. «Estás *meschugge*», le había farfullado el cantor mayor, «*meschugge*», farfulló Albert para sí mismo, su canto era más bien un graznido. Por último, dijo alto y claro: «Estoy trastornado».

Pero las largas noches (estas ideas no le abandonaban, no se las quitaba de encima), las largas noches, ¿cómo las pasa Etelka? ¿Se queda en su habitación, sentada frente a una partitura? ¿Permanece despierta en la cama? ¿Tiene compañía? ¿Significan algo para ella su padre o su madre? Yo no significo nada, eso lo sé; no sé qué soy para ella, quizás no mucho, quizás solo un pasatiempo sin importancia, un juguetito para las horas muertas.

Conozco al enemigo que me mete estos pensamientos en la cabeza, se sonrió Albert. Te conozco, espíritu maligno de la duda: yo no dudo, yo amo. Me resultas ya un extraño, un pedazo maligno del pasado, has sido apartado de mí pedazo a pedazo, como una tenia en los excrementos de mi pasado.

A las nueve de la mañana se coló en la ópera. Las principiantes caminaban a pasitos cortos, temerosos, detrás de las prima donnas; junto a proxenetas perfumados, había miserables muertos de hambre. Era fácil no llamar la atención, Albert, lleno de esperanza, desapareció entre la multitud. Poco antes de que comenzara el ensayo, Etelka apareció de pronto, tardó cinco minutos en componerse, en tomar aliento, su cara estaba pálida. Cuando el maestro de capilla insultaba a una cantante, Etelka se despabilaba, se despabilaba como todas las coristas. Esta existencia subalterna de Etelka, de la que Albert jamás había sospechado nada, le resultó fantasmagórica. A él la palabra «arte» le había abrasado ya cuando Etelka le había hablado de su voz; pero ahora ella estaba allí, como una mecanógrafa en el despacho de un jefe inflexible. Mientras huía, se convenció de que Etelka estaba teniendo, casualmente, un mal día. Quizás había dormido mal, había tenido algún mal sueño, quizás tenía dolor de cabeza, quizás le había ocurrido algo grave, se le había muerto alguien, la había ofendido alguien. Aunque él sabía: no le había pasado nada, nadie la había ofendido, nadie se le había muerto. Lo sabía: ella se comportaba así, como hoy, cada día, una pobre criatura, una subalterna en tensión, aquí incluso su cuerpo disminuye, se vuelve difuso, desaparece como visión. Asustado, Albert suplicó: ¡Vuélvete otra vez visión! Cerró los ojos.

Al día siguiente se volvió a colar, todo se repitió. Cada día iba a la ópera y observaba al fantasma en que se convertía Etelka. Ella no sospechaba que la seguía a hurtadillas. Albert conoció así todas las miserias de su vida, de un modo cada vez más doloroso, una idea se fue abriendo paso en su interior: no puedo ser nada para ella, no puedo convertirme en nada para ella. Soy el último de una repugnante saga de talmudistas, los libros son nuestro santuario, de los balanceos adquirimos nuestra fuerza, las herméticas profundidades del gueto son nuestro lugar, aquí somos extraños, lémures somos aquí, no hay lugar para Etelkas entre nosotros, ha de ser otro el que las convoque.

Pero una fuerza interior se rebeló contra esa blasfemia y le habló: así te cubras de improperios, así te maldigas, así te destruyas, lo cierto es que eres invencible. Así desciendas al pozo más oscuro de la desesperación, eres el elegido para alzar una y otra vez la vista, para levantarte una y otra vez, para ser tú una y otra vez, de aquí a mil años. Conserva sagrada tu sangre, ella es la que te golpea y te limpia, ¡Dios está en ti, el espíritu de Dios está sobre ti!

Etelka dejó de ser a sus ojos la muchacha Etelka, ahora le resultaba el símbolo de todas las fuerzas de la creación, ya no quería servirla más, no quería seguir siendo su esclavo: quería luchar con ella, luchar por ella, luchar por su alma. Cuando iba a verle, una joven cansada en una miserable habitación de estudiante, se elevaba una extrañeza de hielo entre los dos. Ha de ser otro el que la convoque, jadeaba él, qué va a pasar, en qué acabará todo esto, estoy condenado a mirar sin poder hacer nada.

Etelka percibía la impotencia de Albert; ella necesitaba apoyo, él notaba cómo ella lo buscaba. En los ensayos empezó a buscar el favor de un director, a un maestro de capilla le acarició las mejillas. A Albert le dolía cada vez que tuteaba a un cantante; pensaba que Etelka debería permanecer inalcanzable, su mirada una espada. «¡No te rebajes!», le gritó en una ocasión; Albert estaba como un gil junto a la entrada del teatro, ella nunca lo había visto antes en la ópera, ahora se había delatado. «¡No te rebajes!», exclamó, ya abiertamente. «No deberías espiarme», contestó ella enfadada. «Siempre te espiaré», replicó él, también enfadado, «allá donde vayas y estés, me cruzaré siempre en tu camino, por la noche me quedaré frente a tu ventana y vigilaré las sombras que arrojan tus lámparas, quiero vigilar cada una de tus miradas, nada debe escapar a mi control».

«No te servirá de nada», dijo ella triunfante, se alejó corriendo; paralizado, Albert no pudo seguirla. Por la noche se quedó en casa, ella no vino, el día siguiente se quedó en casa, ella no vino, durante una semana no salió, ella no vino. Lo sabía: se acabó. Se sentó en el suelo, le dolían todos los miembros. «Guardaré el *schiwwe*», sonrió, como si fuera por un muerto guardó el *schiwwe*, como judío devoto pronunció su oración por los muertos.

Pasada una semana, se animó. ¡Etelka vive!, se gritó a sí mismo. Se sentó en un café frente a la ópera, eran las diez de la mañana. Etelka debía de estar en la ópera, la esperaba allí. Sentado junto a la ventana de aquel distinguido café se sintió horriblemente ridículo. Un niño judío, se burlaba de sí mismo, un *killejüngel*²⁷ en el café de la gran ciudad, todas las miradas en el café y desde la calle parecían burlarse: un *killejüngel* en el café de la gran ciudad. Después de haberse criado en salones cubiertos de mármol, el responsable de la comunidad Blum, si me viera aquí, se burlaría, pensó Albert. Después de haberse criado en el gueto más oscuro, Albert se indignaba: esto no hay manera de compensarlo. Cuando venga Etelka, me agacharé, me ocultaré, me haré

²⁷ Yiddish. «Killo» significa «hernia». Literalmente: «Niño con hernia». Albert se ve ridículo en ese ambiente y se refiere a sí mismo con desdén. Como indica la traductora del yiddish Rhoda Henelde, este término tan insultante remite inmediatamente, al igual que *pitzkepures* y otros tantos de la novela, a la tradición del grupo de los llamados *self-hating jews*, entre los que se podría incluir al Winder de este libro.

muy pequeñito, no ha de ver que la estoy esperando, no ha de saber que la persigo, no ha de creer que soy su juguete.

Albert leía el periódico y se daba cuenta, maravillado, de que lo entendía todo. Era capaz incluso de leer un suplemento especializado para actuarios de seguros; en ese momento levantó la vista, miró al edificio de la ópera, lanzó asqueado el periódico al sillón. Por culpa de Etelka todo se ha vuelto un sinsentido, pensó desesperado, todo me lo ha robado. Ha sido capaz de robármelo todo, así de poderosa es, una media suya, cosa que adoro, tiene más poder que mi propio espíritu, hasta ese punto se ha humillado Dios en mí. Esto hay que aceptarlo, hay que reconocerlo para poder resignarse a ello, como un destino marcado por la voluntad de Dios, no hay apelación posible, ni revuelta ni oración que valga. Este hecho monstruoso se llama «dicha de la juventud», es el pozo de las sensaciones más agradables, de los más encantadores éxtasis del espíritu, es la música del mundo. ¡Oh, sagrados penitentes que moráis en los altos eremitorios de antaño, reveladme vuestro incomprensible secreto, decidme el secreto de vuestra castidad! ¡Un parto fallido, eso es lo que soy! ¡Dime, para qué nací, quién deseó que naciera, qué demonio deseó que viviera!

Miraba fijamente al otro lado de la calle, a la ópera. Pronto se abrirá el portón, Etelka aparecerá, sé valiente, temeroso *killejüngel*, quizá veas algo horrible. Confiesa, *killejüngel*, serías feliz si Etelka apareciese con los ojos llorosos, serías feliz si ya no tuviera ese orgulloso cuerpo suyo, sino dos ojos humillados llenos de lágrimas. Confiesa, *killejüngel*, nada podría hacerte tan feliz como su desgracia, pues entonces lo sabrías: es infeliz por ti, a ti van destinadas sus lágrimas. Confiesa, *killejüngel*, tiembles ante las cosas horribles que pasarán o que ya han pasado. Te machacaría la imagen de una Etelka feliz, radiante, ¡oh, no pensar más, no pensar más en todo lo que quizás ha pasado, no pensar en las posibilidades! Bajo la mesa de mármol juntó furtivamente las manos, un camarero lo vio y sonrió, entregado, Albert juntó las manos bajo la mesa: procura, Dios mío, a quien he sido infiel, que Etelka permanezca a mi lado, no la dejes ser infiel como yo lo he sido contigo. ¡No pagues maldad con maldad, deja por una vez que reine la misericordia y reconoceré y alabaré tu poder y tu magnificencia!

Abrióse el portón de la ópera. El conocido maestro de capilla atravesó la calle, venían con él muchos hombres y mujeres, finalmente venía también Etelka. Albert se agachó, el corazón le latía horriblemente rápido. Etelka llevaba un sombrero nuevo, costoso, estaba magnífica, no había llorado, en sus ojos inmaculados no había ni rastro de tristeza, su cara no había cambiado, si acaso estaba más hermosa. De pronto se quedó quieta, miró buscando en todas las direcciones; entusiasmado, Albert se incorporó. Me busca, me espera, cada día me ha buscado en vano, me ha esperado en vano, pero, ahora, basta de castigos, basta de esperas, ¡estoy aquí!, ¡estoy aquí! Tiró el dinero sobre

la mesa, en dos zancadas alcanzó la puerta, entonces se echó atrás. Etelka caminaba del brazo de un hombre por el otro lado de la calle.

En ese momento, Etelka se volvió, miró a Albert, le sonrió, no había ni rastro de vergüenza en aquella sonrisa. Albert cerró los ojos. Había visto perfectamente al acompañante de Etelka, era un judío de cuarenta años, quizás algo mayor, un hombre de mundo con ojos escrutadores, arrogantes. Lágrimas de rabia le salieron a borbotones, Albert corrió llorando a su casa. Una hora después se encontraba un poco mejor. Solo un judío es lo suficientemente duro, fue su primer pensamiento, solo un judío puede sobreponerse a algo así, un *goj* ya se habría pegado un tiro o se habría ahorcado. Y el *schiwwe* ya lo he guardado por adelantado, mi cabeza judía lo ha sabido todo por adelantado; a veces es algo impagable, la sangre judía. Y tampoco es que el Señor Sucesor sea una belleza, es viejo, podría ser mi padre, ella solo se ha podido ir con él por dinero, ¡esa perra, esa criatura, esa *chonte*²⁸!

Se detuvo, se tapó los ojos. Veía sin cesar a Etelka, a ella y a él, no quería verla más, no quería saber más, no quería insultarla más, quería obligarse a no pensar nunca más en ella, o, si tal cosa no era posible, a no pensar más en la Etelka que se había vendido, sino en la otra, sí, en la Etelka ya muerta quería pensar. Si lo consiguiera, reflexionaba, no me haría más pequeño, sino más grande; esto sí que sería una obra de arte admirable de la que podría sentirme orgulloso. ¿Pero cómo ejecutar semejante obra de arte? Quiero imaginarme que aquel extraño es el padre de Etelka o su hermano, no, eso no funciona, lo cierto es que es un judío, pero quizás sea un director de ópera o un agente teatral muy influyente que se permite pequeños gestos de confianza. Esa posibilidad existe, es probable incluso que sea ese el caso, de otro modo, Etelka no me habría sonreído con tal inocencia. Interrumpió de golpe esos pensamientos. ¡Idiota!, se burló de sí mismo. ¿Es que no tienes la valentía de creer en los hechos? ¿No tienes la fuerza suficiente para dar un portazo a tantas esperanzas engañosas? ¡Miserable *killejüngel*! No hay lugar para Etelkas entre nosotros, ha de ser otro el que las convoque.

Pero el otro es también un *killejüngel*, por mucho que hoy pareciese un hombre de mundo; su ira estalló de nuevo. Así que no puedo echarle la culpa a mi judaísmo, no ha sido un atleta ario el que me ha vencido; yo, el incomparable Albert Wolf, fui demasiado débil como para mantener a Etelka atada a mí.

A su pesar, se quedó en su habitación por la tarde y por la noche. Quería haber ido a bailar para anestesiar su dolor, nunca había bailado, hoy le habría gustado ir a bailar a un local de cinco coronas²⁹ en el *Stadtwädchen*, apretujarse contra los pechos de alguna

²⁸ Yiddish. «Putá», «ramera».

²⁹ *Fünfkreuzerlokal*. Establecimientos donde, previo pago de una pequeña cantidad, se bailaba. Era un entretenimiento muy popular en las ciudades de la monarquía austrohúngara. Wien Geschichte Wiki. <https://www.geschichtewiki.wien.gv.at/F%C3%BCnfkreuzertanz> (Consultado el 14 de abril de 2020).

cocinera gorda de brazos gordos, enrojecidos, fundirse con la multitud. Hora tras hora fue posponiéndolo. A las nueve de la noche alguien llamó a la puerta, no abrió, quién será, la casera querrá dejarme sobre la mesa una carta de mi madre, que espere, qué sabe mi madre de mí. Pero llamaron otra vez, y otra, la voz de Etelka gritó desde el otro lado de la puerta: «¡Soy yo!». De puntillas, Albert se acercó a la puerta. Puedo hacer dos cosas, pensó sofocado, puedo asesinarla o puedo tratarla como a una puta. Entonces abrió, pálida e insegura, entró Etelka, ya no mostraba una actitud resuelta. «A qué debo el honor...», se burló Albert, se enfadó por semejante tratamiento, digno de un simple aprendiz traicionado que quiere tratar a su dama con sarcasmo, «qué quieres aún de mí», añadió, «a qué viene esta visita desconsiderada». Entonces sintió la cara de Etelka en su cara, el cuerpo de Etelka en su cuerpo, Etelka habló, nunca antes había hablado tanto. Al principio no entendió una palabra, después lo memorizó todo, cien veces lo repitió ella: «sólo te quiero a ti, sólo te quiero a ti, sólo te quiero a ti», él otro era, sin embargo, «necesario», porque si no ella se hundiría como artista, eso no lo quería, prefería estar muerta, pero las cosas se desarrollarían felizmente, Albert tenía que seguir siendo su amante y el otro le allanaría el camino a ella, pero Albert no podía estar celoso, sería una idiotez, no tenía motivos para los celos, solo tenía que creerla. Él estaba callado, ella dejaba que librasen el combate sus manos, a las que atribuía más poder que a sus palabras, con las manos quería ganárselo, ya lo había envuelto la niebla blanca, aquella niebla blanca de la sensualidad que Albert temía desde su undécimo año de vida.

Albert sintió que le flaqueaban las fuerzas y, con el puño, empujó el pecho de Etelka. Ella se tambaleó hacia atrás. Él le hizo un amago de reverencia y dijo: «Agradezco tu sinceridad, hemos terminado». He dicho muy poco, se reprochó a sí mismo, tiene que saber lo que pienso de ella, tiene que saber que soy distinto a ella, su voz acuchilló el aire: «No tengo talento para ser una proxeneta». Ahora se tendrá que ir, pensó, tras este insulto se tendrá que ir, no podría haber herido más profundamente su orgullo. Apartó la mirada de ella y se vio a sí mismo en el espejo de la pared, vio todo el cuarto en el espejo, Etelka estaba sentada en el canapé. Se le ocurrió una comparación terrible: Cuando mi padre golpeaba a mi madre con sus palabras, ella estaba sentada en el canapé, como Etelka se sienta ahora. Como mi padre, estoy ahora en esta habitación, casi tan digno de ser odiado como él. ¡Eso no, por favor! ¡Eso sí que no! Con un esfuerzo indescriptible, abrió la boca para pronunciar una palabra suave, por último balbuceó: «Estoy alterado... por favor, déjame solo». Entonces ella se levantó y se fue.

Con pasos cada vez más rápidos, Albert iba de un lado a otro de la habitación, daba vueltas y se balanceaba. A qué bajo precio he llegado a experimentar un mareo, sonrió, ahora contaré hasta diez, después quiero sentarme y entrar en razón. Pero, al sentarse, de su boca brotó un lamento: ¡Etelka! Si ella estuviese ahora aquí, pensó,

estaría perdido, perdido para siempre; ya no tendría fuerzas para defenderme. No aguantaba más en la habitación, ahora estoy listo para cocineras con brazos gordos y enrojecidos, pensó. Abrió de golpe la puerta, ahí estaba Etelka, se había quedado en silencio frente a la puerta, volvió junto a él, se sentaron. Ahora estoy perdido, pensó y no supo si aquello era esperanza o temor. Esperanza, concluyó, no quiero interpretar aquí ninguna comedia, iría a recoger a Etelka incluso al burdel. Ella lo sabía y no dijo ni una palabra más. Sentía el poder que le otorgaba ese silencio; solo ahora, que no digo ni una palabra, me entenderá, pensó, hasta el día de hoy todo ha sido un fraude. La Etelka que él veía era también un fraude, la visión amada era un fraude, a partir de ahora todo será mejor. En los ojos de Alberto vio ella su victoria, ahora podía retomar la conversación, hablaba con tal sobriedad del futuro y de la felicidad que él se asustó de que ya lo tuviera todo tan calculado. Todo está en proceso, explicó ella, el mecenas estaba listo para conseguirle un contrato en Viena, allí él era un hombre importante, Albert debía acompañarla a Viena, el viejo no se enteraría de nada; una vez que su posición en Viena estuviese asegurada, ya le pegarían la patada al viejo. Todo estaba meticulosamente urdido. Albert debía comprenderlo, y para animarlo del todo, Etelka le sugirió que comparase su papel con el del viejo. Con la boca pequeña Albert lo admitió, sí, tienes razón, Etelka, eres más lista que yo, mi oposición era una idiotez. Algo dentro de él, sin embargo, le hizo reírse de sí mismo: Pero si no eres más un *killejüngel*, pero si no eres más un tratante judío³⁰, de otro modo no habrías cerrado semejante pacto; solo un *killejüngel*, un tratante judío, puede cerrar un pacto así.

Cuando Etelka se fue, Albert quiso dormir; no fue capaz. En la planta baja había un local de vinos, allí se instaló. Hasta entonces solo había tomado aquí y allá, a la salud de Etelka, algún sorbo de vino o de cerveza, ahora vació de un trago un vaso de vino, la segunda copa ya obró el encantamiento, la tercera lo emborrachó. En el bolsillo de la pechera encontró una postal, garabateó la dirección de su padre, escribió una frase a su familia: «Queridos padres, os informo de que no me convertiré en rabino». Encargó a la camarera que enviara la postal, después posó la cabeza y los brazos sobre la mesa; toda la habitación comenzó a girar: blanca, el vestido blanco de Etelka comenzó a girar como un tiovivo, y él era el eje de ese tiovivo. Entonces soñó: Cabalgaba sobre una nube, arriba en el cielo azul, avanzaba con él a cuestas lenta y perezosa sobre los tejados de Budapest, desde abajo la gente le observaba con catalejos, los guardias estaban desconcertados y le amenazaban a distancia con las porras. La nube se movía majestuosamente sobre Budapest, la velocidad, sin embargo, tenía que ser engañosa, pues al poco tiempo la ciudad había quedado lejos, lejos tras la nube, un cuarto de hora

³⁰ «Handelsjud», en el original. Así se conocía a los judíos que iban de pueblo en pueblo vendiendo sus mercancías, sobre todo ganado.

más tarde ya estaba sobre Viena, de inmediato flotaba sobre Prerau y ahora surcaba el aire sobre las callejuelas familiares. Blum, el responsable de la comunidad, conversaba animadamente con su padre en el callejón judío, las familias estaban sentadas delante de las puertas de sus casas, los niños jugaban detrás del templo, pero nadie miraba a las alturas, justo aquí nadie lo hacía. De pronto apareció en el callejón judío Etelka con un disfraz extraño, llevaba el uniforme de la policía local y tocaba el tambor, la gente corría hacia allí y se arremolinaba en torno a la tamborilera, ella tenía sobre el tambor, fijado al pecho con un imperdible, la postal enviada a Wolf Wolf, toda la gente podía leerla: «Queridos padres, os informo de que no me convertiré en rabino». El padre se desplomaba, la madre estaba en el suelo junto a él y lloraba, hombres y mujeres comenzaban a gritar, Blum, el responsable de la comunidad, quería consolarlos, pero el padre maldecía al hijo y la mayoría de los vecinos lo reforzaban en su ataque de ira y lanzaban escupitajos. «¿Es que uno debe convertirse precisamente en rabino, imbéciles?», gritó Albert y saltó de la nube, saltó al medio de aquella reunión, entonces todos se apartaron horrorizados, incluso la madre se apartó horrorizada, se apartó arrastrándose sobre las manos y los pies. Solo Etelka se quedó allí, él la miró, ella lo miró, entonces vieron que estaban desnudos. Y se avergonzaron y buscaron un escondite, pero todas las puertas de las casas estaban trancadas y en todas las ventanas había hombres y mujeres con miradas punzantes, y como no había otra salida, Albert corrió con Etelka al pozo comunal, la tiró a sus profundidades y saltó detrás, entonces se despertó. Soñoliento, se tambaleó por la habitación y de inmediato se volvió a dormir, soñó toda la noche. Cuando al fin se despertó, ya había amanecido. Con mucho esfuerzo, hizo memoria, no sabía si también la postal enviada a sus padres era parte del sueño. Tanto da, pensó, es mejor que mis padres por fin lo sepan todo. Después no pudo por menos que reírse de aquel sueño extraño, sobre todo del salto al pozo comunal, que estaba seco desde mucho tiempo atrás, la comunidad tenía agua corriente de un acueducto desde hacía años. Alegría permaneció. Ahora todo le parecía soportable, también su futura relación con Etelka. Se dijo: Tengo una amante hermosa que tiene a sus pies a un hombre malcriado, a un millonario, mientras que lo importante, el amor y la ternura, me lo dedica a mí, el pobre estudiante. Con curiosidad, se colocó frente al espejo y se observó: Así es un hombre cuyo amor buscan las mujeres más codiciadas. No es que se gustara demasiado a sí mismo, la nariz era demasiado larga, la boca demasiado fina, pero resumió: Algún tipo de atractivo desprenderá mi persona; quizás es mi mente, quizás es precisamente mi cara poco amable lo que ata a Etelka a mí; en cualquier caso, puedo estar satisfecho. Y dicho esto, me voy a ver a mi Señor Competidor.

Dio un paseo agradable hasta la ópera. En la ventana del café quiso esperar hasta el final del ensayo. El mecenas era invisible desde allí. Lamentándose casi, Albert constató lo siguiente: se dio cuenta, horrorizado, de que conectaba su felicidad romántica con expectativas y esperanzas grandiosas. Ya veía el amable hogar que el mecenas de Etelka tenía preparado para él en Viena, ya se veía como centro, como maestro del elevado arte de vivir, ya se veía en viajes, se veía en un hotel distinguido de los Alpes junto a Etelka, a quien le dictaba una carta sinceramente hipócrita para el hombre que lo pagaba todo. Otra vez le vino a la mente Blum, el responsable de la comunidad que, convertido ya en un hombre rico, apareció un día en la escuela hebrea. Con suma veneración, el padre les dijo a los niños: «El señor responsable de la comunidad emprenderá un viaje a Palestina; en Tierra Santa rezará por vosotros». Ya se veía Albert en Palestina, en el Sáhara, en China, en Japón, en la India, en el camino de vuelta visitaría las principales ciudades de Europa, haría contactos en París, Londres, Roma, jugaría un poco en Montecarlo. Ya extendía los brazos para poder abarcar el mundo entero... pero entonces se le ensombreció el rostro. Todo es como es porque soy un *killejüangel*, se enfadó. Así somos los judíos: no se nos puede matar, no se nos puede derrotar, algo horrible se esconde en esta tenacidad, en esta fuerza vital. Maldecidos y perseguidos, mil veces escupidos y exterminados... una y otra vez, nos levantamos, una y otra vez, comienza a bramar en nosotros el órgano, el órgano judío, ¡qué horrible esta bendición, esta condena!

6. Análisis traductológico

6.1. Ritmo y sintaxis.

6.1.1. Puntuación. *Reihungsstil*.

Según Judith von Sternburg (1994), los rasgos expresionistas del estilo de Winder son tan visibles en esta novela como en el resto de las de su producción temprana. Estos rasgos suponen un reto para el traductor, pues ha de conservarlos en la medida de lo posible, a riesgo de producir cierto extrañamiento en español, donde además no hay una tradición de literatura expresionista similar.

En primer lugar, está el *Reihungsstil*, que podría traducirse como estilo enumerativo. Alguna vez se le ha denominado *Simultantechnik*. Este estilo se daba sobre todo en la poesía expresionista y uno de los mayores exponentes es el poema «Weltende» (1911) de Jakob van Hoddis. Autores como Georg Trakl o Georg Heym también lo utilizaron. En poesía, el *Reihungsstil* consiste en encadenar imágenes o metáforas a menudo sin relación lógica o sintáctica entre sí, en las que se suceden distintas sensaciones. En prosa, como en el caso característico de Winder, este estilo se traduce en frases yuxtapuestas sin apenas conjunciones, en cambios súbitos de perspectiva y una prosa casi automática que busca dar sensación, según Von Sternburg, de «concisión, rapidez, a veces de agitación» (1994). El *Reihungsstil* obedecía al impulso de dotar de una intensidad nueva a las palabras. Lo resumió Theodor Däubler: «Se suele decir que, cuando a uno lo van a colgar, vive de nuevo toda su vida en el último momento. Eso es el expresionismo. La rapidez, la simultaneidad, la mayor tensión en torno a las interrelaciones entre lo observado son condiciones previas del estilo. Un estilo que es en sí mismo expresión de la idea» (1988).

Con el fin de familiarizarme con este estilo y con las posibilidades que tenía a la hora de trasladarlo al español, consulté varias traducciones de obras expresionistas, aunque no todas presentaban los rasgos mencionados con igual pureza. Puedo mencionar las ediciones españolas de *Bebuquin o los diletantes del milagro* de Carl Einstein (A. Machado Libros, traducción de Juan Andrés García Román), *El ladrón* de Georg Heym (Amaranto editores, traducción de Eduardo Knorr Argote), *Berlín Alexanderplatz* (Cátedra, traducción de Miguel Sáenz) y *Wadzek o la turbina de vapor* (Impedimenta, traducción de Belén Santana), ambas de Alfred Döblin. Me detendré un momento en las dos últimas.

De las novelas de Döblin se ha dicho incluso que presentaban un estilo cubista o cinematográfico (*Kinosstil*), más asociado en su caso a la *Neue Sachlichkeit* o Nueva

Objetividad. Aunque, según Miguel Sáenz, la objetividad de Döblin «va acompañada también del mayor subjetivismo» (Sáenz citado por Santana, 2011). *Berlín Alexanderplatz* es posterior a *Die jüdische Orgel*, pero creo que algunos rasgos, como el uso de la puntuación en este marco expresionista, admiten ser comparados. El *döblinés*, como Belén Santana ha denominado el lenguaje que utiliza Döblin en la segunda novela citada, reúne algunas características presentes en el estilo de Winder, como «la repetición (...), la ruptura sintáctica, los cambios de perspectiva, la presentación simultánea, etc.» (Santana, 2011).

Las decisiones tomadas por los traductores de ambos libros arroja una interesante variedad de posibilidades que ayuda a tomar decisiones propias. Soy consciente de los peligros que entraña comparar dos traducciones de dos obras distintas e intentar extraer conclusiones para una tercera, pero creo que es pertinente señalar un par de ejemplos sobre la traducción de estas dos novelas de Döblin, por dos razones: en primer lugar, porque fueron traducidas por dos profesionales muy solventes, ambos Premio Nacional de Traducción; en segundo lugar, porque, en ambas obras, los traductores tuvieron que trasladar al español una puntuación comparable a la utilizada por Winder, en la que se da cierto uso estilístico de las comas y los puntos.

De modo general, creo que Sáenz y Santana, obligados seguramente por las particularidades de los textos y también por las indicaciones de los editores, adoptaron estrategias distintas. Pondremos dos ejemplos. En el que sigue, de *Berlín Alexanderplatz*, el traductor se mantuvo fiel a la puntuación y a la sintaxis del TO manteniendo entre comas los elementos de las sucesivas enumeraciones cortas, de manera que se conserva el ritmo del TO:

<p>Der Wagen machte eine Biegung, Bäume, Häuser traten dazwischen. Lebhaftige Straßen tauchten auf, die Seestraße, Leute stiegen ein und aus. In ihm schrie es entsetzt: Achtung, Achtung, es geht los. Seine Nasenspitze vereiste, über seine Backe schwirrte es.</p>	<p>El tranvía tomó una curva, se interpusieron árboles, casas. Aparecieron calles animadas, la Seestrassen, subió y bajó gente. Dentro de él, algo gritaba horrorizado: cuidado, cuidado, ya empieza. La punta de la nariz se le helaba, algo temblaba en sus mejillas.</p>
--	---

En el siguiente fragmento de *Wadzek o la turbina de vapor*, la traductora introdujo puntos entre los elementos enumerados, en este caso una lista de cuatro acciones. Así, obtuvo un resultado más natural en el que se conserva el carácter enumerativo, aunque con pausas más largas entre los elementos. En su caso, puede que las decisiones de puntuación se vieran condicionadas por la necesidad de ampliar algunos verbos sin

equivalente directo en español, como *wippen*, lo cual, inevitablemente, iba a restar concisión a la lista de acciones en el TM:

<p>Er wippte, schnellte um alle freistehende Möbel des Zimmers, dämpfte sein Organ, krähte.</p>	<p>Basculó sobre sus pies. Rodeó presuroso todos los muebles de la estancia. Aclaró la voz. Cacareó.</p>
---	--

Cualquiera que sea la estrategia adoptada, habrá pérdidas y ganancias que el traductor ha de reconocer previamente y valorar. En el caso de *Die jüdische Orgel*, creí conveniente respetar al máximo posible la puntuación del TO, aun a riesgo de que algunas construcciones resultaran menos naturales en español y arriesgándome, por tanto, a que parecieran errores atribuibles al traductor. Esta decisión, por supuesto, afecta solo a los signos de puntuación estilísticos y a los que tienen la misma función gramatical en ambos idiomas (las comas que separan los elementos de las enumeraciones, por ejemplo). Creo que la introducción, por poner un caso, de puntos entre los elementos de las enumeraciones, habría dado más naturalidad al TM, pero a cambio habría hecho que se redujese la sensación de automatismo, de improvisación, de ese cierto desaliño en la prosa que impregna el TO.

Veamos dos ejemplos del primer capítulo de *Die jüdische Orgel*:

<p>Wolf ging nicht mehr, er lief, er mißhandelte seinen widerspenstigen fetten Körper; endlich lag das Laute hinter ihm, Felder und Wiesen dehnten sich beruhigend bis ans Ende der Welt. Zwischen zwei Feldern legte Wolf sich nieder.</p>	<p>Wolf ya no caminaba, corría, maltrataba su obstinado cuerpo gordo; por fin, el ruido quedó a su espalda, los campos y praderas se extendieron reconfortantes hasta el fin del mundo. Entre dos parcelas, Wolf se acostó.</p>
---	---

<p>In der Studierstube, befreit von den Kindern, arbeitete er mit Haupt, Händen, Füßen, Gemurmel wechselte mit lautem Geschrei ab, der Körper flog nach vorn und rückwärts, nach links und rechts, die Mahlzeit wurde nicht eingehalten, die Zeit reichte nicht aus, ein Rätsel der heiligen Bücher war gelöst, zehn neue stellten sich auf, standen da,</p>	<p>En la sala de estudio, liberado de sus alumnos, trabajaba con la cabeza, las manos, los pies, murmuraba o gritaba indistintamente, el cuerpo volaba adelante y atrás, de derecha a izquierda, no respetaba las comidas, el tiempo no le alcanzaba, resuelto un acertijo de los libros sagrados, surgían otros diez, allí se quedaban, amenazantes, ineludibles,</p>
--	--

<p>drohend, unentrinnbar, den ganzen Mann heischend wie Gott selbst. Nie hatte es Rast gegeben, nun entstanden Pausen. Ein hebräischer Buchstabe erinnerte an eine Wiege, einer war breit und rund wie eine stillende Mutterbrust, das gedehnte A war plötzlich ein Laut zum Singen, ein Laut, den Kinder singen, die Vorfahren disputierten nicht mehr beim Studium mit, sinnlos raschelte Papier, auf einmal bestand die Welt aus Fleisch und Blut.</p>	<p>implorándole al hombre en todo su ser como si fueran el mismísimo Dios. Donde nunca antes había existido el descanso, ahora surgían las pausas. Una letra hebrea le recordaba a una cuna, otra era ancha y redonda como el pecho sereno de una madre, la «A» larga era de repente el sonido de un cantar, un sonido cantado por los niños, los antepasados, durante las jornadas de estudio, ya no se sumaban a la discusión, el papel crepitaba sin sentido, de pronto el mundo lo constituían la carne y la sangre.</p>
---	--

En estos dos fragmentos se puede apreciar el valor estilístico que Winder da a los puntos y las comas respectivamente. En mi opinión, utiliza ambos signos de puntuación de forma muy consciente, y en particular es notable cuando introduce los puntos a modo de una especie de frenazos entre las enumeraciones. Son cambios de ritmo, interrupciones súbitas de las listas, decisiones que el autor toma para dotar a su texto de una cadencia particular y que, por tanto, han de permanecer en la traducción. Es un aspecto importante, porque tiene que ver con las características de su estilo que hemos mencionado anteriormente: la agitación, el vaivén constante de sensaciones y los cambios bruscos de perspectiva. Por otro lado, cuando el personaje recupera el control de sus acciones —en sus momentos de mayor lucidez—, el autor prefiere por lo general los puntos a las comas, quizás porque ordenan el texto de forma más rigurosa:

<p>Leicht war der Heimweg. Morgen, morgen, morgen . . . der Chor des Wortes sang den Getrösteten in Schlaf. Endlich war Tag. Endlich war Mittag. Da ging er wie ein entschlossener Mörder in die verrufene Gasse. Keine Scham hinderte ihn. Vor allen Leuten bog er unerschütterlich in die verrufene Gasse ein. Gleich ins erste Haus trat er ein.</p>	<p>El camino a casa fue sencillo. Mañana, mañana, mañana... la palabra cantada a coro arrulló al reconfortado hasta que se durmió. Por fin, llegó el día. Por fin, llegó el mediodía. Albert se fue, con la resolución de un asesino, al callejón de mala fama. No había vergüenza que lo disuadiera. Delante de todo el mundo giró, desinhibido, por el callejón de mala fama. En la primera casa, entró.</p>
---	--

Otro rasgo de la puntuación expresionista que aparece profusamente en el texto (hasta cincuenta y dos veces) es el de los signos de exclamación, que a menudo añaden una dosis extra de patetismo a los parlamentos de los personajes. La frecuencia con que

las exclamaciones aparecen no solo en los diálogos, sino también en los monólogos interiores de Albert, es asombrosamente alta. Hay veces que se tiende a eliminar las exclamaciones al traducirlas al español, pues ciertamente no siempre tienen el mismo papel en ambos idiomas ni siguen las mismas normas gramaticales. Creo, sin embargo, que las «exclamaciones expresionistas», por llamarlas de algún modo, sí que han de mantenerse, por lo menos si aportan ese patetismo al que he hecho referencia antes. Creo que la reflexión de Adorno sobre la importancia de las exclamaciones durante el expresionismo justifica la cita extensa:

La esencia histórica de los signos de puntuación se manifiesta en el hecho de que en ellos queda anticuado precisamente aquello que en otro tiempo fue moderno. Los signos de admiración se han hecho insoportables en cuanto gestos de autoridad con los que el escritor trata de poner desde fuera un énfasis que el asunto mismo no ejerce, mientras que la contrapartida musical del signo de admiración, el *sforzato*, sigue siendo hoy tan imprescindible como en tiempos de Beethoven, cuando señalaba la irrupción de la voluntad individual en el tejido musical. Pero los signos de admiración han degenerado en usurpadores de la autoridad, aseveraciones de la importancia. Fueron ellos, no obstante, los que un día acuñaron la forma gráfica del expresionismo alemán. Su proliferación se revelaba contra la convención y era al mismo tiempo síntoma de la impotencia para modificar la estructura del lenguaje desde dentro, por lo cual en lugar de eso se la sacudió desde fuera. Sobreviven como monumentos conmemorativos de la ruptura entre la idea y lo realizado en aquella época, y su desvalida evocación los redime en el recuerdo: gesto desesperado que en vano aspira a trascender el lenguaje. En él se quemó el expresionismo; con los signos de admiración este se aseguró el propio efecto, que en consecuencia explotó con ellos. En los textos expresionistas se parecen hoy a las cifras millonarias en los billetes de banco de la inflación alemana. (Adorno, 2003)

La alusión a la «esencia histórica de los signos de puntuación» ofrece un argumento más a favor de mantenerlos. Han de estar en la traducción, pues no sólo nos hablan del estilo del autor, sino también del estilo de su época.

Otro rasgo singular de la puntuación de Winder es la ausencia de marcas para indicar los pensamientos del personaje, recurso que se mantiene igualmente en la traducción, pues del mismo modo que algunos de los recursos indicados antes, abunda en esa suerte de continuidad atropellada, de automatismo, casi, que caracteriza el estilo del autor, como ya se comentó al inicio de esta parte del trabajo.

Schon breitete er die Arme, um die ganze Welt zu umfassen – da verfiel sein Gesicht.	Ya extendía los brazos para poder abarcar el mundo entero... pero entonces se le
--	--

Dies alles ist, wie es ist, weil ich ein Killejünger bin, wütete er. So sind wir Juden: nicht umzubringen, nicht kleinzukriegen, etwas Furchtbares steckt in dieser Zähigkeit, in dieser Lebenskraft.	ensombreció el rostro. Todo es como es porque soy un <i>killejünger</i> , se enfadó. Así somos los judíos: no se nos puede matar, no se nos puede derrotar, algo horrible se esconde en esta tenacidad, en esta fuerza vital.
---	---

6.1.2. Inversiones

Las inversiones —alteraciones del orden natural sintáctico de la frase— fueron un recurso característico del estilo expresionista, utilizado a menudo por autores de la época como Carl Sternheim (Wiesner, 1999). Según von Sternburg, las inversiones que utiliza Winder «subrayan la superación del sujeto por la acción en curso» (1994). Es decir, intentan trasladar la sensación de que al sujeto le «atropella» la fuerza de la acción, con todo el patetismo que esto conlleva. Winder utiliza inversiones de varios tipos. En primer lugar, encontramos verbos separables al principio de la oración junto a sus correspondientes preposiciones. Como criterio general mantuve el orden de los elementos de la frase, de modo que pudieran causar en el lector español un extrañamiento comparable al que causan en el lector alemán. El problema es que las inversiones de Winder no siempre se limitan a ser alteraciones del orden sintáctico. En esos casos tuve que intervenir el TM de otro modo.

No todas las inversiones de Winder requieren el mismo tratamiento en español. Están, por un lado, las inversiones, digamos, más radicales, en las que el autor, además de colocar el verbo al principio del periodo, mantiene la preposición delante. En este caso, la inversión incurre en el TO en una anomalía gramatical que de algún modo había que reproducir. Dado que el recurso no se podía calcar, decidí colocar los pronombres reflexivos al final del verbo y, en los casos en que el verbo reflexivo no es tal, decidí «inventarme» un verbo reflexivo, pero esta vez, para no abundar en la anomalía, no coloqué los pronombres reflexivos al final del verbo («Se abajó»). En definitiva, el criterio general fue reproducir la anomalía e intentar hacerlo en un grado semejante a como está presente en el TO.

Zusammenstürzte der Mann, auf den Knien lag er, seine Brust schlug er, da ging die Frau, still tat sie die Tür zu.	Desplomóse el hombre, quedó de rodillas, se golpeó el pecho, entonces fue la mujer, cerró la puerta en silencio.

Hinausstürzte Albert in den gelben Oktoberabend.	Precipitóse Albert a la tarde amarilla de octubre.
Hinsank er vor den Scharfrichter, stammelnd: »Ich bin nicht betrunken, ich bin nicht betrunken, ich schenk' dir alles, was ich hab', wenn du mir glaubst.	Se abajó a los pies de su ejecutora, balbuceando: —No estoy borracho, no estoy borracho, te daré todo lo que tengo si me crees.
Auftat sich das Tor der Oper.	Abrióse el portón de la ópera.

Hay un segundo tipo de inversiones menos llamativas, pero que requieren ser señaladas también de algún modo en la traducción, y para las cuales he utilizado recursos semejantes que reproducen la extrañeza y la radicalidad del original. Para ello alteré también en español el orden natural de los elementos de la frase, con el fin de mantener esa radicalidad.

Furchtbar zugerichtet ist das Kind, Sie haben sich versündigt an dem Kind, die Nerven sind zerrissen, Körper und Geist infolge Überanstrengung zusammengebrochen.	Hecho una pena está el niño, ustedes han pecado contra el niño, sus nervios están destrozados, cuerpo y alma quebrados de extenuación.
Gottlos war der Arzt (...). Unschlüssig war Wolf, unrein war seine Demut.	El médico, ateo. (...) Wolf, indeciso; impura su humildad.
Zerschmettern würde dich der Anblick einer glücklichen, prangenden Etelka, o, nicht weiter denken, nicht denken an alles, was vielleicht geschehen ist, nicht denken an die Möglichkeiten!	Te machacarí la imagen de una Etelka feliz, radiante, ¡oh, no pensar más, no pensar más en todo lo que quizás ha pasado, no pensar en las posibilidades!

Otro recurso muy llamativo utilizado por Winder es el del artículo ausente, como en el ejemplo que sigue. Según Carl Sternheim, los escritores expresionistas quisieron trasladar con este recurso que «ya solo existe lo principal y que hay que prescindir de lo secundario», que la palabra «sin artículo, sin adjetivo y sin atributo» estaba en

condiciones de «definir el concepto de la manera más precisa» (Sternheim, 1966). Mantuve este recurso en español eliminando los artículos en la medida de lo posible:

Welt war unendlich aufgetan.	Mundo, abierto de par en par.
Heiterkeit blieb.	Alegría permaneció.

De una naturaleza semejante es el recurso de utilizar sustantivos —también sin artículos— en construcciones que normalmente tendrían que ser verbales. En este caso, creo que manteniendo la construcción nominal en español, aun poniendo el artículo en el TM, se logra un efecto parecido al del TO:

Aber nun durfte er weinen, die Schultern durften zucken, endlich hörten die Tränen zu fließen auf, Beruhigung ward , Neugier erwachte: hoch oben kroch ganz langsam eine riesige Spinne.	Pero ahora podía llorar, sus hombros podían agitarse, por último las lágrimas dejaron de correr, la tranquilidad apareció , la curiosidad despertó: arriba, en lo alto, caminaba muy lentamente una araña enorme.
---	--

6.2. Intertextualidad. Citas bíblicas

La religión y la Biblia son dos presencias constantes en el texto. A la hora de traducir, era importante, más allá de reconocer y reproducir las citas literales de la Biblia, captar y trasladar el tono bíblico que impregna gran parte de la obra, incluso cuando no se trata de citas literales.

Tomemos como ejemplo la escena final del primer capítulo, de donde es posible extraer algunas de las estrategias llevadas a cabo para la traducción de estos elementos bíblicos. Por un lado, tenemos citas literales de la Biblia, que ya por sí solas contribuyen a dar ese tono, con frases imposibles fuera del ámbito bíblico, como «Heme aquí» o «ofrécelo allí en holocausto»:

<p>Wolf schloß sich ein, er flehte Gott um Rat an, er befragte die heiligen Bücher und las: »Und Gott versuchte den Abraham und sprach zu ihm: Abraham! Und er sprach: hier bin ich! Da sprach er: Nimm doch deinen Sohn, deinen einzigen, den du liebst, den Isaak, und ziehe hin in das Land Moria, und dort bringe ihn dar zum Opfer auf einem der Berge, den ich dir sagen werde.«</p>	<p>Wolf se encerró en sí mismo, imploraba consejo a Dios, preguntaba a los libros sagrados y leía: «Dios puso a prueba a Abraham y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré».</p>
--	--

En todo el pasaje es visible el tono mencionado. El relato bíblico llega a confundirse con la historia de Albert / hijo y Wolf Wolf / Isaac / padre. La voz de la madre es el ángel del Génesis, que exclama: «No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada». La fidelidad al TO fue la mejor manera de lograr ese tono en español, a través, por ejemplo, de las alusiones a «el padre» / «el hijo». El tono lo da sobre todo el léxico, por eso intenté mantener los términos tradicionalmente reservados al ámbito religioso o que suscitan asociaciones con él («implorar», «impuro», «maldición», «castigo de Dios», «celo de Dios», «palabra de Dios»). El siguiente párrafo reúne varias referencias a los oficios religiosos que, a diferencia de algunos términos específicos del judaísmo, sí tienen equivalente en español; por ejemplo, *Salböl* («aceite de la Unción Sagrada») o *reiner Leuchter* («candelabro de oro puro»):

<p>Auch Gott hilft nicht. Gras und Kräuter ließ er aufgehen, auch Bäume, die Frucht tragen, Lichter an des Himmels Wölbung, die großen Seeungeheuer schuf er, unreines Vieh rettete er in der Arche Noä, um den Tisch und den Rauchaltar und die Geräte und den reinen Leuchter und den Brandopferaltar seines Tempels kümmerte er sich, um die Amtskleider für die Priester und das Salböl und das wohlriechende Räucherwerk für sein Heiligtum kümmerte er sich, aber um die Pest, mit der er mich geschlagen hat, kümmert er sich nicht, um den Gestank, in den er mich verwandelt hat, kümmert er sich nicht!</p>	<p>Tampoco Dios ayuda. Él hizo crecer los pastos y las hierbas, también los árboles que portan frutos, las luces de la bóveda celeste, creó los monstruos marinos, salvó al ganado impuro en su Arca de Noé, de la mesa y del altar del incienso y de los objetos y del candelabro de oro puro y del altar del holocausto de su templo se preocupa, de los ropajes oficiales de los rabinos, de los aceites de la Unción Sagrada y del incienso aromático de su Santuario se preocupa, pero de la peste con la que me ha golpeado no se preocupa, pero del hedor con el que me ha transformado, ¿no se preocupa!</p>
---	--

Más allá de las otras citas literales de la Biblia presentes en el fragmento traducido —algunas muy evidentes, como «ojo por ojo, diente por diente»—, el texto escondía alguna trampa, como *feurigen Dornbusches*, falsa literalidad inspirada en *brennender Dornbusch*, que traduje como «zarza centelleante». De este modo, se mantiene la cita falsamente literal y es posible reconocer el famoso pasaje del Génesis.

6.3. Elementos culturales

Los elementos culturales del texto son de distinta naturaleza, así que no era posible adoptar un criterio único para trasladarlos al español. He intentado, así pues, agruparlos y establecer criterios para los distintos tipos de culturemas. El criterio general, no obstante, que rige salvo excepciones, ha sido traducirlo todo e intentar integrarlo en el TM sin caer en la domesticación, pero con la misma naturalidad con que aparece en el TO, utilizando notas a pie de página solo en los casos absolutamente indispensables.

En primer lugar, encontramos los elementos culturales relacionados con la cultura judía y, más concretamente, con el microcosmos de los guetos de Europa de Este o con la cultura ortodoxa de los *shtetl* («poblado» en yiddish) de la misma zona. Son, por tanto, siguiendo la clasificación de Nida (Olalla Soler y Hurtado Albir, 2014), culturemas del tipo de patrimonio cultural. Facilitó la labor del traductor que el narrador mencionara estos elementos desde la posición de observador externo —aunque se basara parcialmente en las vivencias de su padre— y que en ocasiones explicara en el propio texto el significado de los términos y las referencias («La peluca que, como judía devota, tenía que llevar siempre»; «como judío devoto, pronunció su oración por los muertos»; «se apresuró al Beth Midrash, lugar de reunión de los estudiosos del Talmud»). Para las referencias y los términos más conocidos de la cultura judía utilicé las transcripciones habituales en español, que no suelen coincidir exactamente con las transcripciones en alemán (a veces sí, como en el caso de *Talmud*), pero entre las que casi siempre hay pocas diferencias (*Midrasch* / «Midrash»). Así hice también con la conocida expresión hebrea *Mazel Tov* y con las letras del alfabeto hebreo en la escena en la que Wolf se las enseña a su hijo. Estos casos fueron los más sencillos de resolver.

Otros términos menos conocidos exigieron un modo de proceder distinto. Pronto fue necesario adoptar un criterio sobre todo para las palabras del ámbito religioso. Comprobé que el alemán tiene muchos más términos que el español para este tipo de conceptos religiosos, quizás por la larga tradición común entre los pueblos germanófonos y los judíos askenazíes. La consecuencia es que muchos conceptos que en alemán tienen palabra, en español han sido designados tradicionalmente por la

transcripción o adaptación del término hebreo, aunque no suelen tener entrada en el diccionario de la Real Academia Española (RAE). En estos casos, no me parecía apropiado utilizar en la traducción los términos hebreos transcritos o adaptados, aunque fueran los más comunes entre los judíos hispanohablantes. En primer lugar, porque el lector, a no ser que sea muy especializado, no va a notar su falta. Y en segundo lugar, porque los términos hebreos, además de oscurecer el texto, dan a los conceptos que designan una lejanía con respecto a la cultura en que se mueven que no está en el texto original. Así que opté por traducir los términos a un español, digamos, posible.

Veamos algunos ejemplos. Uno de los oficios de Wolf padre es el de *Schächter*, que es un matarife conforme al rito judío. Primero consideré la opción de describirlo, es decir, de utilizar la ampliación (Olalla Soler y Hurtado Albir, 2014). Pero, durante el proceso de traducción, leí en *Los Zemelnianos*, de Moyshe Kulbak (Xordica), que los traductores Rhoda Henelde y Jacob Abecasís, autoridades en la traducción del yiddish, habían acuñado el término «matarife ritual», de cuya existencia fuera de la literatura no he encontrado ninguna muestra, pero que, en mi opinión, resulta un equivalente aceptable que además coincide con mi criterio. Así que lo tomé prestado. La otra opción era la voz hebrea *Shojet*, que designa lo mismo y es la palabra que, al parecer, se utilizaría en español para designar a estas personas, pero no me parecía adecuada por lo dicho anteriormente: no está integrada en la lengua española como *Schächter* lo está en la alemana (de hecho, *Schächter* es una palabra alemana, y no yiddish). La decisión de no utilizar el hebreo condicionó la traducción de otros términos, como es el caso de *Gebetsmantel*. Son los chales que los judíos se colocan sobre la cabeza para rezar y en la tradición española a esto se le llama «talit», palabra que no aparece en el diccionario de la RAE y que es la adaptación del término hebreo. Mi decisión, en base al criterio ya argumentado, fue traducir como «chal de oración», que en realidad es un calco (Olalla Soler y Hurtado Albir, 2014) del término alemán. Me parece que conserva la naturalidad con que el término aparece integrado en el TO y, además, designa un objeto perfectamente reconocible por el lector español (como para el alemán).

Algo parecido ocurría con los términos *Kantor* u *Oberkantor*, los cantores de sinagoga. En este caso, el español cuenta con la palabra «jazán», pero también se utiliza «cantor» o, si se quiere ser más explícito, «cantor de sinagoga». El alemán cuenta también con *Chasan*, que se puede utilizar para no confundir a los cantores judíos con los de otras confesiones. En este caso, el contexto era claramente judío, por lo que traduje *Oberkantor* por «cantor mayor». El término *Kultusvorstand* lo traduje como «responsable de la comunidad judía», un término explicativo. Perdemos concisión, pero trasladamos el significado de la palabra alemana, donde no hay lugar a la confusión: son los líderes de la comunidad judía en la diáspora.

También aparecen en el texto referencias culturales no judías. Para el título de la canción *Alles neu macht der Mai* seguí el mismo criterio que para los términos en yiddish, aunque no se trate de una canción en esa lengua. Es decir, dejé el título en alemán en el TM y añadí una breve nota donde expliqué el origen y uso de la canción. Con la traducción del título ya quedaba claro el significado de la canción y su contexto, pero, como la nota al pie era inevitable para ofrecer la traducción, creí conveniente señalar que se trataba de una canción popular aún hoy. La referencia al juego del Tarot (*Tarock* en alemán), en cambio, no la expliqué, y no creo que esta decisión suponga un cambio de criterio con respecto a lo anterior (aunque ambas referencias pueden considerarse culturemas del mismo tipo, puesto que el tarot es un juego más popular en la cultura austríaca y del sur de Alemania que en la española, donde es bastante desconocido y puede dar lugar a la confusión con las cartas de adivinación). El cantor mayor llega a casa y exclama: «¡He ganado al Tarot!». Mi decisión de no añadir nota se basa precisamente en que con esta frase queda claro que se trata de un juego en el que se apuesta, y esa es la única información importante de la escena. Como queda claro también, pero esta vez añadiendo una pequeña glosa, la referencia a los «enjuagues Odol», marca muy popular en los territorios de habla alemana todavía hoy. El original dice: *Am offenen Fenster stand ein Tisch mit einer Weinflasche und einem Glas, das nach Odol roch*. Creo que, añadiendo simplemente la palabra «enjuagues» (con resonancias más antiguas que «dentífricos»), la referencia queda clara y se puede omitir la nota al pie.

Las referencias a monedas aparecen en dos ocasiones, pero en circunstancias distintas. En primer lugar, tenemos el término *Heller* que traduje como «héller», tal y como se ha hecho más veces, adaptándolo a la ortografía española. Aparece en un contexto en el que es evidente que se trata de una moneda de poco valor. El häller, ya desaparecido, era medio Pfennig y tiene un valor en el habla popular equivalente al céntimo español: es decir, se utiliza para expresar poco valor, como en la expresión *bis auf den letzten Heller*, que puede traducirse por la expresión española «hasta el último céntimo». Aunque este es el significado con el que la palabra aparece en el texto, no me parecía aceptable introducir céntimos en una obra que transcurre en el Imperio Austrohúngaro. La segunda aparición de moneda se da dentro de la palabra *Fünfkreuzerlokal*, que es una referencia histórica. Estos eran unos locales de algunas ciudades del imperio, bastante populares sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, donde las clases más modestas iban a bailar. Por lo general, no se cobraba entrada, pero los hombres tenían que pagar cinco coronas por cada baile. El último local de estas

características cerró en Viena en 1927³¹. Siguiendo el criterio general, lo traduje, en este caso de una manera literal —«local de cinco coronas»—, pero me pareció necesario añadir una nota, ya que de otro modo al lector español le resultaría imposible saber de qué se estaba hablando. También la traducción literal para el término *Zigeunerprimas* («solista gitano»), un término presente en los diccionarios alemanes pero para el que el traductor al español ha de inventarse una suerte de fórmula que reproduzca la transparencia del término alemán y al mismo tiempo recoja sus ecos culturales. En este caso, creo que la traducción literal se bastaba por sí misma para trasladar esos ecos de cierto tipo de música ambulante.

También traduje *Matura* como «prueba de madurez», que es como se conocía a este examen en el pasado y así respeto el criterio de traducirlo todo que he aplicado de forma general, siempre que ha sido posible hacerlo sin caer en la domesticación. La decisión de traducir *Kokotte* por «cocotte» —y no por «prostituta», que es de lo que se trata en realidad, si bien de un tipo concreto de prostituta— la justifico en base a la presencia de esta palabra francesa en nuestra literatura. Una búsqueda en el Corpus Diacrónico del Español (CORDE) arroja decenas de casos en los que escritores españoles de diferentes épocas han utilizado esta palabra, antes, durante y después de la época en que Winder escribió *Die jüdische Orgel*, entre ellos Blasco Ibáñez, Baroja, Unamuno o, más tarde, Camilo José Cela. Como no aparece en el diccionario de la RAE, la escribí en letra cursiva.

Por último, hay referencias culturales que son importantes para la comprensión del texto pero que no me pareció procedente explicar, puesto que su correcta interpretación, creo, está al alcance del lector atento. La principal referencia sería de contexto y atañe al mismo título: la disputa sobre la presencia del órgano en las sinagogas europeas, motivo de enfrentamiento entre las corrientes renovadora y conservadora del judaísmo en la época en que se ambienta la novela. Esta disputa es importante en el libro, sobre todo en la caracterización del personaje del padre. Creo que el lector del fragmento traducido sabrá deducir esta disputa de la mención de Wolf Wolf a la «ciudad de pecado en cuyo templo se tocaba el órgano».

6.4. Uso del yiddish

El uso del yiddish está presente en la novela y es importante, pero no hay tantos términos en este idioma como para considerarlo esencial. Creo que lo yiddish, aquí, es más bien un tono, una atmósfera general, y no tanto un lenguaje de comunicación.

³¹ Wien Geschichte Wiki. <https://www.geschichtewiki.wien.gv.at/F%C3%BCnfkreuzertanz> (Consultado el 14 de abril de 2020)

Según Von Sternburg, esto tiene que ver con la escasa importancia que el discurso oral tiene en el libro (Von Sternburg, 1994), en donde los diálogos a menudo son breves, sentenciosos y están integrados en la narración. Recordemos que el yiddish se desarrolló sobre todo oralmente. La presencia del yiddish sirve, así pues, como acompañamiento, para contribuir a la descripción del ambiente en que se sitúa la novela. Wiesner sostiene que, por esta razón, no sería necesario introducir un glosario que ayudara al lector —en su caso al alemán— a descifrar los términos en yiddish (Wiesner, 1999).

En cuanto a la versión española, sin embargo, he optado por traducir o explicar los términos en yiddish en notas al pie. Muchos términos están formados por derivación / composición y no aparecen en los diccionarios, por lo que tiene más sentido la explicación del significado que un intento de traducción posiblemente inexacto. Por eso las notas son explicativas. Las he añadido por considerarlo más adecuado para un trabajo académico, pero sobre todo para mejorar la comprensión del texto en español. Los términos en yiddish se dejan en el cuerpo con la única adaptación de escribirlos en minúscula. La distancia que hay entre el alemán y el yiddish es mucho menor que la que hay entre el español y el yiddish, por lo que los términos en yiddish despiertan en la mente del lector alemán asociaciones muy distintas a las que despiertan —si es que despiertan alguna— en la del lector español. En mi opinión, la única manera de acercarse a esas asociaciones es aclarando el significado de los términos.

Aunque, como he indicado, estos términos no son habituales, algunos tienen bastante importancia para la comprensión del texto. Es el caso, por ejemplo, de *killejüngel*, cuyo significado literal —«niño con hernia»: la palabra se forma a partir de *Killo* («hernia») y *Jüngel* (diminutivo de «niño» en *-l*, una forma característica del yiddish)— merece la pena conocer, pues expresa de un modo bastante gráfico cómo se ve el protagonista a sí mismo a partir de cierto momento de la historia: como un apestado, un ser deforme —espiritualmente deforme— incapaz de integrarse en la sociedad. Además, es un término que se repite, que aparece en la novela para quedarse.

Un caso distinto es el de algunas construcciones ligadas al discurso oral —lo que Von Sternburg llama «jerga gramatical» (1994)— que obligan a intervenir en el texto español de otra manera. Es el caso siguiente. Habla Wolf Wolf, el padre de Albert:

Pitzkepures sollste werden, von der Erde verschlungen sollst du werden, fluchte er, wenn ein Schüler verworrene Antwort gab.	Así terminéis como un <i>pitzkepures</i> , así os trague la tierra, maldecía cuando un estudiante daba una respuesta confusa.
--	---

El término yiddish *Pitzkepures* se forma a partir de dos palabras. *Pitz* deriva de *Pitzl*, que significa «diminuto», «menudo», y *kepures* hace referencia a las gallinas

sacrificadas en Yom Kipur. Para mantener la repetición con que Wolf Wolf reprende a sus alumnos, utilicé una fórmula en desuso («Así... Así...») que expresa un deseo, a menudo negativo, como una maldición, y que además remite a otras jergas conocidas en español (por ejemplo, la de los gitanos cuando echaban el mal de ojo).

La siguiente palabra en yiddish, *Chotosi* (literalmente, «he pecado»), es la transcripción de la pronunciación askenazi de la palabra hebrea *Hatati*³². En ocasiones, la aparición del yiddish se limita a un diminutivo de la palabra alemana, como en el caso de *Albertl* o *Fangerl*, diminutivos respectivamente de *Albert* y de *Fangen*. En estos casos permanecí fiel al criterio de no traducir y explicar en notas al pie. De otro modo, si por ejemplo hubiera decidido traducir el diminutivo del nombre propio, habría tenido que traducir el nombre propio en el resto de la obra y llamar al protagonista Alberto, lo que resultaría inaceptable. En el caso de *Fangerl* (*Fangen*, «pilla-pilla» en español), decidí no traducir el nombre del juego, aun siendo consciente de que existen equivalentes en nuestro idioma, porque creí conveniente no desviarme del criterio de no traducir ninguna palabra en yiddish, lo cual incluye a los diminutivos de palabras alemanas. Aquí topamos con una característica del yiddish hablado en Europa central y del este, una suerte de idioma fronterizo que a menudo se mezclaba con el idioma dominante. Para los casos de *Fangerl* o *Albertl* un lector alemán no hubiera necesitado glosario; además, en esa *-l* añadida reconocería un sonido bastante característico del yiddish. Para los términos *Schläfer*, *Meschugge* y *Chonte* seguí el mismo criterio. La expresión *Schiwwe sitzen* hace referencia a los siete días de luto judío. En realidad, el término yiddish es *Schiwwe*, que proviene de la palabra hebrea *Sheva* —siete— y a veces aparece escrito como *Shiva*. Así que la traducción más lógica, siguiendo el criterio anterior, era traducir «guardar el *schiwwe*», como aquí decimos «guardar luto».

Resulta interesante, por último, señalar un aspecto del yiddish literario (*Literaturjiddisch*) utilizado en este libro. Es una lengua que posiblemente nunca se habló y que recogía palabras y expresiones que el autor había oído aquí y allá y que luego él alteraba y manipulaba para sus historias. Un ejemplo claro lo tenemos en la palabra *Schläfer*, que no aparece en los diccionarios y que muy posiblemente sea una transcripción errónea de la palabra de pronunciación muy parecida *Shlefer*, esta sí de uso corriente. Recordemos que algunos críticos de periódicos judíos reprocharon a Winder su desconocimiento de las tradiciones judías que describía en su libro. En aquella época, para autores como Winder, integrados en una cultura ilustrada en conflicto con sus raíces religiosas, el yiddish se había vuelto una lengua poco natural, un idioma que a menudo ni siquiera dominaban y que, en sus libros, les servía más para

³² Glosario de la Southern Jewish Historical Society. En <https://www.jewishsouth.org/glossary>. (Consultado el 9 de abril de 2020)

caracterizar personajes que como recurso realmente comunicativo. No se puede hablar de incorrecciones lingüísticas, pues el yiddish carece de una normativa unificada, pero sí quizás de interpretación literaria o artificial, de lengua hasta cierto punto inventada o adaptada. Este *Literaturjiddisch* tiene una larga historia en la literatura en lengua alemana, como ha señalado Lea Schäfer en *Sprachliche Imitation: Jiddisch in der deutschsprachigen Literatur (18.-20. Jahrhundert)*. Este interesante estudio analiza cómo ese yiddish literario nació en el contexto de una literatura antisemita para, más tarde, ser utilizado también por autores judíos. Schäfer afirma que no se trata de un fenómeno marginal en la literatura en lengua alemana y que es posible encontrarlo ya en Goethe. Sin embargo, fue a lo largo del siglo XIX cuando el fenómeno tuvo una mayor expansión en textos literarios. Algunas de las obras que Schäfer cita como ejemplos de este *Literaturjiddisch* son *Woyzeck* (1836-1837), de Georg Büchner; *Soll und Haben* (1855) de Gustav Freytag o, más tarde, *Wälsungenblut* (1906) de Thomas Mann. También es posible hallarlo en obras recientes, como *Wolkenbruchs wunderliche Reise in die Arme einer Schickse* (2012), de Thomas Meyer (Schäfer, 2017).

6.5. Nombres propios

Los nombres parlantes de la novela se han mantenido como en el TO y su significado se explica en notas al pie. Como afirma María Barros Ochoa (1993), dentro de la explicación, el traductor puede elegir entre aposición, paréntesis, glosario o notas al pie, pero en este apartado considero importante unificar el criterio. En mi caso, decidí añadir notas.

En cuanto al nombre propio de Wolf Wolf, con el que se abre la novela, el efecto buscado por el autor es sobre todo sonoro: ha de recordar a un ladrido; es, como dice von Sternburg, un nombre que «muerde dos veces» (Von Sternburg, 1994). Pero al mismo tiempo se trata de un nombre que, además de hacer referencia a la imposibilidad del personaje de escapar a su destino, resulta sin duda ridículo, pues se trata de un apellido que replica el nombre, como si el personaje no fuera merecedor de un nombre propio, que lo individualice. En este sentido, el nombre de Albert —Albert Wolf— presenta sin duda una dignidad mayor.

Otros dos nombres hacen referencia a características del personaje que los lleva: Samuel Gehorsam («obediencia»), el autoritario cantor mayor con el que Albert se va a vivir a Prerau, y Berthold Alter («edad», «vejez»), compañero de la escuela en cuya relación con Albert la diferencia de edad tiene su importancia, en tanto que se establece una especie vínculo —bastante problemático, por cierto— de mentor / discípulo.

Tomé la decisión de no traducir los nombres por varias razones. Como regla general, los nombres propios dejaron de traducirse en la década de los setenta y ochenta y, aunque existen excepciones, esta novela no podía contarse entre ellas. Para empezar, se trata de un libro para adultos, y en los libros para adultos, la tendencia general es no traducir. En un libro infantil o juvenil, los apellidos con carga semántica quizás se habrían podido traducir, siguiendo el criterio que María Dolores González Martínez y María Teresa Veiga Díaz han defendido para casos como el de *Harry Potter* (ellas defendían un doble criterio: traducir aquellos nombres propios con carga semántica y dejar los que tuvieran una función meramente designativa) (María Dolores González Martínez y María Teresa Veiga Díaz, 2003). En el caso de *Die jüdische Orgel*, los nombres propios, además, no tienen, en mi opinión, la suficiente importancia como para que merezca la pena arriesgarse a una naturalización de ese tipo. Por otro lado, las notas al pie pueden servir para arrojar algo de luz sobre las intenciones del autor, más bien lúdicas pero no especialmente imaginativas, a excepción quizás del caso mencionado de Wolf Wolf. En este sentido, no son comparables con la carga semántica, llena de connotaciones, que J. K. Rowling asignó a algunos nombres propios de su obra.

7. Conclusiones

La bibliografía utilizada para el trabajo me indujo a pensar que la traducción de un texto como *Die jüdische Orgel* tenía que ser especialmente rigurosa con aspectos que trascienden la mera interpretación de los sentidos y el traslado de estos sentidos a un español correcto y adecuado. Creo que el valor de esta obra reside, precisamente, en la presencia de un tono muy concreto —pero a la vez inasible: se trata de un tono— y en la utilización estilística de un tipo de lenguaje, de una puntuación determinada, que da a la novela un ritmo muy singular sin el cual perdería gran parte de su interés. A estos elementos, por supuesto, se suman otros, como la presencia de culturemas, de términos en yiddish o de nombres parlantes, aunque todo esto era, en mi opinión, más fácil de resolver, pues no pocas veces se movía en un territorio menos inseguro, donde las fronteras entre el acierto y el error suelen estar mejor delimitadas. Para solucionar estos problemas resultó de gran ayuda la lectura de los teóricos de la traducción.

Creo que la bibliografía teórica, sin embargo, no es muy eficaz a la hora de resolver aspectos como la traducción del tono o el ritmo, lo cual no quiere decir que la solución no esté en los libros. En mi caso, la encontré en el trabajo de otros traductores con obras similares o comparables del algún modo. Aunque no todos los textos consultados tuvieran demasiado en común con *Die jüdische Orgel*, entre todos daban una impagable lección para quien se enfrentaba por primera vez a un trabajo de estas

características: que, por caminos distintos, se puede llegar a un TM igualmente satisfactorio, natural y respetuoso con el TO.

Cuando afirmo que, en la puntuación, el criterio general ha sido el de mantenerme lo más cerca posible del TO, no quiero decir que todas las comas y todos los puntos, ni siquiera aquellos que son, digamos, estilísticos, permanezcan igual en el TM. Me refieren, más bien, a que se mantiene —o se intenta mantener— el ritmo, las paradas, las interrupciones y, también gracias al uso de la puntuación, las rupturas sintácticas o la presentación simultánea. Por otro lado, las anomalías gramaticales, al ser imposibles de replicar, se han intentado compensar buscando un recurso español que resultara igualmente anómalo.

Por último, en español aún no se ha escrito nada sobre la obra de Ludwig Winder, más allá de algunas reseñas online de su novela *El deber* (Periférica, 2014), que al parecer, a juzgar por sus escasas apariciones en prensa, pasó bastante desapercibida. Por eso, toda la bibliografía relativa al autor y a su obra —muy útil para la interpretación filológica del texto— la encontré originalmente en alemán y, para citarla, la he traducido yo mismo. Hasta qué punto resultó de ayuda esta bibliografía pone de manifiesto lo importante que es, para un traductor, analizar los textos desde una perspectiva filológica antes de comenzar a traducir o durante el proceso mismo. Más tarde, una vez concluida la traducción, apliqué una prueba quizás menos académica, pero tan importante o más que el análisis del texto: la lectura en voz alta.

8. Bibliografía

8.1. Bibliografía primaria

WINDER, LUDWIG (1999): *Die jüdische Orgel*, epílogo de Herbert Wiesner, Salzburg und Wien, Residenz Verlag.

_____ (1917): *Die rasende Rotationsmaschine*, Berlin, Schuster und Loeffler.

_____ (1920): *Kasai*, Berlín, Rowohlt.

_____ (1924): *Hugo. Tragödie eines Knaben*, Wien / Leipzig /München, Rikola.

_____ (1927): *Die nachgeholten Freuden*, Berlin, Ullstein.

_____ (1928): *Die Reitpeitsche*, Berlin, Ullstein.

_____ (1931): *Dr. Muff*, Wien, P. Zsolnay.

_____ (1935): *Steffi oder die Familie Dörre überwindet die Krise*, Leipzig, Julius Kitt.

_____ (1989): *Der Thronfolger. Ein Franz-Ferdinand-Roman*, epílogo de Kurt Krolop, Berlín, Rütten & Loening.

_____ (1990): *L'organo ebraico*, trad. de Fabio Canessa, Piombino, Aktis.

_____ (1993): *L'orgue juif*, trad. de Nicole Casanova, Paris, Ecriture.

_____ (2000): *Geschichte meines Vaters*, Hamburg, Igel Verlag.

_____ (2004): *Die Pflicht*, Wuppertal, Arco Verlag.

_____ (2011): *Die Novemberwolke*, Hamburg, Igel Verlag.

_____ (2014): *El deber*, trad. de Richard Gross, Cáceres, Periférica.

8.2. Bibliografía secundaria

ADORNO, THEODOR W. (2003): *Notas sobre literatura*, trad. de Alfredo Brotons Muñoz, Madrid, Akal.

BARROS OCHOA, MARÍA (1992): «Traducción de caracónimos en la obra de William Shakespeare», en *Estudios humanísticos. Filología*, Nº 14, 1992, pp. 113-128.

BORN, JÜRGEN (1993): *Deutschsprachige Literatur aus Prag und den böhmischen Ländern 1900-1925. Chronologische Übersicht und Bibliographie*. München-London-New-York-Paris, Saur Verlag.
<<https://books.google.cz/books?id=bXMgAAAAQBAJ&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>> [consulta: 28 de marzo de 2020].

BROD, MAX (1966): *Der Prager Kreis*, Stuttgart / Berlin / Köln / Mainz, W. Kohlhammer Verlag.

CONDE, JUAN LUIS (2001): *El segundo amo del lenguaje*, Madrid, Debate.

DÄUBLER, THEODOR (1988): *Im Kampf um die moderne Kunst und andere Schriften*, Darmstad, Luchterhand.

DÖBLIN, ALFRED (2003): *Berlín Alexanderplatz*, trad. de Miguel Sáenz, Madrid, Cátedra.

DÖBLIN, ALFRED (2012): *Wadzek contra la turbina de vapor*, trad. de Belén Santana, Madrid, Impedimenta.

EINSTEIN, CARL (2011): *Bebuquin o los diletantes del milagro*, trad. de Juan Andrés García Román, Madrid, A. Machado Libros.

GOLD, HUGO (1974): *Gedenkbuch der untergegangenen Judengemeinden Mährens*, Tel Aviv, Olamenu.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, MARÍA / VEIGA DÍAZ, MARÍA TERESA (2003): «Nombres propios y pérdida de significado en la traducción al español de la serie literaria de Harry Potter», en *Anuario de investigación en literatura infantil y juvenil: ANILIJ*, Nº. 1, 2003, pp. 107-129.

HEYM, GEORG (2004): *El ladrón*, trad. de Eduardo Knorr Argote, Madrid, Amaranto editores.

JOHNSTON, WILLIAM (2009): *El genio austrohúngaro: historia social e intelectual (1848-1938)*, trad. de Agustín Coletes, Rocío Coletes, Ángel Huerga y Teresa Jove, Oviedo, KRK Ediciones.

KAISER, GEORG (2005): *Von morgens bis mitternachts*, Ditzingen, Reclam.

KLAAR, ALFRED (1922): „Ein Roman der Ekstasen“, en *Vossische Zeitung*, p. 2. <http://zefys.staatsbibliothek-berlin.de/index.php?id=dfg-viewer&set%5Bimage%5D=2&set%5Bzoom%5D=max&set%5Bdebug%5D=0&set%5Bdouble%5D=0&set%5Bmets%5D=http%3A%2F%2Fcontent.staatsbibliothek-berlin.de%2Fzefys%2FSNP27112366-19221230-1-0-0-0.xml> [consulta: 2 de abril de 2020]

KROLOP, KURT (1967): *Ludwig Winder (1889-1946). Sein Leben und sein erzählerisches Frühwerk*, tesis doctoral, Universität Halle-Saale.

MAGRIS, CLAUDIO (2006): *El Danubio*, trad. de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama Compactos.

MEYRINK, GUSTAV (2007): *El Golem*, trad. de Francisco Rafael Lupiani González, Madrid, Alianza editorial.

MOLINA, LUCÍA / HURTADO ALBIR, AMPARO (2002): “Translation techniques revisited: a dynamic and functionalist approach”, en *Meta* 47, vol. 47, 4, pp. 498-512.

MĚŠŤAN, ANTONIN (2002): „Paralely a rozdíly mezi česky a německy píšícími židovskými autory z Prahy”, en *Česká literatura mezi Němci a Slovany*, Praha, Academia, pp. 118-125. [Artículo traducido al español por Alejandro Hermida].

OLALLA SOLER, CHRISTIAN / HURTADO ALBIR, AMPARO (2014): «Estudio empírico de la traducción de los culturemas según el grado de adquisición de la competencia traductora. Un estudio exploratorio» en *Sendebär*, vol. 25, <https://revistaseug.ugr.es/index.php/sendebär/article/view/655/2660> [consulta: 11 de abril de 2020].

PAZI, MARGARITA (1990): „Ein Versuch jüdischer deutsch-tschechischer Symbiose: Ludwig Winder“, *The German Quarterly*, Spring 1990, 63, 2, pp. 211-221.

PROUZOVÁ, JOHANA (2013): *Jüdische Identität in der Prosa Ludwig Winders*, tesis doctoral, Praga, Filozofická fakulta Univerzity Karlovy v Praze, Ústav germánských studií.

RAINALTER, ERWIN HERBERT (1922): „Ludwig Winder: *Die jüdische Orgel*“, en *Berliner-Börsen-Zeitung*, p. 4 <<http://zefys.staatsbibliothek-berlin.de/index.php?id=dfg-viewer&set%5Bimage%5D=4&set%5Bzoom%5D=max&set%5Bdebug%5D=0&set%5Bdouble%5D=0&set%5Bmets%5D=http%3A%2F%2Fcontent.staatsbibliothek->

berlin.de%2Fzefys%2FSNP2436020X-19220924-0-0-0-0.xml> [consulta: 2 de abril de 2020].

ROTH, JOSEPH (2011): *Job*, Trad. de Berta Vías Mahou, Barcelona, Acantilado.

RUNFOLA, PATRIZIA (2006): *Praga en tiempos de guerra*, trad. de Ana Becciu, Barcelona, Bruguera.

SANTANA, BELÉN (2011): «La odisea de traducir del *döblinés* al español: cuaderno de bitácora», en *En las vertientes de la traducción e interpretación del/al alemán*, editado por Silvia Roiss / Carlos Fortea Gil / María Ángeles Recio Ariza / Belén Santana López / Petra Zimmermann González / Iris Holl, Berlín, Frank & Timme.

SCHÄFER, LEA (2017). *Sprachliche Imitation: Jiddisch in der deutschsprachigen Literatur (18.-20. Jahrhundert)*, Berlín, Language Science Press.

SERKEN, JÜRGEN (1987): *Böhmische Dörfer: Wanderungen durch eine verlassene literarische Landschaft*, Wien / Hamburg, Paul Zsolnay Verlag.

STERNHEIM, CARL (1966): «Expressionismus und Sprachgewissen», en *Gesamtwerk*, vol. 6., Neuwied / Berlín, Luchterhand Verlag.

TOLLER, ERNST (2012): *Die Wandlung: das Ringen eines Menschen*, Lexington, Ulan Press.

UNGAR, HERMANN (2017): *Narrativa completa*, trad. de Ana María de la Fuente y Isabel García Adánez Siruela, Madrid, Siruela.

VON STERNBURG, JUDITH (1994): *Gottes böse Träume. Die Romane Ludwig Winders*, Paderborn, Igel Verlag.

WOLFF, KURT (2004): *Autoren, Bücher, Abenteuer. Betrachtungen und Erinnerungen eines Verlegers*, Berlín, Verlag Klaus Wagenbach.

WELTSCH, FELIX (1922): „Die jüdische Orgel“, en *Selbstwehr. Jüdischer Volksblatt.*, p. 1
<<https://www.difmoe.eu/d/view/uuid:167d8754-c85f-4788-b1d9-205c3b2e9917?page=uuid:c0f1cb4e-7480-425e-b783-8184d1b299db>> [consulta: 2 de abril de 2020].

9. Anexos

DIE JÜDISCHE ORGEL

Erstes Kapitel

Wolf Wolf, ein Diener Gottes, erfuhr erst im siebenten Monat die Schwangerschaft seiner Frau. Nie fiel ihm ein, sie zu betrachten. Der Talmud hinderte den Talmudlehrer, Urenkel, Enkel, Sohn berühmter mährischer Talmudisten, des Anblicks des Weibes Charlotte sich zu erfreuen, die Ölfarbe des schönen Antlitzes einzusaugen, die festen prangenden Brüste in die Hände zu nehmen, das Schreiten der hohen schlanken Beine zu bewundern.

Die Frau empfand keine Zurücksetzung. Einmal – im ersten Ehejahr – hatte sie sich von Freundinnen verleiten lassen, zum Photographen zu gehen, in einen großen berausenden Spiegel zu blicken. Die Perücke, die sie als fromme Jüdin tragen mußte, flog zu Boden, Haar umfloß die erglühten Wangen, der Mund begann kokett zu lächeln. Nach zwei Tagen brachte der Photograph die Bilder ins Haus. Wolf Wolf stampfte auf, schrie gewaltig, zerriß die Bilder. Eins wurde von Lotte gerettet, verwahrt. Seit damals war nichts als Frömmigkeit. Wolf, Religionslehrer, Rabbiner, Matrikenführer, Kantor, Schächter, unterrichtete schon um sechs Uhr morgens, in den zerfallenden Räumen der alten Schule zitterte geprügelte Jugend; Talmud, Midrasch wurde erklärt und verklärt. Täglich um acht Uhr morgens stand Wolf im Schlachthof, ein scharfes Messer in den Händen, rituell-gefühllos schnitt er Gänsen, Hennen, Tauben den schreienden Hals durch, er warf die toten Tiere im Bogen an die Mauer, wischte das Blut am Ärmel ab. Dann setzte er das Talmudstudium fort und erschrak, wenn es ihn vergnügte, denn mit Frömmigkeit, die zur Freude wurde, glaubte er schlecht seinem Gott zu dienen. An jedem Sabbath versammelten sich die Männer der Gemeinde um eine Talmudstelle zu aufreibenden Kämpfen; nach Rasereien des Verstandes erhob Wolf die Stimme, gab seine Erklärung, gewann Anerkennung, fürchtete sich vor ihr. Sei demütig, du Geringster der Geringen, rauschte sein Herz.

Aber es zitterte vor ihm das Weib und es zitterten vor ihm die Kinder. Furchtbar war sein Blick. In seinem Auge las man: Auge um Auge, Zahn um Zahn. Pitzkepures sollst du werden, von der Erde verschlungen sollst du werden, fluchte er, wenn ein Schüler verworrene Antwort gab. Das war für die Achtjährigen, Zehnjährigen, Zwölfjährigen ein erbarmungsloses Henkerwort bis in den Traum hinein.

Der Kultusvorstand Josef Blum, ein reicher Müßiggänger, hielt den Talmudisten eines Tages an zwei Knöpfen fest, fragte wohlwollend, wann das freudige Ereignis zu

erwarten sei. Das Blau des Himmels sank auf Wolf nieder, die riesige Kuppel ward kleiner und kleiner, bildete eine gellende Glocke um den Mann, in beiden Ohren läutete es ungeheuer. Er eilte zu Lotte, prüfte mit einem großen Blick die Rundung des Körpers, drückte bewegt die Hand der Frau. Übermütig strahlten ihre Augen, sie sagte: »In zwei Monaten, so Gott will.« Zweimal strich Wolf zärtlich über den hochgespannten Leib der Frau, dann wandte er errötend sich ab, berührte das Ereignis bis zur Entbindung mit keiner Silbe.

Aber in der Schule, bei den interessantesten Talmudstellen, mußte er oft innehalten und über das erwartete Kind nachdenken, tief erschüttert von der Güte des Herrn, der ihm das nicht mehr erwartete Glück nach acht kinderlosen Ehejahren bereiten wollte. Die Schüler blickten ihm mit frecher Vertraulichkeit in die Augen, verwirrt und böse hieb er den Zeigefinger auf die großen gelben Bücher. Aber nichts nützte, überall war das Kind. In der Studierstube, befreit von den Kindern, arbeitete er mit Haupt, Händen, Füßen, Gemurmel wechselte mit lautem Geschrei ab, der Körper flog nach vorn und rückwärts, nach links und rechts, die Mahlzeit wurde nicht eingehalten, die Zeit reichte nicht aus, ein Rätsel der heiligen Bücher war gelöst, zehn neue stellten sich auf, standen da, drohend, unentrinnbar, den ganzen Mann heischend wie Gott selbst. Nie hatte es Rast gegeben, nun entstanden Pausen. Ein hebräischer Buchstabe erinnerte an eine Wiege, einer war breit und rund wie eine stillende Mutterbrust, das gedehnte A war plötzlich ein Laut zum Singen, ein Laut, den Kinder singen, die Vorfahren disputierten nicht mehr beim Studium mit, sinnlos raschelte Papier, auf einmal bestand die Welt aus Fleisch und Blut.

An einem Sabbath begannen die Wehen, Wolf holte die Hebamme, eilte zum Bethamidrasch, Versammlungsort der Talmudbeflissenen, sieben Häuser entfernt. Unaufhörlich glaubte er das Gekreisch der Gebärenden zu hören, die Gemeinde aber hörte ihn beten, wie er nie gebetet hatte: beten gegen das Kind, das ihm alles nehmen wollte, Weisheit, Besonnenheit, Scharfsinn, Autorität, Meisterschaft; beten für das Kind, das ihm alles geben sollte: irdisches Glück. Wohlgesinnte wollten die Stunden abkürzen, die Fortsetzung der Diskussion verschieben, er aber dachte zu Ende, was zu Ende gedacht werden mußte, trat den Widerstand der schwersten Stelle endlich nieder, verkündete klar und unwiderlegbar des Kapitels Sinn und Beschaffenheit vom ersten bis zum letzten Buchstaben.

Dann ging er nach Hause, es war Abend geworden, da schrie ein Kind, lächelte eine Mutter, ein Knabe war geboren.

Ein blauer Sonntagmorgen warf goldene Lichter auf die kleine Kinderwange, auf die große Mutterbrust, Wolf wandte sich ab, stürzte hinaus. Die Judengasse roch nach Leder, Schnaps, Fleisch, jeder Geruch umhüllte einen Mann, der vor seinem Laden stand, »Maseltow« rief. Wolf nickte jedem Gratulanten kühlen Dank zu, bei keinem blieb er stehen, staunend sah die Judengasse, daß Wolf durch das Tor der Christengemeinde schritt, breit, ungetüm; Christenkinder höhnten »Jüd, Jüd«. Auf dem Marktplatz war Weihrauch, Gedrohne von Glocken, eine Prozession mit weißgoldnen Priestern, roten Fahnen; Bäuerinnen in kurzen breiten Röcken, hohen Röhrenstiefeln umkreisten die Kirche. Wolf ging nicht mehr, er lief, er mißhandelte seinen widerspenstigen fetten Körper; endlich lag das Laute hinter ihm, Felder und Wiesen dehnten sich beruhigend bis ans Ende der Welt. Zwischen zwei Feldern legte Wolf sich nieder. Am Horizont blitzte ein Punkt, das war Prerau. Wolf stand auf; er legte sich so, daß er den blitzenden Punkt nicht sehen konnte. Nichts wissen wollte er von der sündigen Stadt, wo eine Orgel im Tempel spielte. Von ihm hatte man verlangt, daß er Kantor in einem Tempel mit einer Orgel werde, die Prerauer Ketzer hatten das verlangt, doppelten Gehalt versprochen, in den Tempel hatten sie ihn gelockt, ahnungslos war er der Einladung gefolgt, plötzlich hatte die Orgel gedröhnt. Hinausgetaumelt war er, der Prerauer Kultusvorstand ihm nach, der Sünder, der zum Gottesdienst aufspielen ließ wie zum Tanz.

*

Nicht denken wollte Wolf daran, aber auf einmal war es da, unbegreiflich da, in den Ohren war es, von allen Wiesen und Feldern ergoß es sich in die Ohren, von den Ohren ins Herz, er hörte die Orgel dröhnen, die Orgel dröhnte: Sohn! Sohn! Sohn! Unbegreifliches zwang ihn mitzubrausen, mitzudröhnen, mitzusingen: Ich hab' einen Sohn! Ich hab' einen Sohn! Er keuchte, hielt sich die Ohren zu, lief nach Hause, warf keinen Blick auf die Mutter, keinen Blick auf das Kind, in der Studierstube sperrte er sich ein.

Harte Zeit begann für Wolf. Das Kind war ihm fremd, das Weib, immer nah und immer da gewesen, ward fremder. Fremde Augen bekam die Frau, unverständlich war ihm ihr Leuchten; immer blickten sie nieder auf die strotzende Brust, auf die saugenden Lippen, nichts andres gab es mehr für sie. Blödes Weib! murrte Wolf im ersten Jahr. Blödes Weib und blödes Kind! murrte er im zweiten, im dritten Jahr. Langsam tastete er sich zu Talmud, zu Midrasch zurück, oft schlug er sich an die Brust: Chotosi! Ich habe gesündigt! Nichts für ihn war das Mutterlallen und Kinderlallen, nichts für ihn das erste Mammasagen, der erste Kinderschritt auf dem hallenden Steinboden, der menschliche Laut, der aufstieg aus dem werdenden Mund. Im Raum, wo das Kind bei der Mutter lag,

ward der Mann trüb und ungeduldig, er haderte mit Gott. Verständig sollte sein Sohn werden, klug und weise, ein Talmudist sollte er werden, warum dauerte alles so lange? Warum mußten fünfzehn Monate vergehen bis zum ersten nachgeplapperten Wort, zwanzig Monate bis zum ersten selbständigen Schritt, Jahre bis zum ersten vernünftigen Satz? Söhne blöder Väter saßen in der Schule und schöpften Weisheit, übersetzten das erste Buch Moses, fragten wißbegierig, der Sohn des Lederhändlers, der Sohn des Butterhändlers, der Sohn des Pferdehändlers; und Wolf Wolfs Sohn wuchs nicht, lallte nur.

Die Mutter aber quoll auf vor Glück, zuckte nicht mehr zusammen, wenn der Mann »Du!« donnerte; sie war sanft, wenn er tobte, geheimnisvolles Licht war um sie. Wenn das Kind schlief, wenn der Mann schlief, lag sie eine Stunde wach, las Gedichte von Heinrich Heine.

Fünf Jahre war Albert alt, da packte ihn Wolf mit gierigem Griff, stapfte mit ihm zur hebräischen Schule, kaum konnten die kleinen Füße folgen. Es war Sommer, aus gräflichen Gärten flutete der Duft bis in die Judengasse. »Albert!«, riefen schüchtern Fünfjährige, Sechsjährige, die vor dem Tempel »Fangerl« spielten. Albert sah und hörte nichts, besinnungslos in des Vaters Faust. Eine zerbröckelte Stiege erklimmen sie, Stille wuchs grauenhaft in dem einsamen Haus, des Vaters Tritte hallten dumpf. Eine schwarze Tafel stand drohend aufgerichtet, der Vater erhob den Arm, malte ein Zeichen auf die Tafel, schrie Olef, malte wieder ein Zeichen, schrie Bees, und wieder Olef, und wieder Bees, die Kreide in seiner Hand fuhr schrecklich durch die Luft, immer wilder wuchs die Stimme, wie Blitz und Donner war das. Albert begriff nichts, dachte immer nur »was wird geschehen, was wird geschehen«, er begann zu weinen. Der Vater beugte sich nieder, schlug mit den flachen Händen auf des Knaben Wangen ein, drehte sich um, ein Schlüssel knirschte, des Vaters Schritt dröhnte auf der Stiege, schwächer und schwächer. Albert war allein. Die Hände zur Tafel aufgereckt, stand er vor dem Geheimnis, mit Grauen wandte er sich ab, flog zum vergitterten Fenster; kein Sonnenstrahl, Mauern standen ernst und hoch. Aber nun durfte er weinen, die Schultern durften zucken, endlich hörten die Tränen zu fließen auf, Beruhigung ward, Neugier erwachte: hoch oben kroch ganz langsam eine riesige Spinne.

Wolf lief nach Hause, schweißgebadet schrie er Lotte an: »Dein Sohn ist ein Idiot!« Lotte entriß ihm die Schlüssel, lief in die hebräische Schule, da saß ihr Sohn am Fenster, blickte die Spinne an. Mutter und Sohn schritten langsam hinein in den Sonnenschein, niemand spielte mehr Fangerl, hundertmal sagte die Mutter: »Ich bin bei dir.«

Dein Sohn ist ein Idiot! hörte Lotte jeden Tag. Mein Sohn ist ein Idiot! klagte Wolf seinen heiligen Büchern zu jeder Stunde, am Morgen, am Mittag, am Abend, er klagte, er fragte, er gab sich selbst Antwort: Nein, nein, nein. Groß wird mein Sohn, gelehrt wird mein Sohn, ein Talmudist wird mein Sohn. Nach einem Jahr konnte Albert das erste Buch Moses lesen und übersetzen, immer überzeugter sagte Wolf in der einsamen Studierstube zu seinen heiligen Büchern: Groß wird mein Sohn, gelehrt wird mein Sohn, ein Talmudist wird mein Sohn. Aber ein Grauen wuchs in dem Knaben, er zitterte vor dem Vater, zitterte vor des Vaters Büchern, sie waren Ungeheuer mit Drachenzähnen, die Märchen der Mutter lebten in den Büchern des Vaters verwandelt auf, unheilvolle Verwandlung, böse Verzauberung schreckte. Das Lieblingsmärchen war Dornröschen, das beneidete: hundert Jahre Schlaf!

Ein Torkeln zwischen Licht und Dunkel war das Jahr; die Mutter war das Licht, der Vater war das Dunkel, in des Vaters Gegenwart erlosch das Licht. War der Vater gegangen, flammte es auf, in der Dämmerung, wenn der Vater beim Gottesdienst war, die Stube eine halbe Stunde vor ihm sicher, flammte es auf, gutes Licht war in der Stube, Licht der Mutteraugen, Licht der Mutterhände, auf dem Schoß der Mutter war gutes Sein mitten im Licht.

Wolf duldete nicht dieses Zusammensein. Jedes Trostwort war schlecht, jedes Mutterwort war schlecht, aber am schlechtesten war die Volksschule. Er schrieb Gesuche, ging zum Inspektor, bettelte um Schulbefreiung, alles vergebens. Seinen einzigen Sohn mußte Wolf der Volksschule abtreten, wo ein Goj unterrichtete: Rechnen, Turnen, Gesang. Und nicht einmal das zweite Buch Moses war bewältigt, hundert Bücher waren zu bewältigen, weit war der Weg zu Talmud, zu Midrasch. Wolf stand vor dem weißen Schulhaus, die Kinder sangen »Alles neu macht der Mai«, er sah seinen Sohn im Turngarten auf einer Stange klettern – und das mußte man dulden! Aber nur die Tagesstunden waren verloren, die Nacht gehörte Wolf, Nachtstunden mußten das Versäumte gutmachen; von acht bis elf nachts, von halb fünf bis halb sechs morgens gehörte der Sohn dem Vater. Kein Widerstand erwachte in dem Knaben, er wuchs langsam und grau ohne Blut, wuchs hinein in die enge Bank der hebräischen Schule.

Der Starrkrampf des Geistes ging in Schlafbedürfnis über, »Schlofer« hieß Albert in der Judengasse, »Bitte um Schlaf« war sein einziges Gebet. Als er zehn Jahre alt war, wagte er es zum erstenmal, um halb fünf morgens erwacht, noch einmal die Augen zu schließen, den Vater warten zu lassen. Wolf trat ein und sagte merkwürdig sanft: »Steh auf.« Am nächsten Morgen erwachte Albert nicht. Wolf stürzte aufs Bett, hieb besinnungslos auf den Knaben los. Albert stand auf, kein Laut kam über seine Lippen. Aber seine Augen flackerten böse, flackerten Fluch, Aufruhr, Empörung.

Am Vormittag ging Wolf zum Uhrmacher, kaufte einen Wecker und stellte ihn in der Nacht auf den Fußboden neben das Bett des schlafenden Knaben. Um halb fünf begann der Wecker zu läuten. Albert richtete im Bett sich auf, Geläute stürzte von allen Seiten über ihn, Millionen Glocken klangen, Feuerwehrsignale, Glocken des Entsetzens läuteten, Gespenster hingen an den Wänden, riesige Glocken um den Hals. Weit öffnete sich Alberts Mund, plötzlich schrie der Mund, schrie gellend, im ganzen Hause schrie die Stimme. Die Eltern liefen herbei, die Mutter warf sich hin, weinte: »Schrei nicht mehr, Albertl, schrei nicht mehr, schrei nicht mehr . . .« Der Knabe schrie, wußte, daß er schrie, konnte nicht aufhören; erst Heiserkeit nach einer Stunde löste den Krampf.

Wolf ging in die Studierstube, hüllte sich in den Gebetmantel und betete. Lotte trat ein, riß ihm den Gebetmantel vom Leib. Kein Wort sprach sie, aber Wolf verstand, flüchtete in die Ecke, sagte wie vor einem unerbittlichen Tribunal: »Nicht ich! Nicht ich! . . .« »Wer denn?« sagte Lotte. Zusammenstürzte der Mann, auf den Knien lag er, seine Brust schlug er, da ging die Frau, still tat sie die Tür zu.

Wie ein Totenhaus schwieg das Haus Wolf Wolfs, dann schrie wieder die wahnsinnige Stimme, bis sie heiser war, dann schwieg sie wieder. Wie ein Totenhaus lag das Haus Wolf Wolfs im düsteren Abend; da kam der Arzt.

»Geh,« sagte er zu Albert, öffnete die Zimmertür, öffnete die Haustür, »geh, mein Kind.« Im erleuchteten Korridor stand Albert, von den Wänden rieselte es, von der Decke rieselte es, Gestalten rieselten nieder, an den Wänden schwangen Gestalten, schwangen Glocken. Ein langgezogener Schrei heulte auf wie Hundegeheul. Keinen Schritt tat Albert, heulend stand er im erleuchteten Korridor. Der Arzt gab ihm die Hand, so gingen sie, Hand in Hand war gut wandeln, nur nicht allein! Die große Hand lenkte zurück, die Eltern standen und weinten.

»Platzfurcht«, sagte der Arzt. Er führte das Kind zum Bett, sofort schlief es ein.

Wolf stand vor einem strengen Richter; der war ohne Erbarmen. »Furchtbar zugerichtet ist das Kind, Sie haben sich versündigt an dem Kind, die Nerven sind zerrissen, Körper und Geist infolge Überanstrengung zusammengebrochen. Ruhe braucht das Kind, Verständnis, Wohlwollen. Das alles hat gefehlt.«

Zerschmettert standen die Eltern, ein Mutterblick flehte, da sagte der Arzt: »In zwei Monaten kann alles gut sein.«

Das Bett des Kranken war von Glocken umgellt. Nach einer Woche entschied sich Alberts Rettung. Das Bett wurde zum Fenster gerückt, heller war nun das Zimmer, die

Welt erhellte sich. Albert durfte Wünsche haben. Der erste Wunsch: den Vater nicht sehen müssen! Der zweite Wunsch: den Fenstervorhang verschwinden lassen! Blauer Himmel drang ein, lieblicher ward nun die düster gewohnte Wand. Der dritte Wunsch: die Bücher hinaus! Die Mutter kaufte einen Fußball, legte ihn auf die Bettdecke, die Weltkugel sprang hoch, das erste Spielzeug einer Kindheit. Ein Leben Hand in Hand begann, die Mutter führte ihr Kind, zum zweitenmal lernte Albert gehen, langsam schwand die Furcht, langsam begriff das Herz, es atmete ein, atmete aus den Rausch der Freiheit.

Nach zwei Monaten stand Wolf vor dem Arzt; ein Auge duckte sich, ein Auge forderte. Der Arzt sagte streng: »Ihr Sohn ist wieder gesund, die weitere Entwicklung hängt von Ihnen ab.«

Wolf schloß sich ein, er flehte Gott um Rat an, er befragte die heiligen Bücher und las: »Und Gott versuchte den Abraham und sprach zu ihm: Abraham! Und er sprach: hier bin ich! Da sprach er: Nimm doch deinen Sohn, deinen einzigen, den du liebst, den Isaak, und ziehe hin in das Land Moria, und dort bringe ihn dar zum Opfer auf einem der Berge, den ich dir sagen werde.«

Diese Stelle bezog Wolf auf sich, er beugte sich in Demut. Der Arzt war nicht der Engel Gottes, der rief: »Lege deine Hand nicht an den Knaben und tue ihm nichts!« Gottlos war der Arzt, mit der Zigarre ging er am heiligen Sabbath am Tempel vorbei.

Unschlüssig war Wolf, unrein war seine Demut. Was ist gut? Was ist schlecht? Bei Tag und bei Nacht fragte er. Gott schwieg.

Der Vater umkreiste den Sohn.

Wo die Kinder spielten, wo der Fußball sprang, widerwillig in köstlicher Luft, im Regen süßer Akazienblüten stand der Vater am Bretterzaun, umkreiste den Sohn, der Jauchzen lernte, nicht mehr Talmud, nicht mehr Midrasch lernte. Der Sohn sah nicht, hörte nicht den Vater, der fragte und haderte. O fremder, fremdgewordener Sohn, Kind der Erniedrigung und der Enttäuschung, bittere Gottesstrafe! Nicht aus dünnen Lenden wardst du gezeugt, für dich aufgespart war meine Kraft, fromm und gottgefällig war mein Erdenwandel. So du Fleisch von meinem Fleische bist, sei auch Geist von meinem Geist, oder Gott hat mich verflucht.

Immer enger umkreiste der Vater den Sohn. Endlich sperrte er den Fußball ein, Bücher lagen wieder umher, Wolf sprach einen Segenspruch, legte die Hände auf Alberts Haupt: »Gott hat dich gesunden lassen, Gott wird weiter helfen.«

Der Sohn schlug groß die Augen auf, das Metallene schwang wieder im Raum – da stand die Mutter in der Tür, wehrte ab, war keine geduckte Dienerin mehr, war eine hohe gebietende Frau.

Wolf erschrak, hörte die Stimme des Engels: »Lege deine Hand nicht an den Knaben und tue ihm nichts!« War das so gemeint? War so mild der zürnende, der eifersüchtige Gott? Vor die Frau trat der Zurechtgewiesene hin, niederhielt er, was in ihm brauste, er machte seine Stimme sanft: »Nicht quälen will ich ihn. Nur eine Stunde täglich soll er lernen das Gotteswort.«

Die Frau nickte, der Sohn nickte ihr zu, die Furcht saß ihm nur noch lose in den Gliedern, nicht mehr tief im Herzen verankert: er hatte den Vater zittern gesehen.

Zweites Kapitel

Das Glück, dem Vater entrückt zu sein, war beträchtlicher als das Heimweh in Prerau; auch ohne Zwang zu nächtlichem Talmudstudium war das letzte Jahr unter des Vaters Blick qualvoll gewesen. Daß die Stadt häßlich auf dem stoppelgelben Brett Hannaebene lag, daß ein grauer Herbsthimmel und ein graues Gymnasium alles war, was Albert zu sehen bekam, störte ihn nicht, auch das Häßliche war neu, war anders häßlich als die Welt des Vaters, die Welt der Donnerworte, des feurigen Dornbusches, der in Träumen noch immer den Knaben schreckte.

Im Hause regierte der Oberkantor Samuel Gehorsam, ein Mann, der sang und schrie. Am Morgen schrie er, puffte üble Laune aus; seine eingeschüchterte Frau, üppig geformt, lief ihm in einer unförmigen Nachtjacke durch alle Zimmer nach, Wünsche erratend, nach Befehlen fragend, nichts war ihm recht. Im Speisezimmer stand ein Klavier, nach dem Mittagessen sang und spielte der Oberkantor; Albert saß in seinem engen Kabinett und hörte zu, trank Wohllaut, Ahnung einer schöneren Welt. Schrie Samuel am Morgen, dachte Albert: Du kannst singen und Musik machen, dein Schreien und Wüten ist nur ein kleines Stück von dir, ich höre es gar nicht.

Am Abend war das Haus sehr still, spät kam der Oberkantor heim, oft nach Mitternacht, gewöhnlich verschlief Albert das Laute, Lärmende. Im Nebenzimmer schlief die Frau, ein Bett krachte, da fiel ein schwerer müder Körper hin, dann war nur Uhrticken, Summen der Stille. Kam der Mann, klatschte es, dann brüllte, sang der Oberkantor, Stiefel flogen an die Tür, die Frau sagte: »Ich bitt' dich, Sami, weck' nicht den Buben auf.« Dann klatschte es noch einmal, des Oberkantors Hand klatschte nieder auf den

Nacken, das Gesäß, den dicken Arm der Frau, der Oberkantor sang: »Ich hab' gewonnen im Tarock.« Gleich darauf schwieg das ganze Haus, mitten im Schreien schlief der Oberkantor ein.

Einmal erwachte Albert, im Nebenzimmer atmete es heiß, ein Bett knarrte, er verstand nicht, zündete eine Kerze an, nie hatte er in der Nacht Licht gemacht. Da war ein schwarzes Gewimmel auf und unter dem Teppich, an den Wänden kroch es auf und nieder, kleine und große Russen krochen auf das Bett zu, wanderten vom Bett zur Tür, von der Tür zum Bett. Albert fürchtete sich, Ekel schüttelte ihn, aber im Nebenzimmer knarrte ein Bett, atmete es heiß, unwiderstehlich trieb es ihn, aufzustehen, durch das schwarze Gewimmel zu schreiten, durchs Schlüsselloch zu gucken. Ein Blick, dann sprang er mit einem Satz ins Bett, löschte die Kerze aus, schweißgebadet lag er im Bett, die Zähne zerschnitten die Decke, einen Polster stopfte er in den Mund, Grauen war da, marternder als alles Grauen im Vaterhaus.

In dieser Nacht schlief er nicht.

Am Morgen stand er vor den andern auf, alles schlief noch. Mit geschlossenen Augen flog er durchs Schlafzimmer, ein wichtiges Schulbuch entfiel seiner tastenden Hand, er ließ es liegen, rannte hinaus, durchraste Nebelstraßen; im Stadtpark sank er auf eine Bank. In weißem Nebel saß er zwei Stunden, Gliedmaßen hingen in gräßlicher Verschlingung in der Luft, senkten sich wie riesige Rüssel, brachen seinen Mund auf, er erbrach sich. Im Nebel ging er zur Schule, der Professor hatte einen kurzgehaltenen Vollbart wie der Oberkantor, Albert starrte ihn an, wurde gestraft, hämische Blicke freuten sich über den gestraften stillen Musterschüler, beschämt ging er nach Hause, der Nebel war verschwunden. Vor dem Hause fing sein Herz rasend zu schlagen an, auf den Stiegen klopfte es in allen Adern, der Hals klopfte wie ein schwerer Eisenhammer. Am gedeckten Tisch saß das Ehepaar; Albert sah zum erstenmal eine Frau, zum erstenmal den großen roten Frauenmund, schwer lagen die ungeheuren Frauenbrüste über dem Tischtuch, unter den Tisch mußte er blicken, das weiße Tuch verdeckte alles, er dachte: dort sind die auseinandergespreizten Schenkel, ich kann sie nicht sehen, aber ich sehe sie. Solange ich lebe, werde ich nichts anderes sehen.

Nach dem Nachmittagsunterricht ging er wieder in den Park, statt wie sonst die Bücher nach Hause zu tragen. Von zwei bis drei hatte die Sonne geschienen, nun fiel der erste Winterschnee, dunkel standen Bäume, immer weißer fiel der Schnee, bald war die Bank eingeschneit, Albert blickte nieder auf weiße Gebilde. Die Schneedecke auf der Bank kühlte und tat wohl. Aber ringsum wellte es sich, Berge und Täler entstanden, immer wieder ein weißer Berg und ein weißes Tal, weiße Brüste wuchsen überall, große

atmende Brüste. Am Ende der Allee wuchsen zwei zusammengewachsene Tannen von Minute zu Minute, kamen näher, riesige behaarte Männerbeine wucherten nieder, über Brüste gebeugt. Albert schloß die Augen, ein Parkwächter rüttelte ihn, kaum fünf Minuten hatte er geträumt, nun lief er nach Hause, ein verfolgter Verbrecher.

Die Frau saß beim Ofen und strickte. Albert blickte scheu die derben zerstochnen Hände an, die ernüchternde formlose Gestalt im grauen Rock; durchs Schlüsselloch sah er ihr stumpfes Glotzen, erschöpft sank er nieder.

In der Nacht wartete er. Einschlafenwollen war sinnlos, im Bett aufgerichtet saß er und wartete. Kurz nach ihm ging die Frau schlafen, ein Bett krachte, da fiel ein schwerer müder Körper hin, Albert sah mit zugepreßten Augen das Strickzeug, die formlose Gestalt im grauen Rock, ihr stumpfes Glotzen: das war eine Rettung. Aber als das Uhrenticken immer lauter wurde, fiel der graue Rock ab, es blitzte weiß, immer wacher sah er weißes Blitzen, so vergingen Stunden. Nach Mitternacht kam der Oberkantor nach Hause, Stiefel flogen an die Tür. »Hast du gewonnen?« fragte die Frau; der Mann antwortete nicht, brummte nur, gleich darauf schlief alles. Albert sank zurück, atmete auf, horchte noch ein Weilchen, dann schlief er ein.

Um halb acht erwacht, sprang er auf, der Schulweg war weit, das Zuspätkommen unvermeidlich. Der bärtige Professor musterte höhnisch den Langschläfer, nahm das Klassenbuch, diktierte sich selbst laut: »Wolf zehn Minuten zu spät gekommen.« Dann rief er: »Wolf, das Pensum!« Albert starrte den Vollbart an, da soufflierte eine Stimme, Albert sprach einen Satz nach, es ging schlecht und recht. »Setzen«, sagte der Professor. Albert gehorchte, drehte sich um, Berthold Alter hatte souffliert. Noch nie hat Berthold Alter mit mir gesprochen, warum hilft gerade er mir? dachte Albert.

In der Pause sprach Berthold Alter ihn an: »Komm nachmittag mit mir, Wolf.«

In der Palackystraße herrlich wohnte Alter; schweigend traten sie ein, niemand war da, die Eltern verreist, die Dienstmädchen beurlaubt. Alter schwieg noch immer, Albert, eingeschüchtert, wollte das Schweigen nicht brechen, auch gab es viel zu sehen, ein Klavier, ganz schwarz und glänzend, wunderbare Bilder, ungeahnte Pracht. »Tee«, sagte Alter, stellte einen silbernen Samovar auf die rotsamtne Tischdecke, Wasser sang beruhigend.

Berthold fragte leichthin, geschäftig über den Samovar gebeugt: »Wie alt?« »Elf«, flüsterte Albert. Der andre nickte wohlgefällig: »Junger Hund. Ich beinah' dreizehn, einmal durchgefallen.«

Sie tranken aus dünnen blauen Schalen Tee. Plötzlich warf Berthold hin: »Ja, Ränder unter den Augen, untrügliches Zeichen.« Heftig stellte Albert die Schale hin, was wußte der, wie war das möglich. Endlich war kein Tropfen Tee mehr da, Berthold führte den Schüchternen zur Ottomane, streckte sich bequem aus, fragte sachlich: »Wie lange treibst du's schon?« Nach einer Pause: »Zu zweit ist's hübscher, wir wollen Freunde werden.«

Da Albert verständnislos dastand, packte ihn Alter mit hartem Griff, wollte ihn niederziehen, Albert sah die Augen des Fremden erglühen, ein Ruck ging durch Alters Körper, in Ekstase vergaß er den andern. Albert stand versteinert; kaum eine Minute währte die Erstarrung, dann lief er zur Tür, lief auf die Straße, zitternd blieb er vor dem Hause stehen. Zu viel, zu viel, ich muß sterben! dachte er. Verzweifelt blickte er auf die Hand nieder, die der andere krampfhaft gehalten hatte, die Hand war plötzlich ein widerwärtiges großes Tier, ekelhaft wie eine Ratte. Gewiß ist auch mein Gesicht verzaubert, alle Menschen blicken mich an, dachte er, mein Gesicht ist ein ekelhaftes Tier, ich muß den Mut haben, es anzublicken. Er stand vor einem Herrenmodegeschäft, eine große Scheibe glänzte in elektrischem Licht, er blickte hinein; es war sein Gesicht, ein wenig gerötet, aber keine Verwandlung war zu sehen, die Form war unverändert. Auf die Glasscheibe legte er die Hand, Kühle drang ein, segensreich ein, die Hand war wieder Hand. Ich habe geträumt, dachte er erleichtert, im Tee war Rum, ich war betrunken. »Geh weiter«, sagte plötzlich eine Stimme neben ihm; ein Verkäufer aus dem Herrenmodegeschäft, nicht viel älter als Berthold Alter, öffnete schwungvoll die Auslage, nahm eine Krawatte aus dem Fenster, schloß die Auslage und verschwand im Laden. Dieser ist rein, dachte Albert, alle sind rein, man darf nur keine unreinen Gedanken aufkommen lassen, man darf keine Zeit zu unreinen Gedanken haben. Mutig betrat er wieder Alters Haus, um die vergessenen Schulbücher zu holen, gleich im ersten Zimmer lagen sie auf dem Tisch, unbemerkt wollte er die Tür schließen, aber Berthold hatte ihn gehört, lachte »Schaf!« Albert stürzte hinaus.

In seinem Kabinett studierte er eineinhalb Stunden. Alle Aufgaben waren geschrieben, das Pensum auswendig gelernt, noch lag endlos der Abend vor ihm. Albert nahm hebräische Bücher, Talmudaufgaben hatte der Vater gestellt, Weihnachten sollte Prüfung sein, noch war nichts getan. Von deinem Geist laß mich erfüllt sein, mein Gott, sagte Albert laut; da wurde lebendig das tote Wort, der Talmud ein großer Saal der Weisheit, sternüberdeckt, besessen arbeitete Albert mit Haupt, Händen, Füßen, Gemurmel wechselte mit lautem Geschrei ab, der Körper flog nach vorn und rückwärts, nach links und rechts, die Zeit reichte nicht aus, ein Rätsel der heiligen Bücher war

gelöst, zehn neue stellten sich auf, standen da, drohend, unentrinnbar. Auf dem Tisch stand das Abendessen, Albert rührte es nicht an, zu Tode ermüdet schlief er ein.

Weihnachten im Vaterhause sperrte der Vater mit dem Sohn sich ein, zehn Tage Ferien wurden zehn Tage Marterung. Vergessen hatte der Vater die Warnung, entschieden stellte er seine Forderung, sie mußte erfüllt werden, alles andre war Lästerung. Daß der Sohn in Prerau studierte, war eine Konzession, die Gemeinde zahlte alles, Widerspruch war nicht zu motivieren. »Geh in Prerau nicht in den Tempel, geh ins Bethamidrasch,« sagte der Vater, »der Oberkantor ist kein frommer Mann, sprich nicht mit ihm, sprich mit keinem, sprich mit dem Talmud, das genügt für ein ganzes Leben.«

In diesen Tagen trennte Albert sich endgültig von Vater und Mutter, sie lebten abgeschieden, sie konnten ihm nicht helfen, es war eine andere Welt, eine Welt für alte Leute. »Wie alt bist du, Mutter?« fragte er, als sie ihm das Geleite zum Bahnhof gab. »Vierzig«, sagte sie. Das ist nicht wahr, dachte er, hundert Jahre ist sie alt, tausend Jahre ist sie alt, tausend Jahre liegen zwischen mir und ihr. »Hast du nicht zu klagen, mein Kind«, fragte sie ihn, als sie ihn zum Abschied küßte, da sagte er nein, denn er wußte: zu helfen war ihm nicht. Aber als er schon im Zug saß und vom Coupéfenster zur Mutter sich niederbeugte, sagte er, was er zehn Tage lang aus Scham nicht gesagt hatte: »Mutter, ich möchte gern übersiedeln, nicht mehr beim Oberkantor wohnen.« »Warum, mein Kind, das geht doch nicht«, sagte die Mutter. »Natürlich geht es nicht«, sagte er und trat zurück, der Zug setzte sich in Bewegung.

Wieder in Prerau, fühlte er hinschwinden die von Gott durch aufreibendes Talmudstudium schwer erkaufte Sicherheit; Gott überlegte, ob er den Kaufpreis täglich zahlen sollte. Müde schlief Albert um neun Uhr abends ein, um zwölf erwachte er, unnatürlich scharf war sein Gehör. Selbst wenn es nichts zu hören gab, knarrte ein Bett, atmete es heiß. In der Schule sogar, mitten im Unterricht, in der Turnstunde, auf dem Heimweg, überall war der Dämon, überall kitzelte, stach, brannte er den Gepeinigten, endlich unterlag Albert.

Am Abend und am Morgen lag er fiebernd im Bett, der Dämon führte ihm die Hand; in letztes Dunkel zurückgesunken, durchfuhr ihn unendlicher Gewalten Rotglühen und Erkalten, der Dämon führte ihm die Hand. Keinem Menschen konnte er mehr ins Gesicht sehen, jeder wußte die Schande, jeder wich ihm aus. Ihr kennt mich gut, gerechte Richter! dachte er, Unrat bin ich, ins Dunkel gehöre ich hin, ihr aber lebt hoch im Licht, mit reinen Händen umschließt ihr eine reine Welt. Alle Menschen waren hohe Richter, die das Verdammungsurteil sprachen und mit Abscheu von dem Unrat sich abwendeten.

In den Sommerferien war nicht mehr der Vater der gefürchtete zerschmetternde Richter: die Mutter war es. Nun hatte sie den großen zerschmetternden Blick. Einmal wird sie sprechen, fürchtete er, ihre sanfte Stimme wird ein Wort sprechen, das wird mich töten. Sprich es endlich, bat er jeden Morgen vor dem Aufstehen, warum zögerst du, warum verschiebst du die Hinrichtung, warum quälst du mich so furchtbar. Dem Vater drängte er sich auf, der Vater war unverändert, nichts sah er als die heiligen Bücher, nichts wollte er als die gute Unterwerfung, die bedingungslose Unterwerfung; manchmal nickte er sogar beifällig. Wenn der Sohn sich endlos martern wollte, nickte der Vater beifällig, dankte Gott: Mein Sohn ist Geist von meinem Geist.

Nach den Ferien, noch tiefer sich zu erniedrigen, noch gräßlicher sich zu beschmutzen, sprach Albert den Verführer Berthold Alter an. Seit Monaten war einer dem andern ausgewichen. Nun ging Albert ihm nach, vor dem prächtigen Haus in der Palackystraße gestand er alles dem Fremden, unheilvoll verstrickt, verdreht, besudelt wie er. Berthold aber nahm nicht die dargereichte Hand, hochmütig wuchs er ins Riesengroße, indem er sagte: »Überwundene Kinderkrankheit, ich bin längst darüber hinaus.« In das vornehme Studierzimmer nahm er den Beschämten mit, er blätterte ein Buch auf, sein Zeigefinger wies auf eine rot angestrichene Stelle, Albert las, was ihm bevorstand: Rückenmarkleiden, vollständige Verblödung, langsames Absterben des Körpers, zuletzt qualvoller Tod. Schadenfroh blähte sich der Ältere. »Gibt es keine Rettung?« hauchte Albert. Berthold drückte einen Knopf, ein Stubenmädchen erschien, der Sohn des Hauses umarmte es, blickte triumphierend den Zerschmetterten an. Hinausstürzte Albert in den gelben Oktoberabend.

Rückenmarkleiden, vollständige Verblödung, langsames Absterben des Körpers, zuletzt qualvoller Tod, alles zu wenig; verachtet, ausgestoßen leben, alles zu wenig; von der ganzen Klasse im Traum ertappt werden, der Jugend der ganzen Stadt als abschreckendes Beispiel gezeigt, alles zu wenig; noch mehr Schrecken muß es geben, noch mehr Verdammnis, noch mehr Erniedrigung. Alles, alles wird über mich kommen, in Trauerkleidern auf dem Fußboden »Schiwwe sitzen« wird mein Vater, anspeien wird mich meine Mutter, das alles wird über mich kommen. Frech ins Gesicht lachte er den Menschen: wie tugendhaft gehn sie ihres Weges, wie mitleidig glänzt ihr Gesicht, wenn sie einem Bettler einen Heller schenken; und niemand hilft, wenn ein Mensch im eigenen Schmutz erstickt. Auch Gott hilft nicht. Gras und Kräuter ließ er aufgehen, auch Bäume, die Frucht tragen, Lichter an des Himmels Wölbung, die großen Seeungeheuer schuf er, unreines Vieh rettete er in der Arche Noä, um den Tisch und den Rauchaltar und die Geräte und den reinen Leuchter und den Brandopferaltar seines Tempels kümmerte er sich, um die Amtskleider für die Priester und das Salböl und das

wohlriechende Räucherwerk für sein Heiligtum kümmerte er sich, aber um die Pest, mit der er mich geschlagen hat, kümmert er sich nicht, um den Gestank, in den er mich verwandelt hat, kümmert er sich nicht!

Eine Tröstung kam: Albert sah, daß er Leidensgenossen hatte. Sie bildeten eine Gruppe in der Klasse, verlacht und verhöhnt von der andern Gruppe, deren Führer Berthold Alter war. Zwischen beiden Gruppen stand Albert. Er wußte, welcher er angehörte; zur andern hinüberzuschwenken war sein fernes, unerreichbares Ziel.

Sechzehn Jahre alt, wagte er den ersten Annäherungsversuch. Er stieß auf Widerstand. Gespräche hörte er, die widerlich rochen, Bilder und Photographien zeigte man ihm, so ekelhaft, daß er ausspuckte. Aber er stahl und kaufte sie, denn er sagte sich: das ist die Rettung. In die Bordellgasse ging er mit, ihm schwindelte vor den Brüsten, die in Fenstern sich enthüllten. Qualvoll war es, immer hinter den andern als Feigling zu schleichen; seine Augen sahen nichts als Flammen hinter Fenstern, Häuser in Flammen, die Gasse in Flammen, aber er ließ sich gern von den andern verhöhnen, er dachte immer nur eins: das ist die Rettung.

Einmal endlich schlich er ganz allein die wohlbekannte Hurengasse ab. Es pochte an Fensterscheiben, es lohte weiß und rot in allen Fenstern, weiße und rote Feuerwolken stürzten sich aus allen Fenstern über ihn, in großem Gewitter stand er. Aufstieß er mit schlotternden Knien eine Tür, ein kleines blondes Mädchen kam ihm entgegen, weißes Hemd und blaues Band, es warf sich hin, es streckte den Arm aus. Er stand hilflos mit schlotternden Knien und sah und hörte nichts, ohnmächtig fiel er hin. Erwacht, sah er sich liegen neben der Liegenden, sie aß eine Orange. Das Mädchen sprang auf: »Ich kann nicht meine Zeit vertrödeln, gib das Geld und komm wieder, vielleicht geht's nächstens.«

Albert ging zur Betschwa, grau und trüb floß das Wasser abendwärts. Hinter dem Fluß klebte die Stadt auf dem frühlinggrün angestrichenen Brett Hannaebene. Das Ufer begann zu duften. Albert warf sich hin, in Lehm kniete er, kaum war noch Leben in ihm. Noch einen Schritt, dachte er, noch einen einzigen Schritt, dann Ruhe und ewiger Schlaf. Alles ertrinkt mit mir, das heiße Atmen, das knarrende Bett, das Mädchen, Mädchen, Mädchen – da sprang er auf. Plötzlich rauschte der Fluß, rauschte der Abend. Albert lief in die Stadt, raste durch die Palackystraße, Berthold Alter warf er sich an die Brust, dem Gehäßten: »Ich bin verloren.« Ins Ohr des Gehäßten ergoß sich ein Wasserfall schäumender Worte, endlich verstand er alles. Er zwang den Jüngeren in einen Sessel, setzte sich ernst zu ihm, sprach ein Freundeswort, der Hochmut war verschwunden:

»Nichts ist verloren. Das erste Mißglücken beweist gar nichts.«

»Wirklich?« Albert sprang auf. »Du selbst vielleicht?«

»Ich selbst.«

»Wahrheit?«

»Ehrenwort.«

Leicht war der Heimweg. Morgen, morgen, morgen . . . der Chor des Wortes sang den Getrösteten in Schlaf. Endlich war Tag. Endlich war Mittag. Da ging er wie ein entschlossener Mörder in die verrufene Gasse. Keine Scham hinderte ihn. Vor allen Leuten bog er unerschütterlich in die verrufene Gasse ein. Gleich ins erste Haus trat er ein. Die Tür stand offen, im Vorhaus kniete im Hemd ein massiges Weib, über den Fußboden sauste eine Bürste, ein Kübel Wasser stand neben dem Weib. Alles sah Albert überdeutlich, den großen Schwung der roten Arme, die wuchtigen Beine, den breiten gelben Nacken. Über die Schwelle wälzte sich das ungeheure Tier, endlich stand es auf.

»Erst Geld«, orgelte eine dunkle rauhe Stimme. Er gab der Gefürchteten das vorbereitete Geld, sie stand ihm nun gegenüber, Moschusgeruch wollte ihn trunken machen. Wie einen Säugling legte sie ihn nieder. Diesmal entgehst du mir nicht, klapperten seine Zähne, diesmal entgehst du mir nicht – oder ich töte dich und mich, diesmal entgehst du mir nicht.

»Steh auf,« donnerte es, »du bist ja betrunken.«

Zerkrampfte Finger suchten: wo ist ein Messer, ich will sie ermorden. Hinsank er vor den Scharfrichter, stammelnd: »Ich bin nicht betrunken, ich bin nicht betrunken, ich schenk' dir alles, was ich hab', wenn du mir glaubst.«

Hinwarf er sein ganzes seit Monaten zusammengespartes Geld.

»Also gut«, in die Ecke flog ihr Hemd, sein Mund stöhnte, ein wildes Tier stöhnte auf, ein begnadigter, geretteter Mensch.

Welt war unendlich aufgetan.

Statt zur Schule ging er ins Stadtbad, im Wasser empfand er ungeheuer das Glück der Entzauberung und Befreiung. Unendlich häutete er sich, eine Haut nach der andern fiel ab, wunde Haut, wundgerieben an schmutzigen Träumen. Ein Spiegel zeigte ihm das

Gesicht eines zufriedenen jungen Mannes, die Karikatur eines Brustkorbs hob und senkte sich wohlgefällig, der magere Hals drehte sich sehnsüchtig dem Fenster zu, draußen blühte ein weißer Frühlingsbaum, zartes Grün sonnte sich über der hohen Milchscheibe. Nie hab' ich das gesehn, dachte er, das Stadtbad war sonst immer die Hölle, das Plätschern der Nachbarkabinen regte mich immer auf, immer mußte ich an nackte Weiber denken, heute zum erstenmal sehe ich mich.

Der Oberkantor war im Kaffeehaus, Albert setzte sich zum erstenmal ans Klavier, plötzlich begann er zu singen. Erstaunt kam die Frau. »Bist du meschugge,« lachte sie, er nickte glücklich, sie störte ihn nicht, er sah sie gar nicht, dachte: Gute alte Frau. Die hebräischen Bücher begrub er im Koffer, sie waren böse Stücke Vergangenheit. Er saß auf dem Koffer: Jetzt beginne ich zu wachsen, dachte er. Das Zimmerchen drehte sich, er saß im Mittelpunkt vieler Rotationen. Noch am Abend saß er und dachte nach, Vergangenes rotierte unaufhörlich, er saß im Mittelpunkt der Welt, jetzt wurde die Welt neu geschaffen. Immer wieder sang er, nie hatte er gesungen. Der Oberkantor riß die Tür auf, murmelte erstaunt: »Bist du meschugge?« Albert lachte. »Seit wann kannst du singen?«, fragte der Oberkantor. »Seit heute.« In den Augen des Knaben sah der Oberkantor die rotierende Welt.

Alle Ventile waren geöffnet, alle Poren tranken sich satt, nach dem ersten Rausch war das Genießen noch beglückender. Alles war nun da, Natur und Menschen, alles gab alles her, seine Hand streckte verlangend sich aus, nahm und gab. Zwei Jahre vergingen wie eine Sommernacht, das Studium war nicht mehr schwer, Albert genoß, was sich bot, ein Ladenmädchen schenkte ihm die Innigkeit erster Liebe, er wurde anspruchsvoller, erkannte Unterschiede, ließ ohne Bedenken kleines Glück fahren, um größerem nachzujagen. Nur selten bewegte sich noch Niedergeducktes aus vergangenen Zeiten in der Tiefe der ganz geöffneten Seele, verleugnet, gefürchtet, gehaßt. Regte sich das Feindliche, bewarf er Vater, Großvater, Urahn mit Haß ohnegleichen. Nach der Matura, vom Vater nach Budapest ins Rabbinerseminar gesandt, legte er in einen erzwungenen Abschiedskuß das stumme Gelöbnis: nie kehre ich zurück. Der Mutter schenkte er ein Lächeln des Dankes und der Abfertigung. In der ersten Schnellzugsstunde warf er alle Empfehlungsbriefe an Talmudgrößen, Erinnerungen an Gebundenheiten, aus dem Fenster.

Drittes Kapitel

Er hatte ein Bett in der Vaczi Körut, das Zimmer teilte er mit zwei Medizinern. Am Morgen gingen sie in die Hautklinik, er blieb liegen. Vor elf stand er auf und ging an der Donau spazieren. Die Dampfer sah er gern, die schwermütig dahinfuhren auf hellgrünem Wasser der glänzenden Stadt in das abendliche Dunkel der südungarischen Tiefebene, dann mischte er sich unter die Spaziergänger der großen Promenadestraßen, sehr viel Schönheit gab es zu sehen und sehr viel Anmut. Manchmal verfolgte er Damen, wenn sie es nicht bemerken konnten. Er liebte nicht bloß ein schönes Gesicht; auch ein kleiner Hut mit weißen Federn, die Farbe eines Strumpfes, ein Samtband auf gut modelliertem Hals waren wert, eine Viertelstunde und länger betrachtet zu werden. Die Sprache verstand er nicht, sie bereitete ihm Sensationen: ein Wort klang wie ein Leidenschaftsausbruch, ein Vokal zwischen vielen Konsonanten wie ein Jagdsignal, ein Satzketzen wie eine religiöse Beschwörung.

Nach vier Wochen hatte er Gesellschaft. Die Mediziner brachten ihn in eine Kneipe, dort saß er schweigsam zwischen Studenten und Künstlern, die meisten waren beides und nichts. Viele Rassen und Nationen sprachen den Budapester Verständigungsjargon, Magyaren, Österreicher, Russen, Polen, Serben, Rumänen, Italiener und Griechen. Alle trieben Politik, manchmal gab es Schlachten, die die Polizei beendete. Gewöhnlich sprach man über Kunst, Armut und Reichtum.

Das ersparte Geld der Mutter trug er in einem Lederbeutel unter der Weste; er kaufte Vergnügungen der Großstadt. Gern ging er in die Oper, aber auch mindere Kunst zog ihn an; in Varietés, kleinen Musikcafés im Stadtwäldchen, billigen Barlokale verbrachte er halbe Nächte. Kein einzelner Mensch wirkte auf ihn, es war der Betrieb, der ihn faszinierte. Stundenlang konnte er sitzen und beobachten: die Hand einer Geigerin, die Locke eines Zigeunerprimas, das Gespräch zweier Lebemänner, die Begeisterung einer Provinzlerin, das Atmen beweglicher Masse. Die Stadt jagte ihn, machte ihn unruhig; am Morgen war er so müde, daß er bis zum Abend im Bett bleiben wollte, um elf suchte er wieder Menschen, Farben. Atemlos beobachtete er am meisten sich selbst; es war nicht leicht, in dieser Stadt zu atmen.

Nach einem halben Jahr, als er sich Rechenschaft gab, hatte Schönheit der Welt sich angesammelt in seiner aufspeichernden Brust. Aber sein geschärftes Auge, sein kritisierendes Ohr hielt Wache, warnte vor Wiederholungen, und es wiederholte sich vieles. Zigeunermusik war Zigeunermusik, die Andrassystraße war die Andrassystraße, alles zusammen war als Erlebnis groß – es mußte Größeres geben. Aufgerissen waren alle Türen des Vergnügens, die ihm zugänglich waren; die andern ahnte er nicht, er vermutete Uniformität, fade Variation, geistloses Gepränge. Störrisch riß er die Brust vieler Abende auf, die Vorratskammer vieler Erlebnisse – sie war leer. Mit vielen Menschen hatte er Tage und Nächte verbracht, in Theatern und Konzerten war er der Kunst nachgegangen, nun fragte er nach dem Sinn und Zweck des Lebens, es gab keinen.

Er ging ins Rabbinerseminar und fand dort Karikaturen seines Vaters. Man ereiferte sich um nichts, um Satzungen, um Formeln, erstarrt in der Bewegung der Jahrtausende. Er hatte mehr Kenntnisse als die meisten andern und schlug daraus Kapital, gab Lektionen, setzte vermeintlichen Gotteseifer in Wurst und Bier um; er stellte es kaltblütig fest.

Nur Äußerlichkeiten waren unverändert: lange schmutzige Bärte, unersättliche Augen, übelriechende Mäuler über entheiligten Büchern. Die Atmosphäre widerte ihn an und zog ihn an, er war in ihr verankert und machte sich jeden Tag gewaltsam frei zu einem Jenseits, das Licht, Freude, Frauen, Musik hatte. Am Abend in der Kneipe glitten im Zigarettenrauch zwei Welten ineinander: Tänzerinnen tanzten auf dem Teppich schmutziger Bärte, Chansonetten sangen aus der Bibel, feine Damen aus der Andrassystraße schnitten sich die Haare ab und saßen zusammengepfercht in der hebräischen Schule unter den Augen des Vaters. Er wußte, daß er träumte, er formulierte: in zwei Welten hatte er geblickt, nun störte eine die andere, in Wirklichkeit leugnete er beide. Darin wurde er bestärkt, als er eines Tages einen frommen Rabbinatskandidaten auf den Knien einer Kokotte sah. Es gab ihm einen Ruck: so bin auch ich. Sprungbereit belauerte er Häuser, Menschen, die Musik der Stadt. Irgendwo mußte ein Berührungspunkt zweier Welten sein. Er ging in die Börse und sah das Aufflattern menschlichen Glücks, sah das hilflose Händeringen Geprellter und Zerschmetterter. In Vergnügungslokalen sah er, wie reife Männer, denen eine gefestigte Weltanschauung wohl zuzutrauen war, unter der Berührung einer käuflichen Hand schwach wurden. Im Seminar beobachtete er die Zähigkeit hungriger Jünglinge, die sich in einen Satz verbissen, der sie nichts anging. All dies war sinnlos, war Starrkrampf, Betrug, jeder betrog und jeder ließ sich betrügen, jeder war allein mit seinem Betrug, allein in seinem Starrkrampf.

Spinoza sprang er an, Nietzsche hatte er im letzten Jahr des Gymnasiums genascht, nun fraß er sich durch, eine zähe Ratte, zu Kant, Schopenhauer, Fichte, wahllos gefräßig, immer gieriger, bei Mach hielt er entsetzt inne. Die überfütterte Ratte erbrach Sterne, Weltsysteme, Plato, Jesus, Moses, Maimonides, gemeint und gesucht war immer nur: das Weib. Jedes Ziel war das Weib, jeder Gedanke war das Weib. Die Hände, die ruhelos ruhten, träumten vom Weib. Das Weib thronte überall, verlockend im Schreiten, Sitzen, Liegen, Stehen, ein Arm, ein Ohr, ein Haar, eine kleine Bewegung des Körpers, ein Lächeln, sogar ein häßliches Grinsen war aufregend. Alberts Blick war ein Lasso, unermüdlich lächerlich ungeschickt ausgeworfen an jedem Ort. Wie Gott unerreichbar wandelten Weiber durch Straßen, Gärten, Cafés. Zu den Augen junger Mädchen, zu den Schenkeln schreitender Frauen tastete sein Blick sich hin, keine Frau ließ er aus; waren ihre Reize auch gering und ärmlich – unter der Hülle ahnte er Leidenschaft. Alle Frauen verzauberte er in sein Kabinett. In riesigen Betten stellte er sich sie vor, in Wälder verschleppte er sie, jeder Baum im Wald war eine Pyramide von Weiberröcken, Weiberhemden, im Moos lagen alle nackt. Der Sohn des Talmudisten sah sich eingestellt im ungeheuren Plan. Eine schwache Stelle mußte sein im ungeheuren Plan, ein Grenzpunkt zwischen Diesseits und Jenseits, ein Angriffspunkt. In der Andrassystraße suchte er ihn, in den Spelunken der Kanalgäßchen; am Donauufer stand er und blickte aus, vielleicht kam der Angriffspunkt herangeschwommen, oft stand er gebannt von einem Augenpaar und dachte: jetzt. Die Ekstase seiner Augen brannte mitternächtlich im Sonnenschein belebter Plätze, auf den Parkbänken müder Kindermädchen, in den Koloraturen der Oper, endlich umkreiste er immer enger einen Punkt, einen Platz in der Kneipe der Mediziner, den Platz der Choristin Etelka Tirey.

Zuerst hatte er nur die Vision zweier Farben: blond und blau. Etelka stammte aus einem Dorf an der Theiß, näheres wußte niemand. Von den Frauen wurde sie für dumm gehalten, die Männer dachten abwartend: sie träumt. Sie war indifferent, den Strohhalm der Limonade hielt sie stundenlang zwischen den Zähnen. Wenn sie aufstand, überragte sie alle, als Primadonna hätte sie vielleicht Figur gemacht, aber daran war nicht zu denken, die Kolleginnen von der Oper lachten über ihre Stimme.

Albert wußte nicht, daß es ihre Augen waren, die die Luft so blau färbten, er sah sie in einer Wolke über der grauen Marmorplatte, die andern waren nur noch Relief, sehr interessant, aber ohne Beziehung zu seiner Sehnsucht. Er umkreiste Etelka, das thronende Weib. Fassungslos hörte er, wie das Stroh des Sessels krachte, wenn sie sich setzte, ihr Körper füllte den Sessel aus, das war eine betäubende Vorstellung. Er näherte sich ihr sehr langsam. Eine Woche lang saß er immer am Nebentisch, Schüchternheit, längst abgelegt, war wieder da. Er warf sich seine Armut vor, er fühlte sich ganz als

lästiges Insekt, er verglich sich mit den andern und fand sich häßlicher, dümmer, abschreckender als alle, obwohl es im Lokal Bucklige gab, Krüppel mit Prothesen, Syphilitiker mit halber Nase.

Endlich sprach er sie an. Sie schien darauf gewartet zu haben, sie wandte ihm voll das Antlitz zu, mit einer jähen Bewegung, die überraschend war. Er gab sich preis, lieferte sich ihr aus, erzählte seine Jugend. Gib dir keine Mühe, sie ist dumm, indolent, indifferent, sagten die Blicke der andern, er geriet in Wut, wurde herausfordernd, sagte ein laszives Wort. Da stand sie auf und ging; er folgte. Nach einer Viertelstunde erzählte sie ihre Geschichte: bis zum sechzehnten Jahr war sie Dienstmädchen in Szegedin gewesen, eine Zeitlang hatte sie Schweine gefüttert, seit dem Herbst war sie Chordame. Das Konservatorium hatte ihre Ersparnisse aufgeessen, nun hieß es geduldig sein und warten. Sie war ganz von Ehrgeiz verbrannt, das überraschte ihn; er sagte es, sie lächelte, auch das Lächeln war voll Ehrgeiz.

»Ich bin sehr allein«, gestand sie, das Geständnis machte ihn glücklich. »Ich will Ihnen dienen, ich will Ihr Sklave sein, ich gebe Ihnen unbeschränkte Macht über mich«, sagte er heiß, da war der Pakt geschlossen. Im Stadtwäldchen nahm sie seinen Arm. Aus Neugier hatte er beim Oberkantor in Prerau Bücher über Stimmbildung gelesen, nun verwertete er seine Kenntnisse, sie horchte auf. Sie sang ein paar Takte, er sagte brennend: »Sie müssen lernen, lernen.« Ein Stipendium für arme Rabbinatskandidaten war ihm sicher, im nächsten Herbst hoffte er das Geld zu bekommen, er wollte es ihr schenken. Er begann regelmäßig das Seminar zu besuchen, um des Stipendiums nicht verlustig zu werden; in vier Jahren konnte er Rabbiner sein. Nie wird das sein, dachte er fröhlich, Etelka ist Christin, sie ist meine Zukunft. Die Möglichkeit eines anderen Studiums ließ er beiseite; sein späteres Leben konnte er sich so wenig vorstellen, daß er jedes praktische Studium für überflüssig hielt.

Das Brennende seiner Hingabe erschreckte Etelka zuerst, dann begann sie seine Leidenschaft schön zu finden; sie hatte sich sehr lange nach Leidenschaft gesehnt. Sie gingen nicht mehr in die Kneipe, er mietete ein Zimmer, das nur ihm gehörte, dort besuchte sie ihn. Immer sprach sie von ihrer großen Zukunft, gewaltsam unterdrückte er ein Skeptikerlächeln, er zwang sich, an Etelkas Stimme zu glauben, obwohl er alles an Etelka mehr als die Stimme liebte; jeden Finger, jedes Haar. Je genauer er sie kannte, desto unfaßbarer zerfloß ihm ihr Bild, wie in der ersten Stunde war sie wieder die Vision zweier Farben: blond und blau.

Sie dachte nicht daran, sich ihm hinzugeben, er bat sie nicht darum, er wußte: zwei Feuer sind wir, einmal werden wir eins. Aber nie war er ihrer sicher. Oft überflogen ihn

die Schauer des Fremden, das in ihrem Gesicht war. Dennoch fühlte er sich seltsam geborgen, seit er sie kannte. Einen kleinen Vorteil erblickte er darin, daß er etwas jünger als sie war; sie verschwieg ihr Alter, er schätzte dreiundzwanzig, aber was waren Jahre, was war Zeit, eine Hängematte über duftendem Heu war die Zeit. Es war süß, über der Erde zu schaukeln, immer höher, immer erdenferner.

Im Sommer schrieb er nach Hause, er wolle die Ferien in Budapest verbringen. Beschwörende Briefe der Mutter kamen, er verbrannte sie. Etelka durfte nicht wissen, daß er hungerte, drei Schüler waren ihm geblieben, die mußten kleine Summen vorstrecken. Er nährte sich von Brot; und kaufte Wein, wenn Etelka kam. Am offenen Fenster stand ein Tisch mit einer Weinflasche und einem Glas, das nach Odol roch. Etelka trank, um ihn nicht zu verletzen. Die Abende waren unerträglich heiß, sie saßen am Fenster und warteten auf das tägliche Gewitter. Dann fuhren sie an die Donau. An einem dieser Abende gab sie sich ihm hin. Das änderte nichts, sie blieb Vision.

Eines Abends, als Etelka nicht kam, ging er in ein kleines Sommertheater. Vor ihm saß eine Dame in Schwarz, zwischen dem schwarzen Haar und dem schwarzen Kleid leuchtete der weiße Nacken. Befremdet merkte er, daß er die Bühne und alles vergaß; unwiderstehlich zog ihn der weiße Nacken an, er mußte vor der Pause den Saal verlassen, sonst hätte er die Zähne in den Nacken bohren müssen. Dieses Erlebnis schmetterte ihn nieder. Ein Geheimnis hatte sich aufgetan. Er liebte Etelka und war vom Nacken einer fremden Frau verzaubert, deren Gesicht er gar nicht gesehen hatte. Am nächsten Abend legte er bereuend das Gesicht auf Etelkas Nacken. »Was hast du«, fragte sie verständnislos. Er schwieg verstört, er wußte: Dämonen hatten noch immer Macht über ihn. Grauenhaft war dies: daß jedes große Gefühl von einem aufleuchtenden Stück fremder weiblicher Haut erschüttert werden konnte. Wenn alle Menschen mir gleichen, dachte er, was kann ein Mensch dem andern bedeuten. Wie kann die Welt weiterbestehen, wenn wir alle ungeheurer Magie unterworfen sind! Wenn ich aber anders als die andern bin: kann es jemals eine Gemeinschaft geben, wo ich bin? Oder bin ich nur das Geschlechtsorgan eines Dämons? Wenn ich Etelka alles sagen könnte, mit letzter, allerletzter Aufrichtigkeit alles sagen, o, das wäre gut, das wäre erlösend. Aber nie werde ich den Mut haben, ja ich muß sogar trachten, so viel wie möglich vor ihr geheimzuhalten; denn wenn sie alles wüßte, wäre alles aus.

Wenn sie alles wüßte, wäre alles aus: der Rhythmus dieses Motivs begann ihn zu verfolgen, jeder Wagen ratterte ihn, die Drehorgeln auf dem Hof sangen ihn, sogar in der Umarmung peinigte ihn der Rhythmus: wenn sie alles wüßte, wäre alles aus. Tagelang dachte er über die Herkunft seines Dämons nach: er kam zur Überzeugung, alles sei vererbt, vererbt auch der Dämon. Die verhaltene Sinnlichkeit vieler

Geschlechter schreit in mir auf, resümierte er. Auf bricht in mir eine tausendjährige Quelle. Vererbt ist auch der Schlamm, der mein Blut trüb und träg macht, die Talmudweisheit, die Talmudängstlichkeit. Alles, was ich hasse, ist in mir, ich bin in meiner Ghettohaut eingeschlossen; und wenn ich mir die Haut vom Leib reiße, ist nichts gewonnen, unter der Haut schlägt das Herz meiner Ahnen, und mein Hirn ist meiner Ahnen Hirn.

Etelka wußte nicht, daß er sie nicht umarmte, sondern umklammerte. Er klammerte sich an sie, sie war der gute Gott. Ein irrsinniger Verirrter, lag er an Etelkas Brust, an der heiligen Mauer, die das Allerheiligste einschloß: Etelkas Herz.

Im zweiten Jahr fiel ihm das Stipendium zu, er brachte Etelka das Geld. Am selben Tag gingen sie zu Török, dem berühmten Gesangslehrer. Etelka sang, der alte Mann saß nervös am Klavier, brach ab, ließ sie noch einmal beginnen. Immer müder wurde sein Gesicht, er ließ sie nicht zu Ende singen. »Lernen Sie kochen«, sagte er.

Albert stützte sie, eine Stunde gingen sie auf und ab. Sie hörte ihm nicht zu, verabschiedete sich plötzlich, rief ihm nach: »Ich werde mich nicht erschießen.«

Da wußte er, daß es viele Wege für sie gab. Er saß in seinem Zimmer und wartete auf sie, sie aber hatte Pläne, Aufgaben, die Straßen der Welt lagen vor ihr ausgebreitet. Vielleicht hatte sie schon gewählt und er wußte es nicht. Er lebte ganz für sie, für wen aber lebte sie? Unerträglich war dieses Nichtswissen, es war unmöglich, eine Vision zu lieben, die in der Oper sang, in Cafés vielleicht Geschäfte machte; er mußte sie kennenlernen.

Ich müßte immer in ihrer Nähe sein, dachte er, sie ist ganz von Ehrgeiz zerfressen. In der Oper müßte ich immer in ihrer Nähe sein, dort sähe ich sie anders als hier. Vielleicht wäre der Anblick niederschmetternd; aber alles lieber als die ewige Selbsttäuschung. Wenn ich singen könnte, wäre ich ihr näher, überlegte er; immer an ihrer Seite, bei den Proben, beim Einstudieren neuer Aufgaben, am Abend während der Vorstellung . . . Er stand auf und versuchte zu singen. Einmal hatte er gesungen, an einem unvergeßlichen Tag. »Bist du meschugge«, hatte der Oberkantor gemurmelt, »meschugge,« murmelte er nun selbst, sein Gesang war Gekrächze. Abschließend sagte er laut: »Ich bin verrückt.«

Aber die langen Abende (es ließ ihn nicht los, er mußte den Gedanken zu Ende denken), die langen Abende, wie verbringt sie sie? Sitzt sie vor einem Notenblatt in ihrem Zimmer? Oder liegt sie wach im Bett? Oder hat sie Gesellschaft? Ist ihr jemand Vater und Mutter? Ich bin es nicht, das spüre ich; ich weiß nicht, was ich ihr bin, vielleicht nicht viel, vielleicht nur eine unwichtige Zerstreuung, eine Tändelei für leere Stunden.

Den Feind, der mir diesen Gedanken eingibt, kenne ich, lächelte er. Ich kenne dich, böser Geist des Zweifels: ich zweifle nicht, ich liebe. Du bist mir fremd geworden, ein böses Stück Vergangenheit, Stück für Stück von mir abgetrieben wie ein Bandwurm in den Kot meiner Vergangenheit.

Um neun Uhr morgens schlich er sich in der Oper ein. Anfängerinnen trippelten furchtsam hinter Primadonnen, neben parfümierten Zuhältern standen armselige Hungerleider. Es war leicht, unter ihnen nicht aufzufallen, erwartungsvoll verschwand Albert in der Menge. Knapp vor Beginn der Probe stürzte Etelka herein, fünf Minuten lang mußte sie sich sammeln, Atem holen, ihr Gesicht war fahl. Wenn der Kapellmeister eine Sängerin beschimpfte, lebte Etelka auf, sie lebte auf wie alle Choristinnen. Gespensterhaft war dies subalterne Dasein Etelkas, von dem Albert nichts geahnt hatte. Ihn hatte das Wort Kunst gebrannt, wenn sie von ihrer Stimme gesprochen hatte; nun stand sie da wie eine Tippmamsell im Zimmer des strengen Chefs. Flüchtig redete er sich ein, nur heute habe Etelka zufällig einen schlechten Tag. Vielleicht hatte sie schlecht geschlafen, Böses geträumt, vielleicht hatte sie Kopfschmerzen, vielleicht war ihr etwas Schlimmes begegnet, jemand war ihr gestorben, jemand hatte sie gekränkt. Aber er wußte: nichts war geschehen, niemand hatte sie gekränkt, niemand war ihr gestorben. Er wußte: wie heute steht sie jeden Tag hier, ein armes Geschöpf, ein verbissener subalterner Mensch, sogar ihr Körper schrumpft hier ein, wird hier schemenhaft, verdrängt die Vision. Erschreckt betete er: Werde wieder Vision! Er schloß die Augen.

Am nächsten Tag schlich er sich wieder ein, es wiederholte sich alles. Jeden Tag war er in der Oper und betrachtete das Gespenst Etelka. Sie ahnte nicht, daß er ihr nachschlich. Er lernte die ganze Armseligkeit ihres Lebens kennen, immer quälender schob sich der Gedanke vor: ich kann ihr nichts sein, kann ihr nichts werden. Ich bin der letzte eines widerlichen Geschlechts von Talmudisten, Bücher sind unser Heiligtum, Drehs sind unsere Kraft, in Ghettoversunkenheiten sind wir zu Hause, hier sind wir fremd, Lemuren sind wir hier, keine Etelka wächst für uns, ein anderer muß kommen, sie zu wecken.

Aber eine Stimme in ihm lehnte sich auf gegen diese Lästerung und sprach: Lästre dich, verfluche dich, zerschmettre dich, unbesiegbar bist du doch. Steig nieder in den dunkelsten Schacht der Verzweiflung: auserwählt bist du doch, immer wieder den Blick zu erheben, immer wieder aufzustehn, immer wieder du zu sein, heute und in tausend Jahren. Halte heilig dein Blut, es peitscht dich und es reinigt dich, Gott ist in dir, der Geist Gottes ist über dir!

Etelka war ihm nicht mehr ein Mädchen Etelka, sie war ihm der Inbegriff aller Schöpfungsgewalten, er wollte ihr nicht mehr dienen, nicht mehr ihr Sklave sein: ringen wollte er mit ihr, ringen um sie, ringen um ihre Seele. Wenn sie bei ihm war, ein müdes Mädchen im armen Studentenzimmer, stieg eisige Fremdheit zwischen ihnen auf. Ein anderer muß kommen, sie zu wecken, stöhnte er, etwas will geschehen, etwas will werden, machtlos zuzusehen bin ich verdammt.

Sie fühlte seine Ohnmacht, sie brauchte eine Stütze, er sah ihr Suchen. Auf den Proben begann sie einen Regisseur zu umschmeicheln, einem Kapellmeister streichelte sie die Wangen. Jedes Du, das sie einem Sänger schenkte, schmerzte Albert, unnahbar sollte sie sein, ihr Blick ein Schwert. »Wirf dich nicht weg!« schrie er sie einmal an, er stand grün am Bühneneingang, nie hatte sie ihn in der Oper bemerkt, nun war er verraten. »Wirf dich nicht weg!«, rief er verraten ihr zu. »Du sollst mir nicht nachspionieren«, antwortete sie böse. »Immer werde ich dir nachspionieren,« gab er böse zurück, »wo du gehst und stehst, auf allen Wegen werde ich sein, in der Nacht werde ich vor deinem Fenster stehn und den Schatten bewachen, den deine Lampe wirft, jeden deiner Blicke will ich bewachen, nichts soll mir entgeh'n.«

»Das nützt dir nichts«, triumphierte sie, rannte davon; gelähmt, konnte er ihr nicht folgen. Am Abend blieb er zu Hause, sie kam nicht, am nächsten Tag blieb er zu Hause, sie kam nicht, eine ganze Woche ging er nicht aus, sie kam nicht. Er wußte: es ist aus. Auf dem Fußboden saß er, alle Glieder taten ihm weh. »Ich sitze Schiwwe«, lächelte er, wie um einen Toten saß er Schiwwe, wie ein frommer Jude verrichtete er seine Totenandacht.

Nach einer Woche raffte er sich auf. Etelka lebt! schrie er sich zu. In einem Café gegenüber der Oper setzte er sich nieder, es war zehn Uhr morgens. Etelka mußte in der Oper sein, hier wollte er sie erwarten. Am Fenster des vornehmen Großstadtcafés sitzend, fand er sich ungeheuer lächerlich. Judenjunge, Killejüngel im Großstadtcafé, höhnte er sich, alle Blicke im Café und auf der Straße schienen zu höhnen: Killejüngel im Großstadtcafé. Aufgewachsen in Marmorsälen, würde der Kultusvorstand Blum höhnen, wenn er mich hier sähe, dachte Albert. Aufgewachsen im dunkelsten Ghetto, empörte er sich: das ist nicht gutzumachen. Wenn Etelka kommt, will ich mich ducken, ganz verkriechen will ich mich, ganz klein will ich mich machen, sie soll nicht sehen, daß ich auf sie warte, sie soll nicht wissen, daß ich ihr nachlaufe, sie soll nicht glauben, daß ich ihr Spielzeug bin.

Er las Zeitung und merkte verwundert, daß er alles verstand. Sogar ein Fachblatt für Versicherungsmathematiker konnte er lesen – da blickte er auf, erblickte die Oper,

angeekelt warf er die Zeitungen auf den Sessel. Alles ist durch Etelka sinnlos geworden, dachte er verzweifelt, alles hat sie mir genommen. Alles konnte sie mir nehmen, so mächtig ist sie, mächtiger als mein Geist ist sogar ihr Strumpf, den ich anbete, so sehr hat Gott sich in mir erniedrigt. Und das muß man hinnehmen, das muß man als sein gottgewolltes Schicksal anerkennen, damit muß man sich abfinden, dagegen gibt es keinen Rekurs, keine Auflehnung und kein Gebet! Und diese monströse Tatsache heißt »Glück der Jugend«, ist der Brunnen der zartesten Empfindungen, der zauberhaftesten Verzückungen des Geistes, Musik der Welt! O ihr heiligen Kasteier in hohen Einsiedeleien vergangener Zeiten, sagt mir euer unbegreifliches Geheimnis, sagt mir das Geheimnis eurer Keuschheit! Eine böse Nachgeburt bin ich, sagt, wozu bin ich geboren, wem zur Lust bin ich geboren, welchem Dämon zur Lust muß ich leben!

Zur Oper starrte er hinüber. Bald wird sich auftun das Tor, auftauchen wird Etelka, sei tapfer, furchtsames Killejüngel, vielleicht wirst du Schreckliches sehen. Gesteh, Killejüngel, selig wärest du, wenn Etelka mit verweinten Augen käme, selig wärest du, wenn sie ihren stolzen Körper nicht mehr hätte, sondern zwei gedemütigte Augen voller Tränen! Gesteh, Killejüngel, nichts könnte dich so glücklich machen wie ihr Unglück, denn du wüßtest: durch dich ist sie unglücklich, dir gelten ihre Tränen. Gesteh, Killejüngel, du zitterst vor dem Schrecklichen, das geschehen wird oder vielleicht schon geschehen ist. Zerschmettern würde dich der Anblick einer glücklichen, prangenden Etelka, o, nicht weiter denken, nicht denken an alles, was vielleicht geschehen ist, nicht denken an die Möglichkeiten! Unter der Marmorplatte faltete er verstohlen die Hände, ein Kellner sah es und lächelte, hingegeben faltete Albert unter dem Tisch die Hände: Gib, großer Gott, dem ich untreu war, daß Etelka mir erhalten bleibt, laß sie nicht untreu geworden sein, wie ich dir untreu geworden bin. Vergilt nicht Böses mit Bösem, dies eine Mal laß Gnade walten, und ich will anerkennen und lobpreisen deine Macht und Herrlichkeit!

Auftat sich das Tor der Oper. Der wohlbekannte Kapellmeister kam quer über die Straße, es kamen viele Herren und Damen, und endlich kam auch Etelka. Albert duckte sich, furchtbar schnell schlug sein Herz. Etelka trug einen neuen kostbaren Hut, herrlich war sie anzusehen, sie hatte nicht geweint, in ihren blanken Augen war keine Trauer, unverändert war ihr Gesicht, eher noch schöner geworden. Plötzlich blieb sie stehen, sie blickte suchend nach allen Seiten, frohlockend sprang Albert auf. Sie sucht mich, sie erwartet mich, jeden Tag hat sie mich vergebens gesucht, vergebens erwartet, aber nun genug der Strafe, genug des Wartens, ich bin da, ich bin da! Er warf Geld auf den Tisch, mit zwei Sprüngen war er bei der Tür, da knickte er zusammen. Am Arm eines Mannes ging Etelka auf der andern Seite der Straße.

In diesem Augenblick drehte Etelka sich um, sie erblickte Albert, sie lächelte ihm zu, keine Spur von Verlegenheit war in diesem Lächeln. Albert schloß die Augen. Er hatte Etelkas Begleiter genau gesehen, es war ein Jude von vierzig Jahren, vielleicht etwas älter, ein Mann der großen Welt mit überlegen forschenden Augen. Tränen der Wut kamen geflossen, weinend rannte Albert in seine Wohnung. Nach einer Stunde hatte er den ersten Schmerz überwunden. So zäh ist nur ein Jud', war sein erster Gedanke, ein Jud' kommt über alles hinweg, ein Goj hätte sich jetzt erschossen oder aufgehängt. Und Schiwwe bin ich auch im voraus gesessen, mein jüdischer Kopf hat alles im voraus gewußt; manchmal ist es doch unbezahlbar, das jüdische Blut. Und eine Schönheit ist der Herr Nachfolger auch nicht, alt ist er, mein Vater könnte er sein, sie kann ihn also nur des Geldes wegen genommen haben, dieses Luder, dieses Mensch, diese Chonte!

Da hielt er inne, hielt sich die Augen zu. Ununterbrochen sah er sie und ihn, er wollte sie nicht mehr sehen, wollte nichts mehr wissen, wollte Etelka nicht mehr beschimpfen, wollte sich zwingen, gar nicht mehr an Etelka zu denken, oder, wenn das nicht ging, nicht an die Etelka, die sich verkauft hatte, sondern an die andere, ja, an die gestorbene Etelka wollte er denken. Wenn mir das gelänge, dachte er, wäre ich nicht kleiner, sondern größer geworden, das wäre ein bewundernswürdiges Kunststück, das mich stolz machen könnte. Aber wie dieses Kunststück vollbringen? Ich will mir einbilden, der fremde Mann sei Etelkas Vater oder Bruder, nein, das geht nicht, es ist ja ein Jud', aber vielleicht ist er ein Operndirektor oder ein einflußreicher Theateragent, der sich kleine Vertraulichkeiten erlauben darf. Diese Möglichkeit besteht, ja es ist sogar wahrscheinlich, daß der Fall so liegt, sonst hätte Etelka mich nicht so unschuldig angelächelt. Jäh brach er diesen Gedanken ab. Narr! höhnte er sich. Hast du nicht den Mut, eine Tatsache zu glauben? Nicht die Kraft, mit allen trügerischen Hoffnungen Schluß zu machen? Armseliges Killejüngel! Keine Etelka wächst für dich, ein anderer muß kommen, sie zu wecken.

Aber der andre ist auch ein Killejüngel, wenn er auch heute wie ein Weltmann aussieht, brach sein Zorn von neuem los. Ich darf also nicht einmal meinem Judentum die Schuld geben, kein arischer Athlet hat mich besiegt; ich, der einmalige Albert Wolf, ich allein bin zu schwach gewesen, Etelka zu fesseln.

Wider seinen Willen blieb er am Nachmittag und am Abend in seinem Zimmer. Tanzen hatte er gehen wollen, um den Schmerz zu betäuben, nie hatte er getanzt, heute hatte er in ein Fünfkreuzerlokal ins Stadtwäldchen tanzen gehen wollen, irgendeine dicke Köchin mit dicken roten Armen an die Brust pressen, sich gemein machen. Von Stunde zu Stunde verschob er den Aufbruch. Um neun Uhr abends klopfte es, er öffnete nicht, wer wird es schon sein, die Wirtin wird mir einen Brief der Mutter auf den Tisch legen

wollen, sie soll warten, was weiß die Mutter von mir. Da klopfte es noch einmal, noch zweimal, Etelkas Stimme rief vor der Tür: »Ich bin's!« Auf den Fußspitzen ging er zur Tür. Zweierlei kann ich tun, dachte er erglühend, ich kann sie ermorden oder ich kann sie wie eine Hure behandeln. Dann öffnete er, blaß und unsicher trat Etelka ein, sie hatte nicht mehr die unbefangene Haltung. »Was verschafft mir die Ehre«, höhnte Albert, geriet in Wut über diese Anrede, die eines betrogenen Ladenschwengels würdig war, der seine Dame hohnvoll behandeln will, »was willst du noch von mir«, fügte er hinzu, »wozu noch dieser taktlose Besuch«. Dann fühlte er Etelkas Gesicht auf seinem Gesicht, Etelkas Körper auf seinem Körper, Etelka sprach, noch nie hatte sie so viel gesprochen. Zuerst verstand er kein Wort, dann prägte es sich ihm ein, hundertmal wiederholte sie es, daß sie »nur ihn liebe, nur ihn liebe, nur ihn liebe«, der andre aber sei »notwendig«, weil sie sonst als Künstlerin untergehen müsse, das wolle sie nicht, lieber gar nicht leben, so aber werde sich alles glücklich fügen, Albert müsse ihr Geliebter bleiben und der andre werde ihr den Weg ebnen, nur dürfe Albert nicht eifersüchtig sein, das wäre dumm, zu Eifersucht habe er keinen Anlaß, er müsse ihr nur glauben. Er blieb stumm, da ließ sie ihre Hände für sich kämpfen, denen sie mehr Macht als ihren Reden zutraute, mit ihren Händen wollte sie ihn gewinnen, schon war er in weiße Nebel gehüllt, in den weißen Nebel der Sinnlichkeit, den er fürchtete seit seinem elften Lebensjahr.

Er fühlte sich schwach werden und stieß ihr die Faust gegen die Brust. Sie taumelte zurück. Er deutete eine Verbeugung an und sagte: »Ich danke für deine Offenheit, wir sind fertig miteinander.« Zu wenig gesagt, warf er sich vor, sie soll wissen, was ich von ihr denke, sie soll wissen, daß ich anders bin als sie, seine Stimme zersägte die Luft: »Ich habe kein Talent zum Zuhälter.« Jetzt muß sie gehn, dachte er, nach dieser Beleidigung muß sie gehn, tiefer konnte ich ihren Stolz nicht verletzen. Er blickte an ihr vorbei, da sah er sich im Wandspiegel, das ganze Zimmer sah er im Spiegel, Etelka saß auf dem Kanapee. Ein furchtbarer Vergleich drängte sich ihm auf: Als mein Vater meine Mutter mit Worten schlug, saß sie auf dem Kanapee, wie Etelka jetzt sitzt. Wie mein Vater stehe ich in diesem Zimmer, hassenswert ähnlich bin ich ihm. Nur das nicht, nur das nicht! Mit unsäglicher Anstrengung öffnete er den Mund, ein milderer Wort zu sagen, endlich stammelte er: »Ich bin jetzt erregt – bitte, laß mich allein.« Da stand sie auf und ging.

Mit immer schnelleren Schritten wanderte er durchs Zimmer, es drehte sich und schwankte. Billig komme ich zum Erlebnis einer Seekrankheit, lächelte er, ich zähle bis zehn, dann will ich mich setzen und vernünftig denken. Aber als er saß, stöhnte sein Mund: Etelka! Wenn sie jetzt hier wäre, dachte er, verloren wäre ich, für immer

verloren; ich hätte nicht mehr die Kraft, mich zu wehren. Im Zimmer hielt er es nicht aus, jetzt bin ich reif für die Köchinnen mit den dicken roten Armen, dachte er. Die Tür riß er auf, da stand Etelka vor der Tür, still war sie vor der Tür gestanden, nun kehrte sie mit ihm zurück, sie setzten sich. Jetzt bin ich verloren, dachte er und wußte nicht, was es Hoffnung oder Furcht. Hoffnung, stellte er fest, ich will mir keine Komödie vormachen, sogar aus dem Bordell würde ich mir sie noch holen. Sie wußte das und sprach kein Wort mehr. Sie fühlte, welche Macht dieses Schweigen ihr gab, o, nur kein Wort, jetzt erst wird er mich verstehen, dachte sie, bis zum heutigen Tag war alles Betrug. Die Etelka, die er sah, war Betrug, die Vision, die er liebte, war Betrug, jetzt wird alles besser sein. In seinen Augen sah sie ihren Sieg, nun durfte sie wieder reden, sie sprach so sachlich von Zukunft und Glück, daß ihm graute, alles hatte sie genau ausgerechnet. Alles sei im Gang, erklärte sie, der Mäzen bereit, ihr ein Engagement in Wien zu verschaffen, dort sei er ein großer Herr, Albert müsse mit nach Wien, der Alte werde nichts davon wissen; sei einmal ihre Position in Wien gesichert, bekomme der Alte einen Tritt. Alles war fein eingefädelt. Albert mußte das einsehen, und um ihn vollends aufzuheitern, forderte sie ihn auf, seine Rolle mit der des Alten gefälligst zu vergleichen. Kleinlaut gab er alles zu, ja, du hast recht, Etelka, du bist klüger als ich, meine Auflehnung war dumm. Aber etwas in ihm lachte ihn aus: Bist doch nur ein Killejüngel, bist doch nur ein Handelsjud, sonst hättest du diesen Pakt nicht geschlossen; nur ein Killejüngel, nur ein Handelsjud schließt solchen Pakt.

Als Etelka gegangen war, wollte er schlafen; es ging nicht. Im Erdgeschoß war ein Weinlokal, dort ließ er sich nieder. Bisher hatte er nur Etelka zu Ehren hie und da einen Schluck Bier oder Wein genommen, nun trank er ein Glas Wein auf einen Zug leer, das zweite Glas bewährte schon Zauber, das dritte machte ihn betrunken. In der Brusttasche fand er eine Postkarte, die bekritzelt er mit der Adresse seines Vaters, einen Satz schrieb er seinen Eltern: »Liebe Eltern, ich teile Euch mit, daß aus mir kein Rebbe wird.« Er ließ die Kellnerin die Karte aufgeben, dann legte er Kopf und Arme auf den Tisch, der ganze Raum begann sich weiß zu drehen, Etelkas weißes Kleid drehte sich wie ein Ringelspiel, und er war die Achse des Ringelspiels. Dann träumte er: Auf einer Wolke hoch im Blauen ritt er, die wanderte mit ihm langsam und träge über den Dächern Budapests, unten standen Leute mit Fernrohren und guckten ihm nach, Schutzleute standen ratlos und drohten mit Knüppeln in die Höhe. Die Wolke zog majestätisch über Budapest, das Tempo mußte aber täuschen, denn nach wenigen Augenblicken lag die Stadt weit, weit hinter ihr, nach einer Viertelstunde war sie schon über Wien, gleich darauf schwebte sie über Prerau, und jetzt segelte sie über den heimatlichen Gassen. In der Judengasse stand der Kultusvorstand Blum mit dem Vater in eifrigem Gespräch, Familien saßen vor den Haustüren, Kinder spielten hinter dem

Tempel, aber niemand blickte in die Höhe, gerade hier niemand. Plötzlich erschien Etelka in der Judengasse in seltsamer Maskerade, sie trug die Uniform des Gemeindepolizisten und rührte seine Trommel, alle Leute liefen herbei und scharten sich um die Trommlerin, sie aber hatte an der Brust über der Trommel mit einer Sicherheitsnadel die Karte an Wolf Wolf befestigt, alle Leute lasen: »Liebe Eltern, ich teile Euch mit, daß aus mir kein Rebbe wird.« Der Vater stürzte nieder, die Mutter lag plötzlich neben ihm und weinte, Männer und Frauen begannen zu schreien, der Kultusvorstand Blum wollte trösten, der Vater aber verfluchte den Sohn und die meisten Nachbarn bestärkten ihn in seinem Zorn und spuckten aus. »Muß man denn ausgerechnet Rebbe werden, ihr Narren«, schrie Albert und sprang von der Wolke ab, sprang mitten in die Versammlung, da wichen alle entsetzt zurück, sogar die Mutter wich entsetzt zurück, auf Händen und Füßen kroch sie zurück. Nur Etelka stand noch, er blickte sie an, sie blickte ihn an, da sahen sie, daß sie nackt waren. Und sie schämten sich und suchten ein Versteck, aber alle Haustüren waren verriegelt und in allen Fenstern waren Männer und Frauen mit stechenden Blicken, und da es keinen andern Ausweg gab, lief er mit Etelka auf den Gemeindebrunnen zu, stürzte sie in die Tiefe und sprang ihr nach, da erwachte er. Schlaftrunken torkelte er in sein Zimmer und schlief gleich wieder ein, er träumte die ganze Nacht. Als er endlich erwachte, war heller Morgen. Angestrengt dachte er nach, er wußte nicht, ob auch die Karte an die Eltern Traum gewesen sei. Einerlei, dachte er, um so besser, wenn die Eltern endlich alles wissen. Dann mußte er über den komischen Traum lachen, besonders über den Sprung in den Gemeindebrunnen, der ja längst verschüttet war, die Gemeinde hatte seit vielen Jahren Hochquellwasserleitung. Heiterkeit blieb. Nun fand er alles erträglich, auch sein künftiges Verhältnis zu Etelka. Er sagte sich: Ich habe eine schöne Geliebte, der ein anderer, wahrscheinlich ein verwöhnter Mann, Reichtümer zu Füßen legt, während das Wichtigste, Liebe und Zärtlichkeit, mir zufällt, dem armen Studenten. Neugierig trat er vor den Spiegel und betrachtete sich: So sieht ein Mann aus, dessen Liebe vielbegehrte Frauen suchen. Er gefiel sich zwar nicht sonderlich, die Nase war zu lang, der Mund zu dünn, aber er resümierte: Irgend einen Reiz muß ich ausstrahlen; vielleicht ist es mein Geist, vielleicht ist es gerade mein unfreundliches Gesicht, das Etelka an mich fesselt – jedenfalls kann ich zufrieden sein. Und jetzt gehe ich den Herrn Konkurrenten besichtigen.

Behaglich schlenderte er zur Oper. Am Kaffeehausfenster wollte er das Ende der Probe abwarten. Der Mäzen war unsichtbar. Fast mit Bedauern stellte Albert es fest: erschreckt nahm er wahr, daß er das Gemeinwerden seines Liebesglücks mit tollen Erwartungen und Hoffnungen verknüpfte. Schon sah er ein freundliches Heim, das ihm Etelkas Mäzen in Wien zu bieten hatte, schon sah er sich als Mittelpunkt, als Meister

hoher Lebenskunst, schon sah er sich auf Reisen, sah sich in einem vornehmen Alpenhotel neben Etelka, der er einen heuchlerisch-treuherzigen Brief an den Mann diktierte, der alles bezahlte. Wieder mußte er an den Kultusvorstand Blum denken, der, reich geworden, eines Tages in der hebräischen Schule erschienen war. Ehrfürchtig hatte der Vater zu den Kindern gesagt: »Der Herr Kultusvorstand unternimmt eine Reise nach Palästina, im heiligen Lande wird er für euch beten.« Schon sah sich Albert in Palästina, in der Sahara, in China, in Japan, in Indien, auf der Rückreise wollte er die großen Hauptstädte Europas besichtigen, in Paris, London, Rom Verbindungen anknüpfen, in Monte Carlo ein wenig spielen. Schon breitete er die Arme, um die ganze Welt zu umfassen – da verfiel sein Gesicht. Dies alles ist, wie es ist, weil ich ein Killejüngel bin, wütete er. So sind wir Juden: nicht umzubringen, nicht kleinzukriegen, etwas Furchtbares steckt in dieser Zähigkeit, in dieser Lebenskraft. Verflucht und verfolgt, tausendmal ausgespien und ausgerottet – immer wieder stehen wir auf, immer wieder beginnt in unserer Brust die Orgel zu brausen, die jüdische Orgel, grauenhaft ist dieser Segen, dieser Fluch!